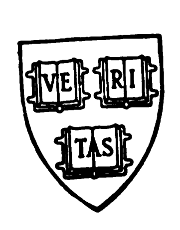



VE
RI
TAS

Imprenta de A. Vicente, calle de Preciados, 74.

LA MUJER.

LA MUJER.

APUNTES PARA UN LIBRO

POR

D. SEVERO CATALINA,

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.)

Segunda edicion aumentada.

MADRID, 1861.

A. de San Martin, Editor.

VICTORIA, 9.

Marta Abreu Arencibia

PRÓLOGO.

Este libro, ¿es una apología de la mujer, ó un libelo contra el sexo femenino?

Las infelices mujeres, seducidas por la mágia del estilo de este escritor, como Eva por la serpiente, leen este libro con una credulidad inmensa, que hace mucho más honor á su corazon que á su cabeza. Lo que prueba que las mujeres siempre se siguen perdiendo, no diremos, como ellas mismas, por ser demasiado *tontas*, sino por ser demasiado *buenas*.

No leais este libro, pobres hijas de Eva, si no quereis ser engañadas por la mágia de su estilo, como la buena de vuestra madre por la astucia de la serpiente; venid conmigo y en compañía del autor, hábil piloto, que sabe bordear tan perfectamente las simas y bajíos del océano del amor, daremos la vuelta juntos alrededor del mundo moral de las mujeres. Porque no sé si habrá llegado á vuestra noticia que, desde que Dios

EPÍLOGO.

Hay quien opina que todo el que escribe ó habla acerca de las mujeres, debe reservarse el derecho de arrepentirse mañana de lo que hoy escribe ó habla.

El autor de estos APUNTES renuncia solemnemente á ese derecho.

Ha consignado lo que estima verdad; y de la verdad no cabe arrepentimiento.

Ni rinde culto al genio del positivismo que deprime á la mujer, ni al genio de la fantástica idealidad que aspira á divinizarla.

La figura de la mujer aparecerá siempre en todos los grandes cuadros que representan la historia de la humanidad.

En la portada del mundo antiguo, EVA; la madre en la naturaleza humana, la autora del gran cataclismo del Eden.

idas (¡gracias, Sr. Catalina!), cuando dice que la educacion es una verdadera transfiguracion, un *organismo científico* con que se modifica, y á veces se suple el organismo de la naturaleza.»—Gracias, vuelvo á repetir; pero yo, que no quiero dejarme corromper por vuestras lisonjas, debo decir en defensa de las pobres mujeres, que concediéndolo todo á la educacion, os exponeis á colocarlas en la misma condicion en que están las monas que adiestran los piamonteses. —Y además decis:—«Que la niña aprende á disimular, y enseña más tarde á la mujer á *engañar*.»—¡Qué horribles verdades! ¿Pero es para eso para lo que preconizais la educacion? Y añadís: «Que la mujer es un ser indefinible, porque es un ser ineducado.» ¡Ah! ¡traidor! ¿Es un ser *ineducado*, ó lo creeis más bien un ser *ineducable*?

¡Al fuego, Leonor, al fuego! No vaciles en quemar un libro en que se llama grande á Shakespeare, á un autor inglés que dice: «Que la mujer es un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.»—Lo que el libro del Sr. Catalina debiera decirnos, para no ser quemable, es—«cuando no lo guisa el diablo;»—pero no nos lo dice, sin duda porque cree, como el inglés, que no deja de guisarlo *nunca*, y así es que añade, de conformidad con otro autor:—«Que el orgullo nos pone á merced de cualquiera que guste tomarse la molestia de lisonjearnos.»—Quema, Leonor, quema sin piedad; porque eso sin duda lo dice por tí. ¿Te acuerdas?....

Si no estuviera tan de prisa como ya he indicado al principio, me detendria un poco en el párrafo de la constancia. Pero ¿quién se detiene ni siquiera un poco con semejante bicoca? ¡La constancia! ¡la constancia!

creyendo que estábais todavía lindas, como hace veinte años. Pero ¡ay! francamente, ¡á algunas os encuentro tan flacas!.... ¡á otras tan gordas!.... que yo creí que con vosotras hubiera formado una coleccion de Willis, y..... ¡perdonad! pero me pareceis el coro de las brujas de *Macbeth*. Pero aguardad, no os vayais; para suprimir el tiempo, ese eterno enemigo de vuestra belleza, evocaré tambien las sombras de E. F. G. H., ¡esas pobres amadas que ya han muerto, y que, como ya han muerto, siempre son en mi pensamiento las eternas hijas de las rosas y nietas de los jazmines! ¡Bien venidas seais, lo mismo las viejas que habeis sido jóvenes, que las jóvenes á quienes la muerte no ha permitido que llegáseis á viejas!

Formad corro en torno mio; pues en holocausto al amor que os he profesado, ó que al menos he creido profesaros, voy á pegar fuego en esta hoguera al LIBRO DE LA MUJER, de D. Severo Catalina, un catedrático de hebreo, tan precoz conocedor, crítica y filosóficamente, de todas las que sois hebreas y de las que no lo sois, que habiendo llegado apenas á los veintiseis años, en el primer libro que ha escrito, ya no solo os pinta como sois, sino como suele decirse que sois. ¡Qué horror!....

¡Al fuego! ¡al fuego! Si esto escribe de vosotras á los veintiseis años, ¿qué no será capaz de escribir á los cincuenta?....

Empecemos nuestro viaje, ó, lo que es lo mismo, comencemos vuestro calvario.

Despues de decirnos en la *Introduccion*, como de paso, que la mujer no es nada, pasa en el capítulo de LA EDUCACION á decirnos que puede serlo todo.—«Tiene mucha razon un gran poeta filósofo de nuestros

Nuestro autor, con una práctica digna de un consumado matemático, acepta la reduccion de la constancia á un cálculo numérico, que daria envidia al economista Malthus:—«La mujer que os ama, y de la cual os alejais, contará al principio por minutos el tiempo de vuestra separacion; si le escribís, comenzará pronto á contarlo por dias; un poco más tarde lo contará por semanas; luego por años, luego..... no lo contará: terminará la cuenta por el *cero* del olvido.»—¿Es decir, que para asegurarse bien de la fidelidad de una mujer, es menester tenerla como una plaza enemiga, ocupada siempre militarmente?—«A los tres meses de ausencia prescribe la fé jurada.»—¡Demasiado lo sabia yo! Esto es, ¡demasiado lo sabemos todos!

¡Leña al fuego, Mercedes; leña al fuego! Pues en el capítulo de El Amor, esa otra bicoca sublime, oid lo que el Sr. Catalina dice, si es que teneis valor para escucharlo:

«Es fijo (¡y tan fijo!): las mujeres que más blasonan de invulnerables á los tiros del amor, se parecen á los niños, que cuando andan solos y de noche, *cantan de miedo.*»—¡A cuántas he oido yo cantar de miedo! Yo creo que no he dejado de oir cantar á ninguna. ¡Hasta recuerdo que yo tambien he cantado algunas veces un poquito!....

«Conviene, añade, que las mujeres amen mucho, pero honestamente; y escriban poco, pero de tarde en tarde.»—Más claro, conviene que no ameis ni escribais. Nos conviene que seais unas máquinas, que por medio de una virtud magnética no os movais más que á impulso de nuestro libre albedrío. Nos conviene, segun las palabras citadas, que seais unas po-

bres ánforas vacías de ese celeste licor llamado el espíritu.

¡Leña al fuego, Isabel, ¡ay! leña al fuego! Pues hablando de El Matrimonio, de esa única ocupacion de vuestra vida, copia de otro autor, con una sonrisa que da ganas de llorar:

«El matrimonio es de todas las cosas sérias la más divertida.» ¡Ah bribon de autor! Como alguna de ellas te coja en sus redes, ya te hará pagar cara la diversion. ¿No es verdad, Isabelita? Yo no quisiera calumniar los pensamientos del Sr. Catalina; pero, despues de leido el capítulo de El Matrimonio, se me ha ocurrido, no sé por qué, este problema histórico: «Si Tarquino hubiera sido un caballero particular, de esos que las mujeres llaman una buena figura, y en cuya discrecion confian absolutamente, ¿hubiera Lucrecia sido tan fiel?....»

¡Soplad, soplad todas á esa hoguera! Pues ese libro es la historia de vuestros extravíos y de vuestras ridiculeces. Su autor os persigue á todas partes para hacer vuestra autopsia con una galantería muy pérfida y con un escalpelo muy fino. Desde el capítulo titulado Los Extravíos, donde si no lo adopta, tiene el valor de copiar el axioma de que —«la *debilidad* (no es esta la palabra) es un mal necesario,» pasa al de Los Espectáculos, donde á la luz de mil bujías se constituye en el Fígaro de los dramas interesantes,—«no anunciados en el cartel,»—y despues de revelarnos lo que decia una noche cierta dama,—«voy á *desnudarme* para ir á un baile,» concluye dándonos, á nombre de otro, la agradable noticia de que el bastonero de los bailes es....—¿quién dirán ustedes?—¡Satanás!

Es ya manía vulgar de todos los escritores la de

sacar á bailar al diablo cuando se habla de las mujeres. Yo no me acuerdo del diablo, pero despues de leer los párrafos relativos al baile y los espectáculos, me hago, sin querer, la siguiente reflexion:—«¿Por qué el mal (no digo el diablo) tomará tan frecuentemente la forma de mujer?....»

¡Quemad todas, seguid quemando! Porque despues de echaros en cara en el capítulo de LA MODA, con un sarcasmo que os hará estremecer las carnes,—«que la virtud es la única moda que nunca ha de envejecer,»—penetra en las *tertulias*, ese *bolsin del amor*, donde el que no gana el amor *por sus puños*, cotiza las pasiones en aquel establecimiento medio á oscuras, á cambio, no de moneda, sino de papel mojado. Este capítulo, lleno de color local subido, propio solo de un país donde ha prevalecido en varias clases sociales cierta influencia monacal, tiene un no sé qué de positivo, de material, de casi pútrido, que, aunque admira el cuadro por la exactitud del dibujo, causa náuseas por la verdad del asunto. Y en el fondo del asunto tambien hay alguna exageracion, pues así como no hay ninguna mujer que sea platónica toda su vida, no hay ninguna tampoco que deje de entregarse al platonismo á ratos perdidos.

Y luego..... ¡quemad! ¡seguid quemando! porque voy á hacer volar la mina. Y luego..... no vuelve á hablar de Satanás, no; habla de otra cosa peor; habla de vuestra *edad*!

¡Vuestra edad! Misterio más insondable que vuestro mismo corazon.—«Apenas, dice, existen mujeres de *cuarenta* ni de *cincuenta* años.»—Es cierto; la que más dice que tiene treinta.

¡Fuego! ¡fuego! Pues de ese infernal capítulo de

La Edad se puede deducir lo siguiente: Preguntad á una mujer los años que tiene, añadid la pequeñez de mil años á los que ella os confiese, y esa es su edad infaliblemente.

Dejemos la cuestion de vuestra edad, esa cuadratura del círculo de vuestra vida, y pasando por alto el capítulo de La Curiosidad, que nuestro autor compendió de este modo:—«la historia de la curiosidad es la historia de la mujer;»—dando á entender que no hay mujer posible que no sea una posible Eva; continuemos con el de La Frivolidad, esa arma la más séria y la más temible de las mujeres, que resume en este párrafo:—«Los hombres meditan muchas veces frívolamente, y hablan con la mayor gravedad: las mujeres muchas veces meditan gravemente, y hablan con la frivolidad más insigne.»

Y acabemos por fin, porque ya me duele el alma de oír hablar mal de vosotras.

Llega el capítulo de El Estudio, en el cual el autor concede á la mujer (¡oid, que ya os concede alguna cosa!) nada ménos que las tres potencias del alma; que parece que hasta os las habia puesto en problema, la memoria, el entendimiento y la voluntad. ¡Gracias á Dios que os concede algo! Pero es tan poco, que.....

¡Fuego! ¡fuego!

¡Mas, no! Yo, á pesar de mi cualidad de filósofo personalista, y que, por consiguiente, debo ser poco apasionado de las semi-personalidades, en lo cual estoy de acuerdo con la reina Cristina, que decia:—«me gustan los hombres, no tanto porque son hombres, cuanto porque no son mujeres;»—no puedo ver correr las llamas impasiblemente para devorar páginas que parecen escritas por Juana de Arco, por aquella

heroina que pedia á Dios en sus oraciones—«¡un gran corazon, y nobles pensamientos!»

¡Alto el fuego, queridas quemadoras de mi corazon, si no quereis ver arder entre páginas que os calumnian, renglones que os divinizan! ¡Alto el fuego! Pues yo, por más que, como Sócrates, tema más al amor de una mujer que al odio de cien hombres, no puedo ver arder indiferentemente ese capítulo de LA POBREZA, que tan bien describe así nuestro siglo:—«Al hablar de la mujer, preguntaban nuestros abuelos:—«¿es honrada?»—Nuestros padres solian ya preguntar:—«¿es hermosa?»—Nuestros jóvenes de la actualidad preguntan simplemente:—«¿es rica?»—¿No es verdad que esta sátira del siglo es muy corta, pero muy buena?

Pues si entrais en los capítulos de LA PROFESION RELIGIOSA y LA HERMANA DE LA CARIDAD, de seguro no salís sin rezar antes de agradecimiento dos Ave-Marías y una Salve por el alma del bendito autor, que os llama dichosas—«al penetrar en el alcázar de la castidad, de la pobreza y de la oracion.»—En esos lugares de abstinencia, de sacrificios y de abnegacion, os pinta el Sr. Catalina como si fuéseis unos Napoleones con faldas; pero, en su concepto, sois más valientes que Napoleon; pues este solo vivia en los paises en que habia gente que matar; y vosotras, segun el autor, —«vivís en todos los paises donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir.»—Napoleon adquiria laureles á cargas: para las mujeres—«no hay en la tierra premio para sus beneficios, ni corona para su heroismo.»—Jamás podreis pagar al Sr. Catalina el honor de haberos hecho más grandes que Napoleon, sin más trabajo material, á los ojos del vulgo, que

confeccionar compotas, hacer puntillas y dar tazas de caldo á los enfermos.

Pero, sobre todo, ¡alto el fuego! ¡y fuera sombreros, ó, por mejor decir, fuera capotas! Voy á hablar del capítulo de LA MATERNIDAD; de esa gota de agua de un Jordan, que bastaria para purificar todos los defectos de todos los libros del mundo.—«El ser que vilipendiais, dice el autor, ha dado vida á vuestros héroes y á vuestros sábios.»—Yo no he hablado nunca mal de las mujeres, pero si lo hubiera hecho alguna vez, al leer esto no tendria inconveniente en ponerme de rodillas y exclamar con contricion verdadera: —«¡Perdon!»—Sigue el Sr. Catalina:—«¡Detractores sistemáticos del que llamais sexo débil, recordad que habeis tenido madre, ó que la teneis todavía!»—Repito que yo nunca he hablado mal de las mujeres, y que si lo hubiese hecho alguna vez, al leer esto otro me prosternaria de hinojos gritando:—«¡Perdon! ¡perdon!»

—«Los que al nombre y á la memoria de madre no sintais latir de entusiasmo el corazon, apartad, alejaos!»—Sí, sí, que se aparten, que se alejen; y además de apartarse y alejarse, ¡malditos sean por todos los siglos de los siglos!

Cuerpos de A. B. C. D. que aun estais vivas, y vosotras sombras de E. F. G. H. que ya estais muertas; me arrepiento de haberos propuesto el auto de fé de un libro que contiene un capítulo como el de LA MATERNIDAD, y en consecuencia os conjuro á que, como el antiguo romano, tendais la mano al brasero, y sin miedo de quemaros salveis de la destruccion un libro cuya pérdida lloraria la posteridad.

Quiero que admire el porvenir un Scévola con guardapiés. La que se sienta fiel, que tienda la prime-

ra la mano. ¡Animo, antiguos pedazos de mi corazon! ¡No temais; la fidelidad es incombustible! ¡Animo, pues! ¿No hay ninguna de vosotras que tenga la confianza de su incombustibilidad? ¿Temeis acaso todas quemaros los dedos? ¡Cobardes! Conozco la razon de tanto miedo; mas la callo en obsequio vuestro.

Pero, ahora que caigo en ello, nuestra obra de destruccion es completamente inútil, porque.....¡Mirad! ¡Mirad! Por entre los claros que deja el humo que levanta la combustion de su obra, se percibe la cara del autor con una sonrisa sarcástica, burlándose del impotente despecho que nos ha convertido en los inquisidores de su espíritu.

¡Por vida de nuestro amor, y cómo ciega!

Hasta que he visto la risa incisiva del autor, no habia caido en que es inútil que quememos el libro del señor Catalina, pues no es más que una copia sacada al daguerreotipo del precioso original que, ó no ha de haber hombres en el mundo, ó vivirá eternamente.—¿Que cuál es el original del libro del Sr. Catalina?—¡El original, almas mias, sois *vosotras mismas*!....

¿Quereis que quememos el original para que, no pudiendo sacar más copias, no se puedan escribir más libros contra vosotras?....

RAMON DE CAMPOAMOR.

Madrid 1.° de enero de 1858.

INTRODUCCION.

I.

«Siempre habrá cosas nuevas que decir de las mujeres, mientras quede una en la tierra.» Así lo ha consignado un gran escritor. Sus palabras sirven de disculpa al autor de estos Apuntes.

Un libro más acerca de las mujeres viene á ser una gota de agua vertida sobre el Océano, ó, como si dijéramos, una nueva sofistería en el campo de la política.

La ciencia de la mujer se parece mucho al patriotismo y al desinterés; muchos hablan de ella, y pocos la poseen: esa ciencia no es, como todas las otras, un sistema de verdades más ó menos perfecto: es por sí sola el sistema de todas las verdades y de todas las

mentiras: es la afirmacion de las afirmaciones; la negacion de las negaciones; la síntesis de las síntesis.

Despues de la filosofía alemana, no puede concebirse nada más *sério* y nada más *discutible* que la ciencia de la mujer.

Entre la opinion que eleva á la mujer hasta los ángeles, y la que la deprime hasta los mónstruos, cabe una multitud de pareceres. Esos pareceres han servido de base á millares de comedias, de novelas, de cuentos y de máximas.

La mujer es *todo:* afirmacion suprema.

La mujer es *nada:* suprema negacion.

La mujer..... es *la mujer:* síntesis de las síntesis: filosofía pura.

Salomon preguntaba por una mujer fuerte. Diógenes buscaba un hombre. Apuntes para la historia crítica de la humanidad.

Mientras se escribe esta historia, convengamos en que la mujer entra por mucho en los actos de la inteligencia humana.

Apenas hay ciencia ni arte en cuya historia no estén destinadas á la mujer las páginas más brillantes.

Verdad es que no han faltado filósofos austeros que la teman ó la desdeñen. Cuentan de Diógenes que viendo el cadáver de una mujer pendiente de un árbol, esclamó: «Pluguiera á los dioses que todos los

árboles llevaran siempre ese fruto.» Pero ni todos los filósofos son de la opinion de Diógenes, ni cabrian en gruesos volúmenes las alabanzas prodigadas á la mujer desde los tiempos más remotos, como tampoco el catálogo de las grandes obras que el mundo debe á la inspiracion, al influjo ó á la iniciativa de la mujer.

En todas las edades, en todos los siglos y en todos los países ha sido la mujer objeto de entusiastas apologías y de invectivas sangrientas. Este fenómeno debe esplicarse por la diferencia de temperamentos y por las condiciones especiales de cada escritor.

Un melancólico, un amante despechado, un hombre sin esperanzas, mira en cada mujer un recuerdo vivo de su tormento, y las aborrece á todas. Su testimonio, pues, no merece fé.

Una alma sensible y apasionada, un amante feliz, mira en cada mujer el reflejo de su dicha, y las ama á todas. Su testimonio no es menos parcial que el anterior.

Todos los libros que se han escrito acerca de la mujer, todas las máximas que se han formulado por tantos centenares de políticos, de historiadores y de poetas pueden reducirse y compendiarse en estos dos versos de un soneto muy conocido:

«Es la mujer del hombre lo más bueno,
Es la mujer del hombre lo más malo.»

Lo cual, en términos absolutos, es evidentemente falso.

Luego todo ó casi todo cuanto hasta hoy se ha escrito acerca de las mujeres, adolece del vicio de exageracion.

Algunos sabios se han dedicado en distintas épocas á trazar la historia de la porcion mas bella de la humanidad: tenemos por inútil su tarea; esa historia la sabe al pié de la letra toda la humanidad menos bella.

No es geógrafo completo el que solo estudia y conoce un hemisferio.

La historia de la mujer representa lo más un hemisferio en el gran mapa-mundi que acabamos de llamar historia crítica de la humanidad.

Nuestros APUNTES no son históricos.

Tampoco nos proponemos reseñar los grandes males que al universo haya reportado la influencia de la mujer. Hasta las mujeres en nuestro país saben que si hubo una Eva en el Paraiso, hubo una María de Nazareth: si han existido las Helenas y las Cleopatras, el mundo ha admirado á las Juanas de Arco y á las Isabeles de Castilla.

Los que dijeren que es la mujer de naturaleza semi-angélica, recuerden, mal de su grado, los nombres de Eva, de Helena y de Cleopatra: los que la supusieren de naturaleza semi-diabólica, arrepiéntanse de

su error fijando un instante los ojos del alma en la celestial figura de María; y no olviden que fueron mujeres Juana de Arco é Isabel.

Los que creyeren que la mujer es buena ó es mala, segun que el hombre la guía por bueno ó por mal camino, son los verdaderos pensadores: de su parte están la filosofía y la historia; la razon y la experiencia.

Para esos justamente se escriben estos Apuntes: y se escriben por quien no se propone llorar agravios ni cantar favores. El corazon y la cabeza funcionan con absoluta independencia.

Esta manifestacion parecerá inoportuna; pero ¡ojalá fuera esa sola inoportunidad la que el autor cometa en sus Apuntes!

II.

Habia Dios criado los cielos y la tierra.

Al influjo de dos monosílabos habia brotado la luz con todos sus encantos.

Y se extendia majestuosamente la inmensa cortina del firmamento.

Y se habian reunido las aguas en el dilatado espacio de los mares.

Y á una mirada del Omnipotente se habian encendido los luminares del cielo.

Y germinaban las plantas en el seno de la tierra.

Y alzaban su cáliz las primeras flores hendiendo su aroma la vírgen aura de los campos.

Y pulularon los animales.

Y apareció por fin el hombre, obra maestra de la Suprema Sabiduría, rey de la naturaleza, imágen del Criador.

El hombre tenia por palacio un jardin plantado por la mano de Dios; un soplo divino era, pues, el céfiro que acariciaba las rosas del Paraiso y besaba con dulzura la frente del primer padre; crecian allí frondosos árboles de ancha sombra y de dulce fruto: de allí partian en tranquilo curso cuatro rios, que surcaban la tierra en direcciones opuestas. El manso murmullo de esos rios era el primer ruido que turbaba el imponente silencio del Eden.

El hombre estaba solo.

Y dijo Dios: «No es bueno que esté el hombre solo; le haré ayuda como para él.»

Y de un hueso extraido al primer hombre, formó Dios á la primera mujer.

La mujer ocasiona el primer menoscabo que el hombre experimentó sobre la tierra.

Pero bien valia Eva la pena de perder por su causa una costilla.

Al salir de las manos del Hacedor se encontraron

frente á frente la luz de sus pupilas y la luz de la aurora que irradiaba en el confin azul del horizonte. Torrentes de luz inundaban el espacio.

De haber criado Dios á la mujer despues que al hombre, se han querido sacar diversas consecuencias.

Unos han dicho: «La mujer, como obra posterior, es más perfecta.»

Otros han dicho: «Criado el universo y criado el hombre, el edificio estaba concluido; faltábale solo la veleta, y Dios hizo á la mujer.»

Uno y otro corolario nos parecen mas hábiles que lógicos.

«Por ella, dijo Dios, abandonará el hombre á su padre y á su madre.»

¿Qué elogio mas sublime puede hacerse de la mujer?

Es verdad que la mujer no tardó en prevaricar; pero es tambien cierto que obró con mucha astucia la serpiente.

Lo peor de todo es que aquel inmundo reptil, maldecido por los labios del Eterno, dejó tan asegurada su reproduccion, que, á través de los siglos y de las edades, se arrastra todavía sobre el polvo de la tierra.

Ese reptil es el espíritu de seduccion, enemigo implacable de la mujer.

La primera madre no hubiera delinquido sin el estímulo maligno de la vanidad y del orgullo. Sus hijas

delinquen de diez veces nueve por el estímulo maligno de la lisonja y de la mentira.

Para seducir á una Eva hubo al principio del mundo una serpiente: hoy para cada Eva *seducible* existe un mundo de serpientes.

Contra esa multitud de reptiles que se arrastran de ordinario por los pavimentos de jaspe y por las alfombras de terciopelo, hay un solo recurso: *la buena educacion*: la educacion en el verdadero sentido de la palabra.

Con ella puede alcanzarse el inmenso tesoro que se llama *mujer virtuosa*.

Napoleon lo dijo: una mujer hermosa agrada á los ojos; una mujer buena agrada al corazon: la primera es un dije; la segunda es un tesoro.

Y nosotros nos atrevemos á añadir: la que á la belleza del rostro adune la belleza del alma, á los encantos de la naturaleza los de la virtud, bien puede pasar en la tierra por un trasunto del cielo.

¡Ojalá que el número de esas copias se multiplique indefinidamente!

Tal es el objeto de estas páginas.

En ellas el autor no se sujeta á un sistema determinado.

Expone los principios y las teorías en el órden mismo en que brotan de la mente.

Por eso llama á su humildísimo trabajo APUNTES PARA UN LIBRO.

Cuando un filósofo, un crítico de superiores luces y más feliz ingenio escriba EL LIBRO, en buen hora se le obligue á entrar por el carril de los métodos.

Pero, con perdon de los sábios, de esa formalidad se cree por hoy dispensado el que es simplemente autor de unos APUNTES.

Y á fé que será libro de oro aquel en que se trate fundamentalmente de la mujer, examinando todas sus condiciones físicas y morales, y su alta influencia social, y lo que es, en fin, la mujer, y lo que pudiera y debiera ser. ¡Gran libro aquel en que leyese cada mitad del género humano lo que puede y debe ofrecer á la otra mitad!

Interin esta obra no se haga, ó no se intente, es en vano sujetar á las exigencias del método el simple conjunto de materiales sueltos ó apuntes recogidos para la más fácil redaccion del libro.

CAPITULO PRIMERO.

La educacion.

I.

Pregunto: ¿tienen todas las mujeres igual carácter?

Respondo: de letra, sí.

Si el carácter de letra viene á ser una especie de retrato moral del individuo, convengamos en que las mujeres son simplemente copias de un mismo original: ese original se llama Eva.

Pero no hablamos del carácter de letra: hablamos del carácter sobre el cual, contra el cual, ó á favor del cual ejerce su vasto influjo la educacion.

Rectifiquemos: donde dice *ejerce*, léase ***debiera ejercer***.

Para escribir de la mujer, decia no sabemos qué

poeta, es preciso arrancar una pluma de las alas del amor: para escribir de la educacion de la mujer es preciso mojar en sangre del alma, que tal nombre da San Agustin á las lágrimas, esa pluma arrancada de las alas del amor.

¡Carácter! ¿Y quién lo forma? ¿Y quién lo reforma?

Todas las mujeres son lo mismo: tienen razon los que lo creen.

Entre cada dos mujeres media un mundo: dicen verdad los que tal dicen.

La mujer es un ser indefinible, porque es un ser ineducado.

Su natural ternura produce la inconstancia: su natural debilidad produce el orgullo: la primera es su arma ofensiva; la segunda es su arma defensiva: mientras la educacion no le enseñe á usar convenientemente de esas armas, la infeliz mujer se espone todos los dias á suicidarse con ellas.

La historia de la humanidad no podrá escribirse ínterin la educacion se limite á una parte de la humanidad.

El mundo no sabe todavía lo que es la mujer, porque la sociedad le cierra la boca desde que nace hasta que muere.

¿Qué aprende hoy la mujer como base de su educacion? Aprende á falsificarse sin cesar, á no tener un

sentimiento que no ahogue, una opinion que no oculte, un pensamiento que no disfrace.

Confesemos que eso no es educacion: eso es un verdadero estado escepcional; es un bloqueo intelectual que opone la humanidad vigorosa y robusta á la humanidad débil y mudable.

Todas las mujeres se parecen, son lo mismo.

Cierto: como se parecen todos los objetos en la oscuridad; como se parecen todos los sonidos para el sordo y todos los colores para el ciego.

Educadlas: desarrollad su carácter, formad y reformad sus inclinaciones, y la luz brotará para ahuyentar las tinieblas, y al punto los objetos dejarán de ser idénticos: dad oido al sordo, y los sonidos no le parecerán iguales: dad vista al ciego, y observareis cómo distingue los colores.

Entre cada dos mujeres media un mundo.

Cierto: como puede mediar entre dos sonidos toda la escala cromática; como puede mediar entre dos temperamentos toda la naturaleza física.

Educadlas: dirigid sus instintos; soltad ó reprimid segun convenga; modulad los sonidos; modificad, hasta donde es posible, los temperamentos, y percibireis muy luego la armonía, y lograreis quizá la simpática reciprocidad de caractéres opuestos.

Si la verdad y la bondad deben considerarse como

la sávia del árbol de la inteligencia y del árbol de la virtud, la educacion es el sol á cuyo influjo crecen y se desarrollan y dan precioso fruto.

La educacion es la vida.

II.

¡Cuántos errores se cometen á propósito de la educacion!

Descendamos á la observacion práctica: refirámonos desde luego á la actual sociedad.

La mayor parte de las gentes confunde la educacion con la instruccion.

Es un error gravísimo.

Hay hombres instruidos que están muy mal educados: hay, por el contrario, muchos ignorantes que cautivan por su *buena educacion*. Apelamos á la experiencia diaria.

Entre un sabio *sin formas sociales* y un ignorante humilde y cortés, es mil veces preferible el ignorante.

La *educacion* es de mas importancia que la *instruccion*.

La primera se dirige principalmente al corazon; la segunda á la inteligencia.

Eduquemos á las mujeres, é instruyámoslas despues, si queda tiempo.

Y decimos esto, porque la mujer há menester educacion especial en los diversos estados de la vida.

La escuela de madres de familia, ensayada no há muchos años por un insigne español, es uno de los pensamientos mas grandiosos que pueden concebirse y realizarse en bien de la humanidad.

Porque, como ha dicho un gran escritor, educar á un hombre es formar un individuo que no deja nada tras de sí; educar á una mujer es formar las generaciones que están por venir.

Y sin embargo, en España, ó se confian las niñas á la direccion incierta de unas ayas advenedizas, ó las educa cada madre segun la suya le enseñó, y á salga lo que saliere.

De donde se deduce que en punto á educacion femenil reina el empirismo más absoluto, ó como si dijéramos, el más bello desórden.

La humanidad progresa á medias. La educacion de la mujer á la mitad corrida del siglo XIX apenas puede compararse con la que se daba y recibia á la mitad del siglo XVII en la época de las dueñas taimadas y de los pajes ladinos: no obstante, hoy, como entonces, se procede en la educacion por una série de engaños.

La niña aprende á disimular, y enseña más tarde á la mujer á *engañar*.

Aprende á afectar silencio, y ese gérmen de afectacion produce luego el amargo fruto de la locuacidad.

Aprende á estimar en mucho sus dotes de hermosura y su condicion de mujer; y esa ciencia peligrosísima trae por legítimos corolarios el orgullo y la coquetería, la frivolidad y la inconstancia.

Se dice á las jóvenes que valen mucho, y no se les dice cuánto.

Se las avisa de que hay grandes riesgos en la sociedad, y por todas armas se les entrega una coleccion de novelas y un caudal de frases más ó menos castizas y aceptables. Así entran de ordinario en el gran mundo las que van á ser madres de familia y á formar el corazon de otros séres quizá más desgraciados que ellas mismas.

La nube de lisonjas que rodeó á la *niña*, oscurece la atmósfera y turba la vista de la *mujer*.

La flor de su cabeza ó el adorno de su cuello importan más á sus ojos que los pesadísimos libros de historia y los indigestos de geografía. Tal vez á los diez y siete años de edad juzga ya el matrimonio como un paso muy razonable y en extremo sencillo. Tal vez tiene accesos de melancolía, y aun en algunos momentos le fastidia la existencia.

Esa edad puede considerarse como la zona tórrida en la esfera de la vida. ¡Dichosos los que la cruzan con felicidad!

III.

Poco puede esperarse de un país en donde cada marido tiene que educar á su consorte; en donde apenas se distinguen de ordinario la carta escrita por una dama de tono y la carta escrita por la última de sus servidoras.

El célebre economista J. B. Say ha dicho, y con justicia, que por la educacion de las mujeres debe empezar la de los hombres: igual principio se ha consignado tambien por el sabio Mirabeau.

Esto prueba que en los tiempos de Say y de Mirabeau no estaba mucho más floreciente que hoy la educacion de la mitad más bella de la juventud.

La humanidad es siempre la misma. El hombre, física y moralmente, excede en fuerza y vigor á la mujer; y allí donde está el exceso de fuerza, está asimismo el riesgo de la opresion: la superioridad en este caso toca ya con la frontera de la tiranía.

Es más noble, más delicado y más justo que el hombre *eduque*, que no que el hombre *avasalle* á la mujer.

Si es rey de la naturaleza, no olvide que la mujer

es la reina. No olvide que la mujer fué su madre, y que es ó ha de ser la madre de sus hijos.

Entre una mujer *sin educar* y una mujer *mal educada*, la primera no puede hacer *el bien;* la segunda hará irremisiblemente *el mal*.

La mujer que el mundo llama despreocupada, y el diccionario incrédula, se nos figura un ser inverosímil, absurdo, la negacion de sí mismo.

Este tipo no debe existir: si existe, que lo dudamos, será solo una manifestacion lamentable, una fórmula de *la mala educacion*.

Al tratarse de la educacion de las mujeres, caminamos de anomalía en anomalía.

Cuanto más el hombre abandona ese punto importantísimo de la vida social, más crecen sus exigencias, más rigorista, más inflexible se muestra.

Si se proporcionasen á las mujeres los medios de adquirir la milésima parte de las dotes morales que en ellas se reclaman cada dia, menos lúgubres fueran hoy nuestras apreciaciones.

Examinemos rápidamente:

No se las ha enseñado á soportar un contratiempo ni á privarse de un capricho, y se quiere que tengan la condicion apacible y tranquila.

No se las ha enseñado á obedecer, y se extraña que sean altivas.

Se han ponderado constantemente sus gracias y exagerado sus perfecciones, y se lleva á mal que sean orgullosas.

Se las ha hecho apartar de los pobres y de los desvalidos por miedo de que ensucien sus vestidos, y se anhela que sean caritativas.

Se les ha dicho que casarse es tomar marido, y se critica que se apresuren á aceptarlo.

Se les han descrito con negros colores la perfidia de los hombres y la emulacion de las mujeres, y se deplora que sean egoistas.

Se las ha educado, en fin, á lo mujer, y se siente que lo sean.

¡Oh! ¡Cuándo se convencerán los padres de que la carrera de *madres de familia* que deben dar á sus hijas es más larga, más costosa y más difícil que la carrera de abogado, de médico ó de ingeniero que proporcionan á sus hijos!!!

Porque al decir *educacion*, no queremos decir en absoluto *enseñanza*.

Si educar es preparar convenientemente para la vida ulterior, prepárese á la niña para ser mujer y no para ser hombre; cultívense al mismo tiempo su cabeza y su corazon, su inteligencia y sus afectos.

Con la lectura excitais su curiosidad, con el baile agilizais su cuerpo, con la historia y las lenguas nu-

trís su cerebro: ¿cuándo ní cómo despertais su alma?

El alma permanece como dormida.

La sociedad actual vive de lo *presente*, y parece como que educa para lo presente: el dia que eduque para lo porvenir, quedará resuelto el gran problema de la educacion, formulado antes de ahora en esta profunda frase: infundir y fortificar en la mujer una virtud ilustrada más poderosa que los infortunios que la esperan y más dulce y arrebatadora que las seducciones que la amenazan.

Tiene mucha razon un gran poeta filósofo de nuestros dias, cuando dice que la ignorancia es la orfandad del alma, y la educacion una verdadera transfiguracion, un *organismo científico* con que se modifica, y á veces se suple el organismo de la naturaleza.

¡Que no olviden los padres esta máxima; que no la olviden tampoco los gobiernos, á quienes toca proteger asíduamente los verdaderos y legítimos progresos de la civilizacion!

Padres y gobiernos procuren sembrar antes que todo el gérmen de la virtud: del corazon á la inteligencia es más fácil el camino, que de la inteligencia al corazon.

CAPITULO II.

La modestia.

I.

La modestia es el primero y más sazonado fruto de cuantos puede producir la buena educacion.

El principal secreto de la educacion no consiste en formar mujeres sábias: debe consistir en formar mujeres modestas.

La modestia (*modus standi*, *modus in re*) es una virtud que tiene saludable aplicacion en todos los actos, en todos los estados y en todas las circunstancias de la vida; es el único fondo sobre el cual resaltan con todas sus perfecciones la imágen de la hermosura y la imágen del talento.

La modestia supone bondad y regularidad en los pensamientos y en las acciones: es el amor de todo lo

conveniente y verdadero: es la humildad, la caridad, la justicia: prescindamos de la modestia, y habremos franqueado la entrada á los vicios y la salida á las virtudes.

Consecuencia inmediata de la modestia es el aprecio de los merecimientos ajenos y el menosprecio de los propios: así que la modestia puede considerarse como un anteojo del alma de tal manera dispuesto, que abulta los objetos distantes y hace casi imperceptibles los más próximos.

Sin embargo, este efecto es meramente óptico; pues la verdadera modestia, que al parecer achica á los grandes, engrandece realmente á los pequeños.

La modestia da realce y dignidad á un semblante varonil; pero es de mayor precio si se retrata en una mirada tranquila y honesta, en una boca por donde vaga la sonrisa de la inocencia, y en unas mejillas que tiñe el carmin infalsificable del pudor.

La modestia, que en los hombres brota de la educacion, en las mujeres brota del instinto.

Si el amor es el milagro de la civilizacion, la modestia es el milagro de la sociedad.

Contra la modestia de los hombres conspiran los otros hombres: contra la modestia de las mujeres conspiran los defectos de otras mujeres y la adulacion de los hombres.

La llamada galantería es el mar donde naufraga de ordinario la modestia, poniendo en grave riesgo la honestidad; las lisonjas indiscretas son disparos de bala rasa que destruyen la amable ignorancia en que descansa aquella virtud.

Para que así no suceda es preciso que la modestia se considere como un producto de la organizacion: en este caso es á las mujeres lo que el valor á los hombres; un triunfo contínuo.

La modestia no es la humillacion; pero está tocando con la *humildad*.

La modestia no es el velo de la inaccion y el pretexto de la pereza: hay circunstancias en que es lícito *vencer* la modestia; *perderla*, nunca.

II.

Cuentan los mitologistas que, asignado en el Olimpo el lugar que habia de tener cada pasion y cada virtud, quedó *desalojada* la modestia; y como se quejase ante el padre de los dioses, «tú, le dijo, vivirás con todas; á todas acompañarás.»

Despréndese de esta fábula que, si no era generalmente practicada, era al menos estimada la modestia entre los pueblos de la antigüedad.

Hoy que la modestia brilla esclarecida por el rayo de luz del cristianismo, tiene mayores títulos á la estimacion: la modestia está tocando con la *humildad:* y la humildad es una gran virtud, virtud que prepara el alma para todas las virtudes.

La belleza puede producir admiracion. La virtud es el único gérmen vigoroso de la simpatía.

Y la modestia es una virtud: y la simpatía es la magnífica portada del amor.

El amor sin la modestia es fuego que puede abrasar y desaparecer: el amor acompañado de la modestia es fuego que vivifica y nunca desaparece.

Amad *modestamente*, y os amarán siempre.

La modestia no es el olvido del buen nombre; pues, como dice San Francisco de Sales, la caridad quiere y la humildad permite que aquel se conserve con esmero.

Lo que la modestia debe olvidar es el camino por donde se llega á las fútiles alabanzas y á las glorias pasajeras; lo que la modestia olvida es el valor de los atractivos propios, de los encantos de fuera; lo que la modestia olvida es la lisonja muda del espejo y la lisonja audaz de los seductores; lo que la modestia olvida es lo que el individuo *es*, para recordar solamente lo que el individuo *debe ser*.

Hablemos á las mujeres con sinceridad desde sus más tiernos años; acostumbrémoslas á la buena fé; hu-

yamos de todas las exageraciones, y la modestia prosperará.

La sociedad moderna elogia hasta el entusiasmo la modestia de las mujeres, y trabaja hasta la desesperacion por destruirla.

No parece sino que la modestia es una enfermedad, y que tan pronto como la descubrimos en una mujer nos apresuramos á curarla de ella.

¡Error deplorable! La modestia es un encanto duradero que suple ó duplica los encantos efímeros de la hermosura.

III.

La modestia de las mujeres, ¿es el disimulo?

El moderno excepticismo ha sentado esta horrible máxima: el mundo es un carnaval perpétuo; el vicio se disfraza de virtud, el egoismo de desinterés, la perfidia de lealtad, el orgullo de modestia.

Para el moderno excepticismo la modestia es el velo de la vanidad y de la altanería.

Pero esa filosofía de los excépticos es el vasto cementerio de todas las verdades y aun de todas las ilusiones: en su recinto crece solo la planta sombría de la negacion.

En medio del camino que separa la verdad de la mentira, se encuentra el disimulo; el disimulo toca, pues, la frontera de la mentira: y la modestia es la verdad.

En el momento en que no sea verdad la modestia, degenera en hipocresía.

En el momento en que una mujer modesta sabe que lo es, deja de serlo.

La modestia afectada es la más intencional de todas las vanidades, siquiera sea, como dice un autor, la más decente de todas las mentiras.

Hay modestia de las palabras y modestia del corazon: la primera es *arte*, la segunda *virtud*.

No hay nada más orgulloso que la afabilidad del orgullo.

Un escritor lo ha consignado, y á fé que es una gran verdad.

El orgullo que habla el lenguaje de la modestia, ó *se burla* al humillarse, ó *se digna* humillarse: lo primero es bajeza; lo segundo insulto.

¿Es inmodestia la alabanza propia?

Así lo cree el vulgo; pero no es así: la inmodestia supone un vicio del espíritu, y la alabanza propia supone simplemente una debilidad del cerebro.

IV.

La modestia de las mujeres, ¿es la reserva?

No lo es; pero se parece mucho.

La reserva puede considerarse como una piedra miliaria que mira á dos caminos: en un lado tiene escrita esta palabra: *desconfianza:* en el lado opuesto tiene escrita esta otra: *prudencia.*

Entre la reserva y la mentira, optamos por la reserva.

No opinaba lord Byron de esta suerte; mienten las mujeres con tanta gracia, decia, que nada les está mejor que la mentira.

Lord Byron era un gran poeta satírico.

La reserva tiene puntos de contacto con la *desconfianza.*

Adviértase que la *desconfianza* puede entenderse ó de sí propio ó de los demás.

La reserva que en efecto se parece á la modestia, es la que resulta de la desconfianza de sí propio.

La reserva más mezquinamente orgullosa es la que se funda en la *desconfianza* respecto á los demás.

Entre todos los defectos que puedan atribuirse á la

mujer, ninguno nos sorprende ménos que esa reserva mezquinamente orgullosa.

La mujer calla, ó tal vez finge, porque desconfia: no debemos los hombres entrar en la indagacion de por qué desconfia: seria tirar piedras á nuestro tejado, y es de vidrio.

Como dice perfectamente Bernardino de Saint-Pierre, las mujeres son falsas en los países donde los hombres son tiranos.

No es tan clara esta otra máxima, cuyo autor ignoramos: «la mujer finge más que miente; el hombre miente más que finge.»

Para nosotros el hombre y la mujer mienten lo que fingen, y fingen lo que mienten.

Hay, sin embargo, esta diferencia: la mujer *finge* alguna vez que da crédito á la pasion que el hombre le *miente;* pero el hombre *miente* con más frecuencia que corresponde á la pasion que la mujer le *finge.*

La reserva tiene puntos de contacto con la *prudencia;* por este camino se llega antes á la modestia que por la *desconfianza:* no porque sea más corto, sino porque es más llano y expedito.

Concluyamos.

La modestia no puede consistir nunca en la mentira, ni aun en la mentira de los propios merecimientos.

Esa mentira está muy cerca de la vanidad.

La vanidad, ha dicho Fontenelle, es el amor propio al descubierto; como la modestia suele ser el amor propio que se esconde.

La modestia no es la afectacion de la humildad, de esa humildad soberbia, mentira insigne que engaña á los hombres y quiere engañar á Dios.

La modestia no es el disimulo, disfraz de encontrados sentimientos; pena que sonrie, ó placer que llora.

La modestia no es la reserva, esa piedra miliaria que mira por opuestos lados á la desconfianza y á la prudencia.

Hé aquí la modestia explicada en muy sencillas palabras, por un gran santo y asceta ya citado:

«Si bajais los ojos, humillad tambien el espíritu; cuando mostreis querer el último lugar, deseadlo de corazon.»

CAPITULO III.

El orgullo.

I.

¿Por qué en pos de *la educacion* y la *modestia* damos cabida al *orgullo?*

Porque lo manda la lógica.

Es el orgullo un elemento tan sutil como el aire; tan sutil, que penetra con dolorosa frecuencia en las regiones del alma por la puerta de oro que podemos llamar modestia.

Cuando esa puerta está abierta, el orgullo no es aire; es huracan: y como de esa puerta solo *la educacion* tiene la llave, de ahí que procedamos en estos capítulos como del antecedente á su consecuencia, como de la causa á su efecto.

La educacion bien dirigida hace germinar y prosperar la modestia; la educacion bastardeada por los vicios sociales, guia indefectiblemente al orgullo.

El alma de la mujer yace como dormida por espacio de muchos años. Cuando despierta, tiende una mirada de asombro en derredor suyo, y lo halla todo pequeño.

En la cabeza de la mujer cabe todo pensamiento elevado; en su corazon cabe todo sentimiento noble; pero ni su cabeza ni su corazon están de ordinario preparados para elaborar esos pensamientos elevados, para dirigir esos sentimientos nobles.

Entonces la mujer no está educada; y no estándolo, emplea la actividad de su espíritu en comparar la consideracion que merece al mundo, ella que se estima en mucho, con la consideracion que al mundo merece el último de los hombres.

De esa consideracion y de esa comparacion brota el orgullo.

Sin embargo, el orgullo, que suele ser una enfermedad epidémica de los hombres, es solo una enfermedad endémica de las mujeres.

Como este principio, que está muy próximo á ser axioma, puede atraer el desagrado y aun la saña de algun crítico, procuraremos distraerlo con dos preguntas un tanto inoportunas.

¿Es la mujer en el catecismo de la vida el octavo pecado capital, ó es la cuarta virtud teologal?

¿Es verdad que en la cadena invisible que une al cielo con la tierra, la mano de la mujer está asida á la del ángel, y la mano del hombre asida á la melena del leon?

Si el crítico lograre responder satisfactoriamente, cesaremos al punto, por juzgarlas inútiles, en las investigaciones que nos proponemos.

En el ínterin nos tomamos la libertad de continuar.

Sabe más, en concepto de algunos, quien ha hojeado ese libro misterioso que se llama *la mujer*, que quien consume su vida entre el honroso polvo de las bibliotecas.

Y es una gran verdad.

No hay sábio á quien no pueda decir con justicia una mujer: «Insensato, la ciencia soy yo.»

No hay hombre que no lleve alguna historia escrita en el alma, ó algun retrato grabado en el corazon.

No carece, pues, de fundamento, en tésis general, el orgullo de la mujer.

Si el orgullo es, como dice Casti, la hidropesía moral de las cabezas humanas, fuerza es convenir en que el sexo femenino se halla horriblemente atacado de esa grave enfermedad.

No hay nada mas difícil que saber tener orgullo. El

orgullo sale á la superficie muchas veces por un exceso de humildad, de paciencia, de lealtad y de todo afecto mal educado, como que es el amor propio, ó la estimacion de sí mismo sin límites, sin el *modus in re* que constituye la modestia: cuando el orgullo sale á la superficie de este modo, aparece más repugnante por lo mismo que se complica con la hipocresía.

No negaremos que en ocasiones el orgullo es el mejor centinela del pudor; pero no causa gran edificacion ni ofrece gran seguridad una virtud que para conservarse há menester que la custodie un vicio.

Entre la dignidad y el orgullo hay la misma semejanza que entre la llama que alumbra y la llama que quema.

La modestia exagerada es la medianería que separa á aquellos dos sentimientos.

Una mujer francamente orgullosa es mil veces preferible á una mujer hipócritamente modesta.

Para destruir el orgullo es fuerza atacarlo en sus bases fundamentales: estas bases son la hermosura, el nacimiento y la riqueza.

II.

Es injusto, pero no de todo punto intolerable, el orgullo que se funda en la belleza.

Tiranía de corta duracion llamó Sócrates á la belleza: de engaño mudo la calificó Teofrasto; un mal hermosísimo es en el concepto de Teócrito.

Nos es indiferente.

Digan cuanto quieran los filósofos, la belleza es el arma poderosa con que el sexo débil neutraliza en cierto modo su debilidad.

Si fuesen ingénuos los filósofos, confesarian de buen grado que á veces dieran por solo una mirada de una mujer toda la doctrina de Descartes y aun todas las teorías de Platon.

A propósito. Este Platon de los filósofos recibe culto con frecuencia entre los enamorados.

¡Cosa rara! La filosofía y el amor tienen puntos de contacto.

La historia de todos los pueblos encierra multitud de páginas escritas al resplandor de las llamas y de las devastaciones. Esas llamas debieron casi siempre su orígen á una sola chispa; á una chispa desprendida de los ojos de una mujer.

Si lucha el guerrero con heroismo; si pide y alcanza el artista torrentes de inspiracion; si mendiga honores el cortesano, de cierto esperan, más que el aplauso del mundo, la dulce sonrisa de unos labios de coral.

¿Qué fuera Apolo sin Dafne? ¿Qué fuera el Dante sin Beatriz? ¿Y qué fuera Petrarca sin su Laura?

El gran Shakespeare ha dicho que es la mujer un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.

Y es verdad; pero no lo es menos que el diablo no entraria en la cocina si las más veces no le abriera el hombre la puerta.

Al hombre se debe, en efecto, la idea que la mujer llega á adquirir de su belleza, y los extravíos á que de ordinario la conduce.

Si algunas mujeres se convenciesen de que la hermosura es el primer presente que la naturaleza les hace y el primero que les quita, no llevarian al extremo su idolatría personal.

Como por lo comun no se educa á las mujeres, no se las enseña á ocuparse dignamente en los demás, tienen que ocuparse *modestamente* en sí mismas; y como es la belleza la dote que juzgan de más precio, convierten hácia ella su pasmosa actividad; los medios de acrecentar sus atractivos son su cuestion capital.

¡Inocentes! Ignoran sin duda que toda belleza, por soberana que sea, toca con las plantas en la tierra.

¿Se sabe en qué consiste la belleza?

Segun el africano, en la descomunal dilatacion de la boca; segun el brasileño, en la forma y proporciones de la nariz; segun el chino, en la admirable pequeñez del pié; para los haitianos no hay mejor gra-

cia que el charol reluciente de la tez; en Holanda se mide la belleza en razon directa de la estatura; en Nápoles, vice-versa. Unos países de Europa atribuyen todo el mérito al color sonrosado que realzan con su mirar apacible unos ojos de cielo por el matiz y la dulzura. En otros países ocupan el trono de las hermosas los tipos esbeltos de tez morena, morena, porque la tuesta el fuego de unos ojos negros ó garzos, donde refleja la aurora sus luces más brillantes.

Deducciones.

La belleza no es una. Existen muchas mujeres bellas, que, sin embargo, no se parecen entre sí.

Hay mujeres que no son bellas, absolutamente hablando, y no obstante ponen á prueba los corazones de mejor temple: tan cierto es que la hermosura no solo consiste en la excelencia de las prendas personales, sino en la impresion que aciertan á causar.

Hay quien explica la belleza de una manera matemática, por una série de enumeraciones que serian solamente ridículas si á veces no merecieran otra calificacion.

Las llamadas gracias naturales se ven, se admiran, pero no se describen: no se las confunda, sin embargo, con el gracejo; las gracias son naturales, el gracejo es de ordinario adquirido: aquellas se reciben de Dios; este procede del arte.

El orgullo que se revela muchas veces por entre las gracias del rostro, perjudica notablemente la impresion; es una especie de *gracia* que puede desgraciar el más bello cuadro.

La mujer que logra cautivar sin advertir que cautiva, tiene de ordinario garantizado su triunfo.

La que se propone cuidadosamente adquirir por derecho de conquista, y emplea al efecto todos los ardides de guerra, consigue dos objetos: demostrar que no está segura de sus propios recursos, y avisar para la defensa al enemigo. Lo primero es una injuria hecha á sí misma; lo segundo una torpeza indisculpable.

Es máxima muy acreditada entre el vulgo de las gentes que las mujeres poco favorecidas por la naturaleza con dotes de hermosura, tienen la suficiente habilidad para hacerse amar por su carácter.

Es falso el supuesto. No hay una mujer siquiera que se halle convicta y confesa de que no es bella, ó á lo menos graciosa; mal puede, pues, buscar medios supletorios, cuando todas se creen provistas de los principales.

Si á una mujer *desgraciada* le envia cualquier atolondrado una frase de adulacion, funda en ella más fé que en el testimonio unánime de todos los espejos que hasta la fecha hubiere consultado.

Y es natural. El orgullo, leemos en un autor céle-

bre, nos pone á merced de cualquiera que guste tomarse la molestia de lisonjearnos.

Nada hay, pues, más indeterminado que la idea de la hermosura.

Probemos á fijarla.

La hermosura es una flor lozana que brilla en el jardin de la vida; el aroma de esa flor es la virtud.

Si la flor no tiene aroma, cuando un soplo del viento la ha deshojado, ó un rayo de sol ha venido en mal hora á marchitarla, de sus colores tan bellos, de su frescura y lozanía solo queda un tallo seco.

Si tiene aroma la flor, bien puede robarle hojas el viento; bien puede el sol agostarla; el aroma no se extingue, se esparce en el vendabal, se eleva hasta la region del firmamento, penetra la esfera azul, y se confunde más allá de las estrellas con los perfumes celestiales de la santidad.

La hermosura no es, como se ha dicho, un lazo tendido por la naturaleza á la razon.

Porque la hermosura va ó nó acompañada de la virtud y del talento.

Si lo primero, lejos de ser un lazo, es un tesoro. No cabe mayor dicha en la tierra que dejarse prender en tales redes. Si lo segundo, ó la razon no es razon, ó el lazo es completamente inútil.

A una belleza, que es una belleza simplemente; más

claro, á una belleza simple, la inteligencia artística la admira; quizá el corazon la sigue; pero la razon, la fria razon la compadece.

Iguales afectos inspiran, salvo el de la compasion, y salvo que son más bellas, las vírgenes de Rafael y las estátuas del Belvedere.

Todos los hombres han soñado amor alguna vez en su vida, los unos durmiendo, los otros despiertos.

Los que sueñan despiertos perciben una voz delicada en el vago rumor del céfiro que juega entre los árboles; si riela melancólicamente en el espacio alguna estrella perdida, en ella ven la mirada de un ángel que sorprende los secretos de su espíritu: si llega hasta ellos el aura embalsamada de los campos, aspiran en ella un hálito embriagador: es que hay un ser ideal que les habla en el lenguaje de las brisas, los mira con la luz de las estrellas, y les envia su hálito de vida en el aura embalsamada de los campos.

Digamos á esos bienhadados soñadores que el ángel de sus ensueños no es un ángel: digámosles con Argensola que su belleza no es más cierta y más efectiva que la belleza azul del vasto horizonte; y una por una caerán marchitas las ilusiones de su corazon; y si las ilusiones de su corazon no cayeren marchitas desde luego, el soplo helado de la razon conseguirá desprenderlas, ajarlas y esparcirlas de remolino en remolino.

Por muy poderosa que sea el arma de la belleza, ¡desgraciada mujer aquella que solo á este recurso deba el triunfo alcanzado sobre un hombre!

Su triunfo no durará más que la tersura de su frente y el brillo chispeante de sus ojos.

Las conquistas de la belleza son falsas conquistas; aprisionan solo el corazon, ó, como si dijéramos, la mitad del enemigo.

La otra mitad, la inteligencia, que queda libre, no tarda mucho en conseguir el rescate absoluto del cautivo.

No olviden las mujeres que el pudor es el compañero más simpático de las gracias.

No olviden, por último, que la violeta humilde desprende más aroma que la arrogante dália.

III.

El orgullo que se funda en la nobleza es una especie de orgullo negativo: es un orgullo que toca ya en el dintel de la *vanidad*.

Para demostrarlo son indispensables algunas explicaciones prévias.

No vamos á escribir un tratado acerca de la nobleza: sea, como unos pretenden, el privilegio del cielo;

sea, como otros suponen, el derecho de usufructuar un capital en pergamino, que no circula en el comercio, creemos firmemente que reirse de los nobles de abolengo tan solo porque lo son, revelará siempre un democratismo estúpido; así como venerar á los nobles por su sola calidad de tales, será siempre un servilismo repugnante.

Tenemos por verdad innegable que aspirar al respeto y la estimacion de todos por el solo título de noble, es querer buscar en la raiz el fruto que debe cogerse en la rama.

Convengamos en que no es de todo punto imposible ver arroyos que, partiendo de un manantial puro y cristalino, se arrastran despues turbios y cenagosos.

Cada vez nos parece más acertada y feliz la máxima antigua de que así como la Iglesia aplica á los difuntos los méritos de los vivos, así entre ciertos nobles se aplican á los vivos los méritos de los difuntos.

Una familia, leemos en cierto precioso libro, no puede ser más antigua que otra, porque si los hijos son contemporáneos, tambien habian de ser contemporáneos los padres. Esta proposicion es más sutil é ingeniosa que convincente: la cuestion de nobleza no es solo una cuestion de cronología.

En concepto de unos, nacer noble es una fortuna: es la fortuna que sigue á la de nacer rico.

En concepto de otros, nacer noble es una desgracia, casi tanta desgracia como nacer pobre en la mitad del siglo XIX.

La razon de estos últimos es muy sencilla. Hay apellidos que imponen deberes de muy difícil cumplimiento; deberes en la virtud, en las armas, en las ciencias, en la política. No á todos es dado ser génios. Si no se logra serlo queriendo, se demuestra la decadencia de la raza; si no se ponen los medios para continuar su brillo, se deshonra á los antepasados, se comete un parricidio: el apellido entonces es una acusacion constante; la ejecutoria un proceso.

El título de noble ha sido de ordinario una presuncion fuerte de buenas cualidades; una buena esquela de recomendacion para ingresar en el mundo; por eso se dijo: *gaudeant benè nati.*

Las páginas más gloriosas de nuestra historia se hallan esmaltadas con apellidos ilustres que hoy brillan todavía, y brillan, si cabe, con resplandores más vivos, engarzados en la virtud, en el talento ó en la belleza; sobre todo en la virtud.

No olvide nadie, y en especial las mujeres, que la nobleza sin virtudes es luz que alumbra más y más los defectos de quien la posee.

La nobleza con la virtud forma la aureola de gloria que ciñe la frente de los dignos.

El Salvador del mundo quiso nacer de estirpe de reyes.

Esta noticia parecerá tal vez fuera de tiempo; pero el autor la consigna por si acaso algun demócrata fanatizado leyere estos Apuntes.

Si el autor, á pesar de su pequeñez, pudiera, en alas de su buen deseo, acercarse á la verdadera nobleza del alma, solo una pena lo atormentaria.

La pena de no haber nacido *noble*.

En los momentos actuales le aflige además otra pena; la de haber hecho demasiado larga esta digresion.

Aplicando, pues, la doctrina, siempre resultará que la nobleza es una condicion que la mujer debe estimar en lo que vale, pero que no constituye su mérito propio; antes bien es la sombra que proyectan antiguos méritos, que cuanto más lejanos, más parece que agrandan esa sombra; mayores títulos gozan al respeto general.

Y la mujer debe buscar en sí misma, en sus prendas especiales, nunca en las generales de un apellido, que al mismo tiempo llevan quizá cien individuos, el tesoro de sus atractivos, la llave que ha de franquearle más ó menos tarde las puertas de la vida.

La nobleza en el caso presente puede considerarse solo como un arma de reserva. La mujer bella tiene

bastante con su hermosura: si á más de ese don le otorgó Dios el del talento, no há menester escudos ni ejecutoria para alcanzar triunfos que la lisonjeen, para construir con un millar de coronas el pedestal de su orgullo.

Harto comprende y sabe la mujer de talento que los pergaminos más auténticos son aquellos que llevan por armas el amor y la virtud.

El orgullo que se funda solo en la cuna, no puede ser más inocente; sin embargo, lo preferimos al que se funda en la riqueza, porque este, sobre ser más vulgar, comienza por aparecer ridículo, y acaba por hacerse insoportable.

La sociedad actual, prestando á la riqueza un culto exagerado, contra el cual se levantan la justicia y el buen sentido, arrebata á la juventud cierta candorosa ignorancia que muy bien decia con la hermosura y la discrecion de la mujer.

La candorosa ignorancia de lo que valen las riquezas va siendo ya una ignorancia tan rara, que apenas se halla ni aun en los espíritus más ignorantes.

Siempre hemos creido que la mujer debe ser más fuerte en sentir que en calcular.

No se engría ni se desvanezca por la riqueza; antes bien ha de considerarla como un poderoso rival de su hermosura.

Por lo mismo que la sociedad actual presta culto exagerado á los bienes materiales, debe dudar la mujer si son obra de sus prendas ó de sus riquezas los triunfos que más la lisonjean.

Y esta duda es horrible.

Se tiene por positivo que algunas mujeres fundan su orgullo en las riquezas que poseen.

¡Creencia errónea! No es tan humilde la mujer como todo eso.

No hace la mujer á los bienes materiales la honra que dispensa á su hermosura y á su discrecion.

Si se la hace en efecto, no se califique de orgullo lo que es solamente fatuidad.

Basta por ahora de orgullo: en el curso de los Apuntes más de una ocasion se presentará propicia para dar amplitud á estas ideas.

Recapitulemos:

Las fuentes principales del orgullo son la hermosura, el nacimiento y la riqueza.

El orgullo exagerado que se funda en los timbres de la hermosura, aunque es más tolerable, no es menos injusto que el que se funda exclusivamente en los timbres de la cuna.

Aquel tiene por base *lo que es*.

Este tiene por base *lo que ha sido*.

Por eso es el primero más tolerable.

Aquel alega títulos ajenos, aunque fuertes.

Este presenta títulos propios, pero muy débiles.

Por eso decimos que ambos son injustos.

El orgullo que se funda en la riqueza, es sencillamente un orgullo que inspira lástima.

CAPITULO IV.

La virtud y el misticismo.

I.

«La devocion es el último de los amores.»

Así lo ha consignado un escritor.

La devocion es el primero de los amores.

Así lo dicen la razon y el buen sentido.

Una mujer *despreocupada*, *esprit fort*, ó para hablar en castellano, *incrédula*, es el sér más inverosímil y hasta repugnante que puede existir sobre la tierra.

La mujer que no está organizada para amar, no es mujer.

La devocion es el primero de los amores.

Y el amor es la vida de la mujer. La devocion discreta es prenda que acrecienta la belleza del sexo á quien la Iglesia llama *devoto*.

Manda Dios en la ley mosáica, que tres veces al año asistan á orar en su presencia todos los varones de la Casa de Israel.

Y pregunta un expositor: ¿por qué no comprende el divino precepto á las mujeres?

Y el mismo expositor responde: porque no ignoraba el Legislador Supremo que el sexo devoto habia de cumplir el precepto sin necesidad de que se le impusiera.

La historia está llena de rasgos brillantes y de admirables conversiones debidas á la influencia de una mujer: los nombres de Cecilia, de Clotilde, de Mónica y otros mil de todas las naciones y de todos los siglos, serán siempre monumentos de gloria para el sexo á que pertenecieron y que honraron con sus esclarecidas virtudes.

Se ha dicho con más gracia que verdad que las mujeres aman siempre, y al faltarles la tierra se refugian en el cielo.

¡Absurdo!

En primer lugar, á las mujeres no les falta nunca la tierra, al menos en su entender.

En segundo lugar, la devocion por despecho, más bien que refugio en el cielo, seria profanacion.

Es indudable que la mujer que se hace devota tiene el alma verdaderamente tierna.

Y las almas verdaderamente tiernas se refugian en el cielo mucho antes de que la tierra las abandone.

Son ellas las que abandonan á la tierra.

Las virtudes teologales están enlazadas de una manera tan sobrenaturalmente sábia, que el mucho creer conduce al mucho esperar, y el mucho esperar guia por precision al mucho amar.

Enjuiciando á la inversa, quien ama santamente espera, y quien espera cree.

Por eso las mujeres incrédulas aparecen como unos séres casi inverosímiles, y repugnantes sin casi.

El amor de Dios y de su gloria ocupa el corazon aun más que los sentidos; la mujer que no lo experimente ama con los sentidos y no con el corazon.

En ella no obra para el amor sino la mitad de su naturaleza; la tierra: por eso están sus afectos unidos á la tierra.

Es muy difícil que sea esposa fiel y madre cariñosa la que no ha gustado otras delicias de amor que las del amor del mundo.

Si conserva pura su honra, prodigio será tal vez debido á la vanidad; y una virtud que para conservarse há menester de un vicio, ya en otra ocasion lo hemos dicho, no es virtud que merezca grande encomio.

Una mujer insigne ha escrito que la vanidad pierde más mujeres que el amor.

Y en esta materia el voto de una mujer vale por el de cien hombres.

II.

Si hemos de creer un proverbio vulgar, no hay mujer más virtuosa que aquella de quien ménos se habla.

Si fuera cierto este proverbio, no podria darse mayor testimonio del espíritu de difamacion y de calumnia que domina en la sociedad presente.

En el apreciar la virtud de las mujeres se patentiza y pone en relieve la injusticia de los hombres.

Nosotros, que para nuestro sexo llevamos la longanimidad hasta un extremo apenas concebible, para el sexo *débil* llevamos nuestro rigorismo hasta una exageracion casi ridícula.

Nosotros, en quienes muchas de las que fingimos virtudes no son sino vicios hábilmente disfrazados, falsificaciones de las virtudes, no podemos ni tolerar en la mujer lo que llegamos hasta á aplaudir en el hombre.

Parece como que tenemos derecho indisputable para exigir virtudes en las mujeres, y facultad para dispensarlas en los hombres.

Ignoramos ó afectamos ignorar que segun la gran máxima de los orientales, para que nazcan virtudes hay que sembrar recompensas.

La virtud es una: una debe ser en ambos sexos.

Y, sin embargo, mientras las mil trompetas de la fama publican las de los hombres, apenas hay una palabra de estímulo y de elogio para la virtud modesta y oscura del hogar; para la virtud de la esposa leal y caritativa, de la madre de familias próvida y ejemplar.

Si la virtud es, como dice Rousseau, un estado de guerra constante, mayor mérito tendrá el débil que lo sustenta que el fuerte que vacila y que sucumbe.

Esta es una verdad de sentido comun. Solamente el espíritu de zozobra y de pesquisa que nos anima respecto á la virtud de las mujeres pudo mover á Goldsmith á decir que «virtud que es preciso vigilar tanto, no vale la pena que da.»

«La pena que oficiosamente nos tomamos,» deberia haber dicho el buen inglés.

III.

Mujer virtuosa y mujer mística no son palabras sinónimas.

Aceptamos la palabra *mística*, no en el profundo y espiritual sentido que tiene segun la sagrada ciencia teológica, sino en el sentido familiar, y un tanto malicioso, de afectacion en ciertos actos exteriores, y tendencia á escandalizarse por cualquier leve motivo. A su vez *el misticismo* (perdónese la novedad del vocablo) es para nosotros aquella afectacion y esta tendencia elevadas á sistema práctico en las relaciones sociales.

La virtud es virtud: el misticismo es lo que mas se parece á la virtud.

Sin embargo, entre el misticismo de los hombres y el misticismo de las mujeres, optamos sin vacilar por el segundo; porque es mas inofensivo y mas agradable y está mejor sostenido.

La mayor parte de las mujeres místicas lo son de buena fé.

Confunden la cuestion de formas con la cuestion

de principios, y dan á las primeras lo que suelen cercenar á los segundos.

De este riesgo no son responsables las mujeres; lo es exclusivamente el sistema de educacion á que en la niñez se las sujeta.

Si á veces suelen hallar motivos de vanidad hasta en las mismas prácticas religiosas; si hasta en ellas viene á ejercer la moda su tiránica influencia, culpemos antes que todo á los vicios de la educacion.

Empecemos por rechazar máximas absurdas que en este punto pasan como axiomas.

Balzac ha dicho que la mujer virtuosa tiene una fibra más, ó una fibra menos que las demás mujeres: es estúpida ó sublime.

El deseo de dar con un chiste, de formar un retruécano ingenioso, conduce con frecuencia á muy lamentables exageraciones; y la exageracion arrastra inevitablemente al término de la justicia.

Con permiso del gran novelista, la estupidez no puede ser nunca ocasion de la virtud.

La virtud es el amor, es la esperanza; y el amor y la esperanza no pueden ser nunca estúpidos.

La virtud es un gran libro donde se nutren talentos como el de Santa Teresa, y de donde brotan poemas como la *Imitacion de Cristo.*

La mujer virtuosa tiene en su organizacion las mis-

mas fibras que la que no lo es. La diferencia está en que aquellas vibran y estas yacen sin vida.

Porque la virtud, que es el amor y la esperanza, constituye la vida del corazon.

La rigidez con que fallamos las causas de honor de las mujeres, ocasiona hasta cierto punto la necesidad de las apariencias.

Es decir, que nuestro rigorismo, que es incapaz de excitar á la verdadera virtud, tiene el pobre mérito de excitar á la hipocresía.

Y la hipocresía, se ha dicho con justicia, no es una pasion, sino la máscara de todas las pasiones.

Resulta, pues, que nuestros propios desaciertos, la misma imperfeccion de nuestros juicios sostienen el mal que nos proponemos destruir.

Si finge la mujer, nosotros la obligamos.

Parece que nos hemos propuesto cooperar á la comprobacion y realizacion del siguiente dicho, atribuido á Clemente XIV:

«La mayor parte de las mujeres pasan su vida ofendiendo á Dios y confesándose de haberle ofendido.»

CAPITULO V.

El amor.

I.

El amor se siente y no se define. Es poca cosa el hombre para penetrar el gran secreto de la naturaleza.

La luna que boga majestuosamente en un mar inmenso de azul; la blanca nubecilla que flota en la region de las estrellas; el aroma de dos violetas confundido por el céfiro; el murmullo de la fuente interrumpiendo el melancólico silencio de la noche; el dulce trino de los ruiseñores; el tierno arrullo de las tórtolas; la gota de rocío desprendida desde el cielo sobre el cáliz de la vida: hé ahí el amor.

Los poetas lo definen así.

Ciertos filósofos, que muchas veces hablan de lo

que no entienden, por el empeño de entenderlo todo, han dicho muy solemnes vulgaridades, pero vulgaridades filosóficas, al tratar del amor.

Todo cuanto acerca de este punto ha llegado á ocurrírseles, es llamar al amor *un no sé qué, que nace no sé de dónde,* lo cual, como cualquiera comprende, es capaz de convencer al más incrédulo.

El corazon y la cabeza pueden considerarse como el cuarto principal y la buhardilla de la casa: el amor es inquilino del primero, y los filósofos habitan la segunda. No conocen al vecino mas que de vista.

Desde los tiempos de Homero hasta hoy viene escribiéndose del amor y la cuestion está intacta.

El último hombre que perezca en el dia de la destruccion universal será el último libro de amor. ¿Quién se atreverá, pues, á hojearlos todos para sintetizar la materia?

Los poetas son los únicos que pueden acercarse al conocimiento de esa ciencia, que si es pura, produce á Santa Teresa escribiendo que Satan no seria Satan si fuese capaz de amar; que si es impura, produce á Safo precipitándose desde Léucade porque un hombre la abandona.

Los poetas, en cuyo cerebro y en cuyo corazon hay algo de sobrehumano que los eleva de la region tangible de la mortalidad, son los que pueden hablar

de ese sentimiento íntimo, ala veloz que Dios ha dado al alma para que vuele hasta el cielo, como le llama Miguel Angel; santa aspiracion de la parte más etérea del espíritu, como dice Jorge Sand; secreto sublime en cuya virtud dos son uno, el hombre y la mujer se funden en un ángel, y el cielo aparece, como ha escrito Víctor Hugo; el arquitecto del mundo, en el sentir de Hesiodo; el perturbador del mundo, en concepto de Bacon; *el egoismo de dos*, segun la magnífica y profunda definicion de la Salle.

Solamente los poetas, que reciben en los rayos de la luna raudales de inspiracion, comprenden lo que dice al alma su melancólica palidez; ellos saben el secreto de la nubecilla que flota, y ven palpitar el seno de las flores, y comprenden el vago rumor de la fuente que murmura, y traducen el lenguaje de los ruiseñores y el tiernísimo arrullo de las tórtolas. Ellos son los únicos que han podido decir: «hé aquí el amor.»

Los filósofos no han sabido por lo regular sino practicarlo y deprimirlo: los poetas no creyentes lo han cantado: los poetas verdaderamente cristianos lo han divinizado.

El cristianismo que ilustra y dignifica cuanto en la série de los siglos toca, elevó tambien la naturaleza del amor.

El amor de las pasadas edades habia producido las Fedras y las Didos; el amor santo que brotó de la doctrina salvadora produjo las Magdalenas.

Cuando el sentimiento caballeresco, y más que caballeresco cristiano, brillaba en toda su esplendente majestad, el sentimiento del amor venia á ser tan puro, tan arraigado, que sobre él, como sobre pedestal magnífico, se alzaba el sentimiento noble del más noble patriotismo.

Entonces, como dice un gran escritor, era más fácil amar á una mujer que seducir á muchas.

El amor no era un arte; era una verdad; era la fiebre del alma, y la pasion su delirio.

II.

Un libro acerca de las mujeres es lo mismo que un libro acerca del amor. Mad. Staël responde por nosotros. El amor, dice, que no es más que un episodio en la vida de los hombres, es la historia entera de la vida de las mujeres.

Bajo este punto de vista, el amor, que es de ordinario en el hombre un manantial de felicidad, suele ser en la mujer un manantial de desdichas.

De cada cien hombres, noventa aman por verdadera impresion: de cada cien mujeres, noventa aman por agradecimiento, por tener amor.

Porque el amor en las mujeres es un perfume, que cuanto más se reconcentra, más se esparce y más se eleva.

Los escritores atolondrados y los murmuradores sin gracia acuden al arsenal del amor en busca de armas con que combatir á la mujer.

¡Cobardes! ¡Cuánto mejor fuera educar su corazon, que burlarse de los extravíos de su corazon!

Casi todas las invectivas que contra las mujeres se han escrito y dicho proceden de un mismo principio. Es regla constante. Cuanto más se sumerge el hombre en el fango de las pasiones inmundas, tanto más rigorista viene á hacerse, por lo comun, respecto á las virtudes de la mujer. Cuanto más desciende en la escala de la fidelidad, tanto más sube en la escala de las exigencias.

Antes han falseado el amor los hombres que las mujeres: dígalo por nosotros la historia de la poligamia.

Al que nos atribuyese parcialidad en las ideas que vamos consignando, que medite en la siguiente máxima: «El amor es un niño grande: la mujer es su juguete.»

Esta es una verdad que no puede ponerse en duda:

como es tambien indudable que en contiendas de amor es el hombre juez y parte.

Si fuera posible repasar los millares de libros en que, ya de propósito, ya por incidencia, se trata del amor, observaríamos que por cada millar en cuya portada se lea el nombre de un hombre, hay difícilmente uno en cuya portada esté escrito el nombre de una mujer. La lucha, pues, aparece desigual.

Si las mujeres supieran escribir, si tuvieran espedito el derecho de defensa, no estaria ese juez invisible, llamado opinion pública, tan prevenido contra ellas; tal vez nos ganaran, con costas, el litigio; pero un tribunal donde todos son fiscales, y de los pocos defensores que hay, más de la mitad contribuyen á empeorar la causa, fácilmente se comprende que tiene en sí motivos muy justificados de recusacion.

Por estudiar los hombres el amor en los libros de otros hombres se perpetúan los errores, las preocupaciones, y acaso las injusticias: para estudiar esa ciencia no hay más que un libro; ese libro es el corazon de la mujer.

Por eso un libro acerca de las mujeres, y un libro acerca del amor vienen á ser frases sinónimas.

El amor es como la fisonomía. No hay dos mujeres que se parezcan en amor: entre cada dos media un abismo. Quien ha dicho que bajo ese punto de vista

son idénticas todas las mujeres, ha incurrido en un desatino imperdonable, á menos que no añada estas palabras: *para el autor de la máxima*.

Eso varía de especie: ya en otro lugar lo hemos consignado; tambien para el ciego son idénticos todos los colores, y para el sordo todos los sonidos.

Todos los defectos que puedan tener las mujeres, todos los extravíos de que en su fragilidad puedan ser responsables, pesan ménos para un hombre imparcial y prudente que las amarguras que devora su corazon cuando ama; y ama casi siempre ó siempre sin casi, si hemos de dar crédito á Mad. Staël.

¡Tan cierto es que las mujeres han compuesto el gran poema del amor, y los hombres lo comentan sin llegar á comprenderlo!

Cada lágrima desprendida en ciertas ocasiones de los ojos de una mujer, es un tesoro que no saben apreciar los corazones de tierra que se agitan en la sociedad presente.

Cada suspiro exhalado de un alma virginal es un grito sublime de *¡miserables!* que envia la ternura al egoismo y á la incredulidad, á la mentira y á la indiferencia.

«Para la mujer, el amor es la curiosidad; para el hombre, el amor es el amor.»

¡Mentira! Ó el que ha dicho tal blasfemia no sabe lo

que es amor, ó los cajistas han trocado las palabras, y entonces no hay blasfemia.

Quitad á la mujer el amor, despojadla de su más bello atributo; y puesto que no la educais, se quedará convertida en el ser más abyecto de la tierra.

El amor es un hilo que la mujer tiene por los dos extremos, y que nos da á retorcer.

Convenido.

¿Quién lo soltará antes; el que tiene el hilo doblemente asido, ó el que lo tiene por un solo cabo, sujeto con dos dedos y en movimiento constante?

III.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!
¡Ay infeliz de la que nace fea!

Esta es la verdad, digan cuanto quieran en contrario los genios de gacetilla.

Infeliz es la mujer hermosa, é infeliz la mujer fea: contra la primera conspiran las asechanzas y la seduccion; la segunda, segun el dicho de una escritora célebre, no conoce sino la mitad de la vida. La primera vive, respecto al hombre, en el constante flujo de los engaños; la segunda en el reflujo constante de

los desengaños. La primera suele no corresponder á los que la aman; la segunda ama ordinariamente á los que no la corresponden. La primera, si la virtud no la acompaña, está próxima al desvanecimiento; la segunda, si no la acompaña la virtud, está próxima á la desesperacion.

Engañar á una mujer fingiéndose su apasionado, es la accion más cobarde que puede concebirse en un hombre de honor: si la mujer es hermosa, por lo fácil; si no es hermosa, por lo aleve.

Lo que ordinariamente se llama galantería suele ser el trabajo de zapa que el vicio emplea para minar la virtud.

Cuando cae la máscara de la galantería, se concluye el carnaval del amor. La ceniza que suele venir en pos de ese carnaval, hiere los ojos y no es difícil que produzca la ceguera.

Muchas de las flores que á nombre de la galantería se dirigen á la hermosura y á la discrecion, llevan en su tallo espinas muy punzantes y exhalan de su cáliz emanaciones maléficas.

¡Hay tanta iniquidad y tanta miseria disfrazadas con guante blanco! ¡Hay tanto corazon de cieno bajo los botones de brillantes! ¡Hay tantas cabezas hermosas como el busto de la fábula!....

Si fuera posible que las mujeres conociesen la vida

íntima de una gran parte de esa juventud de tono, con asco rechazarian de su lado al primer hipócrita que les quemara incienso, ó al primer osado que les mintiese amor.

¡Cuántas veces, dice La Bruyère, oculta una mujer toda la pasion que abriga hácia el hombre mismo que en aquellos instantes le está fingiendo pasion!

¡Cuántas veces á las mentidas frases de una ternura que no existe, corresponde la débil mujer con una mirada ó con un suspiro que envuelve más ternura que todos los libros de los sábios!

¡Cuántas veces al amor-*sensacion* del hombre corresponde el amor-*sentimiento* de la mujer!

Es una verdad patente: no hay mujeres insensibles; si alguna lo pareciere, compadezcámosla: no ha encontrado todavía al hombre á quien debe amar.

¡Infeliz mujer, la hermosa y la que no lo es, porque su ventura, su tranquilidad, su porvenir quizá, dependen de cuatro palabras veraces ó falsas que dejan caer sobre su corazon los labios de un caballero ó de un malvado!

¡Infeliz mujer, la hermosa y la que no lo es, condenada á esperar, á esperar indefinidamente!....

¡Cuántas ilusiones bellas brotarán en su pecho, y en su pecho se marchitarán al soplo helado de la indiferencia y del olvido!

Vosotras las que habeis amado á un hombre que no os correspondia, que no os miraba, que no os conocia tal vez, decid á esa raza excéptica que ha metalizado los sentimientos más puros del alma, decidle si existen ó no los verdaderos mártires del amor.

¡Vosotros, hombres de corazon, que lo habeis ocupado todo con la imágen de una mujer, decidles á esos pobres de espíritu y ricos de mentira si es tan fácil como ponderan hacer una ingénua confesion de amor!

Porque en las declaraciones de amor va ordinariamente el proceso de los amantes que engañan.

No olviden esta máxima nuestras bellas lectoras: la mejor declaracion de amor es la que no se hace.

Y la razon es muy sencilla: cuando el hombre siente mucho, habla muy poco ó no habla.

Para una mujer delicada no hay declaracion de amor más seductora que la timidez y el embarazo de un hombre de talento.

Cuando en una respuesta estriba nuestra dicha ó nuestra desventura, ¿quién será tan sereno que se atreva á hacer de repente la pregunta?

No hay nada más poético ni más grandioso que el amor de dos personas que nunca han hablado de amor.

Y es que como las palabras son el perfume de la flor del cariño, no quieren ni aun perder ese perfume.

¿Qué importan los sonidos de los lábios si se establece el lenguaje simpático de los corazones?

El amor puro tiene el raro privilegio de fundir dos almas en una. Y nadie habla á voces consigo mismo.

Nos referimos al amor puro; al amor-*sentimiento*: al que está muy próximo á constituir una virtud; no al amor grosero, al amor-*sensacion*, al que está muy próximo á constituir el mas vergonzoso de los vicios.

Quejas, placer, enojos y ternura, todo lo consigna una mujer discreta: en el fuego de una mirada, en el dulce movimiento de una sonrisa, en una lágrima imprudente que destila de sus párpados y rueda por sus mejillas, en el hálito imperceptible de un suspiro que se escapa á hurtadillas de su pecho.

El misterio y la reserva son las dos condiciones mas íntimas del amor. Si se convierte el amor en un asunto vulgar, desaparecerán sus más dulces atractivos: despójesele del interés palpitante que lleva consigo la adivinacion, y quedará el amor convertido en un asunto vulgar.

Para las almas de cierto temple, la mudez es la expresion suprema del egoismo doble del amor.

Para los colegiales atolondrados y los que se llaman hombres de mundo, porque viven en el mundo, es de rigor comenzar *escribiendo* ó *hablando*, sean

cuales fueren las circunstancias, y sea cual fuere la mujer elegida para víctima.

Con una metralla de *sentimiento*, *impresiones*, *alma*, *corazon*, *juramentos*, *felicidad*, y todas las otras frases que hay en ciertos *libros para escribir y dictar cartas*, esperan los enamorados vulgares tomar la fortaleza y conseguir la conquista.

Escasa idea llegaria á dar una fortaleza que tan fácilmente se rindiese; y escaso mérito tendrá una conquista tan brevemente alcanzada.

Una declaracion positiva, inesperada, *exabrupto*, si es lícita esta expresion, ofrece muy pobre testimonio del ingenio que la prefiere, y hace asomar los colores á la mujer que la escucha.

Y el hombre, regla general, nunca, bajo ningun concepto, debe excitar el rubor de una mujer.

Los que aman verdaderamente no saben, en punto á declaracion, ni cuándo la comienzan ni cuándo la terminan. La mujer lo adivina.

Y es natural, al amor verdadero no urge la correspondencia; se alimenta de sí mismo.

¿Sabeis por qué no son elocuentes, pregunta Chateaubriand, algunos enamorados?—Porque su corazon habla muy alto y les impide oir lo que dicen.

¿Será que el hombre de talento no halle palabras para declararse? ¿Será que falte al hombre de inte-

ligencia y de corazon lo que sobra á los horteras todos los domingos en sus arieles é hipódromos, y á los estudiantes de filosofía todas las noches en sus modestas tertulias?

¡Absurdo!

Desconfiad, pobres niñas, de esas declaraciones de rigodon, que duran tanto como los sonidos de la música que escuchais: haced cuenta que son *dos músicas*.

Tened presente que si es propio de un hombre cándido hacer una declaracion á primera vista, es propio de mujer más que cándida acogerla sériamente, y aun celebrarla como una simple galantería, siendo como es de ordinario una galantería simple, que no merece siquiera los honores de vuestra sonrisa.

¿Sabeis dónde está la verdadera, la explícita declaracion de amor? En la conducta misma del hombre que se os acerca y apenas se atreve á alzar la vista para miraros: oidlo de boca de un sábio.

Un jóven, dice, que ama, no es libertino, ni disipado, ni ambicioso; sus pasiones están en suspenso; una sola llena por completo su corazon; solo se afana por ser bueno, lo que se llama realmente bueno. ¡Dichosos los que tienen pasiones que los hacen ménos insensibles y más humanos!

Meditad mucho en las palabras de este sábio: encierran todo un libro de enseñanza.

Si se acerca á juraros amor un hombre de esos que el mundo llama despreocupados y el diccionario incrédulos ó irreligiosos, no escucheis sus palabras, huid de su lado; que ni puede cumplir sus juramentos quien no fuere buen creyente, ni puede amar sino con el amor grosero de la tierra quien tiene cerradas las ventanas del alma que dan vista al apacible mar de lo infinito.

Pero si llega hasta vosotras un hombre digno y leal que os ama sin decíroslo, que os contempla y calla, que sufre y calla, que espera y calla, fijad la vista en él, calmad su pena, corresponded á su esperanza.

«Amad: este es el único bien que hay en la vida.»

Así lo ha escrito Jorge Sand.

Permitámonos añadir un adverbio, y será la expresion mucho más bella.

Amad cristianamente: este es el único bien que hay en la vida.

IV.

No hay nada que ponga más á prueba el talento de una mujer, que la declaracion amorosa de un hombre

por quien se halla interesada. Si está segura de su amor, prefiere mil veces el silencio.

La mujer frívola tiene ya como estereotipadas ciertas frases que acomoda, sean ó no oportunas, á toda declaracion. Si esta llega por escrito, su respuesta es una circular de que existen varios ejemplares; con llenar la fecha y acaso el nombre, queda el asunto terminado.

La indiferencia es la tísis del amor: la antipatía es la congestion del amor: la congestion puede ser vencida: la tísis es incurable. De la indiferencia es muy difícil avanzar: de la antipatía no es difícil una evolucion hasta la simpatía; y la simpatía es el parentesco de los corazones.

Correspondido esplícita ó implícitamente por una mujer de talento el amor de un hombre digno de ella, es muy difícil que llegue á borrarse de su alma el dulce sentimiento que la domina.

La ausencia es el gran problema del amor; pero ese problema está ya resuelto; y lo está, no en los libros de los sábios, ni en las vagas especulaciones de los filósofos; en una simple seguidilla que canta el vulgo; héla aquí:

Es el amor, mi vida,
Como la sombra,
Que cuanto más se aleja
Más cuerpo toma.

La ausencia es aire,
Que mata el fuego chico
Y aviva el grande.

Estos versos están en completa contradiccion con estos otros que no há mucho leimos en un álbum:

Para encontrar un remedio
De amor en la cruda guerra,
No hay como poner por medio
Mucho tiempo y mucha tierra.

El mayor castigo que pudiera darse al autor de la redondilla, fuera sin duda entregar su nombre á la execracion de la bella mitad del género humano; pero el autor de los Apuntes se honra mucho llamándolo amigo íntimo, y se contenta con negar la proposicion.

El tiempo pasa en balde para el amor; la tierra es pequeño obstáculo para su inmenso poder.

¿Qué importan el espacio y la distancia para dos almas que están fundidas en una, para dos corazones que están engarzados por mano de un ángel?

Los enamorados ausentes tienen la doble vista del espíritu y de la fantasía. Ellos se ven al reflejo de la luna, simpático testigo de su amor.

Se hablan en el céfiro suave que acaricia su frente, y juega con sus cabellos.

Se envian protestas de fidelidad en el majestuoso silencio de la noche.

Cuando duerme la naturaleza, velan los enamorados.

A la luna y á las estrellas pide nuevas el amante; interroga á la brisa que se agita, y al arroyo que murmura; y en el suspiro dulce de la brisa, y en el murmurio grato del arroyuelo, oye la voz de su amada, el eco de ventura que anima su corazon.

Sus ojos no se apartan del camino: ¡el camino es tan largo!....

Sus lábios articulan una palabra que el aura roba y lleva mansamente por el espacio: *¡ven!*

La luna, que rasga entonces la ténue gasa de una nube perdida en el espacio, envia un rayo que hiere la vista del amante melancólico; aquel rayo alumbra una lágrima de fuego: aquella lágrima es el bautismo de un amor puro y sublime.

Así esplican la ausencia los poetas.

¡Benditos sean los poetas, si es cierto que sienten lo que dicen!

¡Benditos una vez más, si es indudable que dicen lo que sienten!

Vosotros, los que teneis lejos vuestro amor, decid si los poetas son unos ignorantes sublimes, ó unos adivinos de los sentimientos más íntimos del alma.

Decid con la mano sobre el corazon cuál de estas dos sentencias es más cierta:

—«Amante que no es visto, es olvidado.»

—«Más puro es el amor que vive solo.»

La primera es propia de un mercader de amor; la segunda ha brotado de los lábios de un hombre de corazon.

Si en el amar sin ser amado hay un encanto profundo y melancólico, en el recuerdo del amor correspondido hay un raudal perenne de consuelo y alegrías.

Los amantes que se ven y se hablan, tienen la felicidad del amor; los que viven separados, tienen dos felicidades: la del amor y la de la esperanza.

La esperanza es un árbol en flor que se balancea dulcemente al soplo de las ilusiones.

La infidelidad es la tormenta que lo marchita y lo deshoja; el olvido es el rayo que lo consume.

La ausencia y el olvido no son voces casi idénticas, como se cree vulgarmente: entre ambos se alza un muro de bronce: ese muro es el amor.

El amor verdadero se purifica y quilata en la ausencia como el oro en el crisol. Los ausentes que se aman, son los verdaderos hijos del amor.

En las ausencias largas, mucho mas peligra la constancia del hombre que la fé de la mujer.

Esta opinion no es la generalmente admitida; pero es la comprobada: la imparcialidad antes que todo.

V.

La veleidad de la mujer es el asunto fundamental de casi todas las novelas, comedias y romances que escriben los modernos reformadores de la humanidad; edifican sobre arena. Si el hombre tiene en la tierra algun maestro de amor, es la mujer. Los que la inculpan en este concepto, no parece sino que en cabeza ajena se juzgan á sí propios.

La llamada coquetería de la mujer no es, como se ha dicho, una red tendida por su vanidad á la nuestra; no es el deseo de inspirar cariño sin sentirlo, ni la venganza de la debilidad, ni el charlatanismo del amor, ni el ánsia de adoradores unida al menosprecio de los amantes: ni un sesto sentido más delicado que los otros cinco; todas estas son espresiones más ó ménos felices é ingeniosas; pero igualmente inexactas. Todavía no hemos tenido la necesaria franqueza para definir la coquetería: tengámosla una vez.

La coquetería en las mujeres no es otra cosa que el reflejo de la constancia en los hombres.

Hay mujeres que se asustan de la palabra *amor*, y no abandonan la idea; otras hay que no abandonan la

palabra, y se asustan de la idea: las primeras están muy cerca de la hipocresía; las segundas pisan el umbral de la coquetería.

Una coqueta que toma amante, es un soberano que abdica, ha dicho Mad. de Coigny.

Con permiso de esta señora, una coqueta que toma amante no es coqueta: probablemente lo que antes pareció coquetería, no era sino el movimiento perpétuo en que se agita el alma que tiene precision de amar; porque el amor puro es la única atmósfera en que pueden respirar las almas sensibles y privilegiadas. Una coqueta viene á ser el objeto preferido de las invectivas y los sarcasmos de todos los escritores adocenados y vulgares.

¡Inocentes! ¡No advierten que arrojan al cielo puñados de arena!

¿Qué derecho tenemos para imponer á las mujeres ese rigorismo que nunca les damos á imitar? ¿Cuándo ni cómo las educamos, para que en buena ley podamos pedirles cuenta de esas altas cualidades, que son en mucha parte obra de la educacion?

¿Qué debe la mujer á la sociedad actual, á esta sociedad que la diviniza y la burla; qué debe á los hombres de hoy, á estos hombres que la adulan y la escarnecen y la ultrajan, para que se le exija esa abrumadora escrupulosidad en las formas, para que se juzgue

su honor prendido de una sonrisa, comprometido quizá en una mirada?

¿Con qué derecho requiere el hombre de inconstante y veleidosa á la mujer, sin añadir la crueldad al vilipendio?

Vosotras, las que con el rostro sereno y el corazon traspasado sentís por fortuna el fuego de un cariño honesto y puro, decid á esos miserables que no conocen á la mujer; decidles que hablan de oidas; que no saben ni qué es amor; y no lo saben, porque el amor casto es un don que envia el cielo á las almas que quiere hacer felices.

Preguntadles si alguna vez ha latido su corazon: si han buscado ardorosamente en el disco de la luna ó en el giro de una estrella, la mirada del ser por quien alientan: si han interrogado al aura de los campos, que llega hasta sus lábios, y á las aves que cruzan alegres por su ventana; si han visto, en fin, cernerse en el espacio las alas de oro de un ángel que cobija dos almas que son una.

Si os dijeren con la sonrisa estólida del excepticismo que nada de esto han sentido, porque no son poetas, respondedles con plena seguridad que no es amor el amor que no es poeta.

VI.

Nada horroriza más que la idea de un amor impuesto.

¿Será verdad que hay padres que imponen á sus hijas el amor? Esos padres deben padecer una perturbacion mental.

¡Mandar el corazon! Tanto valdria cambiar el curso del Nilo, ó decir á la tierra que se pare.

¿No es harto desgraciada por sí la mujer, condenada, como ya hemos dicho, á esperar, á esperar indefinidamente?...

¿Cuándo se convencerán los padres de que burla su vigilancia, sea esta cual fuere, el amor á hurtadillas de sus hijas?

¿Y cuándo se convencerán de que si el amante es digno, deben favorecer el amor franco antes que dar lugar al de emboscadas?

Si la educacion llegara entre nosotros al punto á que debiera llegar, los padres serian los primeros confidentes de sus hijas; no estaria este honor reservado á las ayas y doncellas.

Y como reservado á tales ingenios, produce las consecuencias que diariamente se deploran.

La pobre criatura que apenas sabe más que vestirse y adornarse para agradar, porque otra cosa no le han enseñado, cree en cualquiera frase de amor, se apasiona del primer farsante que la lisonjea, y labra quizá su perpétua desventura. ¿Quién podrá reconvenirla con justicia?

Temblad, jóvenes candorosas, al escuchar una declaracion de amor: por de pronto, el que se declara con los lábios, sin duda no está seguro de haberse declarado con los ojos; y amor que no se retrata en los ojos, tened por infalible que no es amor.

Una mujer de talento jamás debe deslumbrarse con el oropel: el oro es muchas veces, y en determinadas manos, oropel.

Todo lo que puede valuarse carece de valor. El mérito que se somete á número y á medida, parece una mercancía que se remata en el mejor postor. El comercio y el amor están reñidos de muerte. El amor no sabe contar ni medir: no sabe más que amar.

Las grandezas y los bienes, decia una mujer muy célebre, no constituyen el encanto del amor. La verdadera ternura sabe separar del amante todo lo que no es de él, y poner aparte su fortuna y sus honores para considerarlo solo, y solo con él llenar su corazon.

La reputacion, los triunfos, la gloria; hé ahí lo único que una mujer delicada acepta del hombre á quien ama. Y acepta esos bienes porque son intrínsecos, inseparables; si se pudieran comprar y vender, si estuviese en mano de cualquiera el poseerlos, los rechazaria tambien; los tendria por de mucho menos precio que la más rápida de sus miradas ó el más ténue de sus suspiros.

No hay nada más elevado ni más grandioso que el orgullo noble de una mujer de talento.

¡Feliz mil veces quien poseyere su amor!

El hombre que tiene la dicha de ser amado por una mujer de talento y de corazon, es un ingrato si abriga desconfianza, y un malvado si llega á abrigar celos.

La desconfianza no es la madre de la seguridad, como se ha dicho; la desconfianza es la hija del egoismo. El egoismo y la pobreza de espíritu son en este caso voces sinónimas.

La desconfianza es un vicio *contraproducentem*, en el sentir de Séneca; por ella aprende á engañar la persona misma de quien se teme el engaño. La desconfianza autoriza la infidelidad.

Napoleon pudo muy bien decir que en los negocios humanos no es la fé la que salva, sino la desconfianza.

Aunque esta máxima sea cierta, no puede aplicarse al amor, porque en el amor hay algo de sobrehumano.

La desconfianza es una nube que aparece en el cielo del espíritu: los celos son la tempestad. Contra los estragos de esa tempestad no hay mas para-rayos que el talento.

«Los celos son la medianería entre el amor y el odio.»

Es inexacto; los celos son la medianería entre la estupidez y la perversidad.

Creemos con el vulgo que los celos son un exceso de amor; pero el vulgo debia añadir la palabra *propio*.

Una escritora de fama sostiene que los celos groseros son desconfianza del objeto amado, y los celos delicados desconfianza de sí mismo.

Pero es repugnante adunar las dos ideas de celos y delicadeza; no sabemos cómo podria probar esa escritora que la desconfianza de sí mismo puede en ninguna ocasion confundirse con los celos.

Cuanto es más violenta la pasion del amor, es más inminente el peligro de los celos.

Esta es la opinion de la generalidad; pero la generalidad se engaña. Nos adherimos á la minoría, que sostiene y prueba que los celos solo indican un amor débil, una soberbia necia, un convencimiento de la escasez de mérito propio, y á veces un corazon muy depravado. No hay celos de amor; no hay más que celos de orgullo y de egoismo.

El celoso, leimos en una ocasion, no es el amante que ama, sino el dueño que se enoja.

Los celos son de ordinario el proceso de quien los abriga.

Los celos del hombre son casi siempre infundados é infaman á la mujer: los celos de la mujer son casi siempre justos y no infaman al hombre.

Hé aquí la equidad.

Para el vulgo, un hombre celoso es un buen ciudadano que vela por su honra; una mujer celosa es una loca que merece compasion.

¿Quién autoriza al vulgo para fallar en causas de amor?

Los celos brotan ordinariamente en los hombres por falta de talento, y en las mujeres por exceso de penetracion.

El que recela de una mujer virtuosa que le da pruebas de amor, recela de sus propios merecimientos; hace una confesion tácita de su misma indignidad

En las luchas formidables que se traban en el fondo de cada individuo, aparece el gérmen de los celos: ese gérmen se desarrolla cuando vence el elemento mas tosco y material; ese gérmen se destruye cuando vence el elemento mas ténue y espiritual; del primero nace la pasion horrible de los celos; del segundo nace el orgullo santo del amor.

Para inspirar confianza á las mujeres, es un principio constante, se hace préviamente necesario tener confianza en sí.

En materia de amor hay pensamientos que descienden del cielo, y pensamientos que se alzan de la tierra; el hombre de inteligencia recibe los primeros como un rayo de la Divinidad: el hombre vulgar y excéptico se ahoga con los segundos, que semejan una columna de humo denso y fétido.

El celoso no sabe respetar ni respetarse; y el respeto es hermano inseparable del cariño verdadero.

Como ha dicho con razon el abate Prevost, un amor puro y leal inspira más respeto hácia una pastora amada, que toda la nobleza de la sangre y el rango de los honores hácia el primer príncipe del mundo.

En el extremo contrario de la escala del respeto, están la indiferencia y la frialdad. Las mujeres tienen el necesario, y tal vez providencial instinto, de no confundir jamás los grados de esa escala.

El respeto y la indiferencia miran con distintos ojos.

Lo que las mujeres no perdonan jamás es la insipidez y la descortesía.

VII.

Es un error creer que para las mujeres la amistad es un afecto distinto que para los hombres.

En este punto hay opiniones encontradas. Tratándose de la mujer, creen unos que la amistad es casi siempre la jubilacion del amor: otros suponen que es la amistad el noviciado del amor.

Unos han dicho que es más fácil ver al amante degenerar en amigo, que ver al amigo degenerar en amante.

Los primeros añaden: amor que da lugar á la amistad, no es amor; los segundos replican: mujer que ofrece su amistad al que le pide su amor, da señal de saber lógica, quiere proceder con método.

Hé aquí una cuestion en que es de todo punto imposible conciliar los pareceres; estriba en la inteligencia de las voces; viene á ser una cuestion de palabras.

El amor no correspondido, ó, como si dijéramos, el amor *unilateral*, constituye una clase aparte; clase respetable, como lo es siempre el infortunio; la clase cuyos individuos pudieran recibir el nombre de *inválidos del amor*.

Dijo una gran verdad el que aseguró que el amor y el enamorado suelen vivir en constante contraposicion.

Qui suit amour, amour le fuit;
Qui fuit amour, amour le suit.

Contra esta horrible desgracia no caben reglas ni apreciaciones: tal vez aludiria á este caso el insigne poeta, autor de una redondilla antes citada; si así es, nos reconciliamos con el pensamiento que encierra, y lo aplaudimos.

Lo que jamás podremos aplaudir es el exceso de afectacion varonil en ciertas mujeres, y el exceso de ternura simulada en ciertos hombres.

Es fijo: las mujeres que más blasonan de invulnerables á los tiros del amor, se parecen á los niños, que cuando andan solos y de noche cantan de miedo.

Los hombres que más recargan los colores de su ardorosa pasion, consiguen las mas veces pintar una ridícula caricatura: se declaran vulgares.

A menos que medie una pasion violenta, adquirida en los primeros años de la juventud, es máxima irrebatible que una mujer de talento nunca se enamora de un hombre vulgar. Y los hombres vulgares abundan más de lo que ordinariamente se cree.

Es síntoma de vulgaridad en los hombres el repetir en toda ocasion sus juramentos de amor.

Como si no se supiera por todos que tales juramentos suelen ser la moneda falsa con que se pagan los sacrificios de amor.

Beauchêne lo ha escrito: la mujer á quien más se ama es aquella á quien ménos se le dice.

El amor más afluente es casi siempre el amor de los más necios.

Un hombre necio es una calamidad para una mujer de talento: la mujer de talento es á la vez una calamidad para el hombre de corazon que aspira á su cariño. Hay, sin embargo, una diferencia notable entre ambas calamidades: la primera es incurable, perpétua; la segunda es transitoria, y puede ser manantial de dichas y de ventura.

Toda la ciencia de un hombre hábil, verdaderamente enamorado, es hacer que el corazon de la mujer sonria, y viertan lágrimas sus ojos.

Sin embargo, no olviden los hombres que la primera lágrima de amor que hacen derramar es un diamante, la segunda es una perla, la tercera es una lágrima.

Si un hombre sintiere que asoma á sus párpados el llanto del amor, llore sin ruborizarse.

Las que no lloran son almas
sin fé, sin amor, sin jugo.

Estos dos versos de nuestro amigo del alma Rubí, encierran todo un poema de ternura.

Como encierra un mar inmenso de desconsuelo la máxima siguiente de nuestro distinguido amigo Teodoro Guerrero:

«El amor es un pozo de agua cristalina; pero la humanidad se da tal maña, que lo revuelve y saca solo el cieno del fondo.»

Con permiso del galante *anatomista del corazon*, donde dice *la humanidad*, hubiéramos escrito nosotros: *la juventud veleidosa y descreida del siglo* XIX.

Esto nos parece más exacto. *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

VIII.

Y pues hemos hablado de Platon, digamos cuatro palabras acerca del amor á que dió nombre.

Un autor, no recordamos cuál, denomina al amor platónico *el velo de la insuficiencia.*

Esto no lo entenderá por ahora el lector; pero tampoco nosotros lo entendemos.

—¿Son los sentidos corporales los únicos conductores del amor?

Aquí se dividen las escuelas; estamos en plena filosofía.

Dos sectas salen á nuestro encuentro: los *sentimentalistas* y los *sensacionistas*.

Para los primeros, es amor el enlace invisible de dos almas: para los segundos, es amor el enlace visible de dos manos.

Los primeros parten de la idea; los segundos de la impresion. Los primeros suelen perder la cabeza y conservar el corazon; los segundos suelen perder el corazon y conservar la cabeza.

Los primeros son agua que se evapora; los segundos son agua que se congela: los primeros aman lo que desean; los segundos desean lo que aman.

Los primeros son hombres de *sentimiento*; los segundos son hombres de *sensacion*.

Los unos miran al cielo: los otros miran á la tierra.

En literatura, aquellos son la poesía, estos la prosa: en filosofía, aquellos representan lo ideal; estos lo real.

Aquellos, en fin, dando todo á la intuicion, piensan con el pensamiento, se desprenden de los sentidos: son alumnos de Platon. Estos, fiando todo á la percepcion material, piensan con las sensaciones, hacen á los sentidos vehículos de todas las ideas: son aristotélicos.

Convengamos, pues, en que Platon ha sido más afortunado que Aristóteles; una raza de amantes ha

tomado su nombre; hasta en las últimas clases de la sociedad se oye hablar de amor platónico.

Basta de filosofía, y hagamos alguna aplicacion.

¿El platonismo es la timidez?—Si no lo es, se le parece mucho.

¿El platonismo es la ineptitud?—Si no lo es, puede confundirse con ella muchas veces.

¿Cuál será, pues, el amor platónico en toda su filosófica verdad?—El amor de dos personas que nunca se han conocido.

—¡Insigne vulgaridad!—dirá algun crítico.

Perdone el crítico. No crea que vamos á recordarle el ejemplo de D. Quijote, modelo de enamorados; que por ser á la vez modelo de locos, seria autoridad que el crítico nos rechazase.

¿Quién no ha soñado amor en este mundo? ¿Quién no se ha fingido allá en las palacios de su fantasía la imágen de un ser que no ha visto en la tierra, que tal vez la Providencia ponga un dia en su camino?

¿Quién no ha amado con toda la pureza de su corazon á un ser que no se viste de nuestro ropaje, que no habla en humano idioma, que flota invisible por el espacio, que suspira en el murmurio de la fuente, que gime en el viento de la noche, que llora en el rocío de los prados, que sonríe en los resplandores de la aurora?...

—¡Poesía, poesía! ¡ilusiones, ilusiones!—repetirá el crítico adusto.

Y tiene razon: adivinó la fórmula.

Esa poesía, esas ilusiones son precisamente lo que constituye el *amor platónico*.

IX.

Postdata.

«Cuando recibais la carta de una mujer, leed desde luego la *postdata*; y si no la tuviere, leed la última línea: allí está el pensamiento capital de toda la carta.»

Una mujer lo ha dicho; sus razones tendrá.

No es esto solicitar para las últimas líneas del presente capítulo mayor atencion, ni ofrecerlas como síntesis del dificilísimo tratado del amor.

No hemos citado la máxima por simple razon de congruencia: la hemos citado porque nos proponemos apreciar rápidamente *las cartas de amor*; y la síntesis de tales cartas es de ordinario la *postdata*.

Por eso hemos escrito esta palabra al comenzar nuestras apreciaciones: no como apéndice á lo anterior, sino como anteocupacion, resúmen anticipado de lo posterior.

Han discutido los sábios la siguiente proposicion: ¿conviene que las mujeres sepan leer y escribir?—¡Y qué cosas tan peregrinas hàn dicho los sábios al discutir esa tésis!

Respetamos á los sábios hasta el umbral de la veneracion; por eso nos abstenemos hoy de llamarlos á juicio, á nombre de la justicia y de la verdad.

Tal vez alguno de esos mismos sábios escribia en su buena edad tratados de floricultura á tal ó cual Galatea desdeñosa, ó Fili enamorada, ó Clori ingrata.

No es lo malo que esos tratados se escribiesen en aquellos tiempos, en que los apasionados de Góngora y los discípulos de Churriguera declaraban abierta hostilidad al buen gusto literario y artístico; lo peor es que se reproduzca hoy en el siglo del vapor y de la política, de la ilustracion y del *puff*.

Porque es fuerza convenir en que si algun género de literatura se halla entre nosotros atrasado lastimosamente, es el género *erótico-epistolar*.

Tratándose de las cartas de amor, no hay medio; ó son sublimes ó ridículas; bien es verdad que, segun declaran los libros de estética, lo mas próximo á lo sublime, *avanzando*, es lo ridículo.

Un amor que, *entre presentes*, se declara por escrito, lleva mucho adelantado para quedar á media correspondencia.

No hablemos del amor que se declara en verso; las mujeres no hacen gran caso de un artificio en cuya virtud, si hay necesidad de un consonante en *oria*, se las bautiza de *gloria*; y si fue de masculino aquella terminacion, se las llama *purgatorio*.

Amor que se revela en un *romance* es difícil que pase nunca de ser amor *romántico*.

La dulce poesía de un amor puro y honesto no há menester de metro ni de rima.

Toda la rima y todos los consonantes son de suyo ineficaces para producir siquiera un átomo de verdadera poesía.

Es máxima comprobada por la experiencia que el amor hace necios á los discretos, y discretos á los necios.

Cuando habla el corazon están de más las frivolidades de la retórica. Un momento antes no sabe el corazon lo que la inteligencia va á escribir; un momento despues, no sabe la inteligencia lo que ha escrito el corazon.

Cada vez nos parecen más ridículos esos formularios de estilo epistolar á que ya en otra ocasion hemos hecho referencia.

Las cartas de amor, salvo en los casos de estado excepcional, solo se conciben y pueden tolerarse *entre ausentes*.

No recordamos qué autor aconseja á los enamorados ausentes la correspondencia frecuentísima; pero recordamos que apoya su consejo en estos ó muy análogos términos: la mujer que os ama y de la cual os alejais, contará al principio por minutos el tiempo de vuestra separacion; si no le escribís, comenzará pronto á contarlo por dias; un poco más tarde lo contará por semanas; luego por años; luego..... no lo contará: terminará la cuenta con el *cero* del olvido.

En rigor de justicia, este razonamiento no es aplicable á todas las mujeres, ni tampoco al mayor número. No nos atreveríamos á decir lo mismo si la antedicha escala se refiriese á los hombres.

Nosotros que concebimos la pasion entre dos personas *presentes* que nunca han hablado de amor, la concebimos tambien entre dos *ausentes* que nunca han escrito de amor.

Hemos dicho que la concebimos, que la creemos posible: no se entienda, sin embargo, que la tenemos por probable, y mucho ménos por frecuente.

A los tres meses de ausencia, prescribe la fé jurada, segun se lee en el código del amor.

¡Insigne arbitrariedad!

La fé jurada no puede, no debe prescribir. Suponemos que en ese código faltará un artículo, que diga: «La correspondencia escrita interrumpe la pres-

cripcion; pero aun así es de todo punto inaceptable aquella ley.

No somos tan injustos que condenemos las cartas de amor por el abuso que de ellas, al decir de la generalidad, suelen hacer algunos amantes en un exceso de calor ó en un exceso de frio.

Nada más lejos de nuestro propósito; sin embargo, por término de este capítulo vamos á dirigir á nuestras amables lectoras una advertencia, que no está distante de parecer un consejo.

Conviene que las mujeres amen mucho, pero honestamente; y escriban poco, pero de tarde en tarde.

CAPITULO VI.

El matrimonio.

I.

Si nos propusiésemos rebatir todas las vulgaridades que se han escrito y dicho acerca del matrimonio, formaríamos libros para una biblioteca, en vez de formar APUNTES PARA UN LIBRO.

La historia del matrimonio es la historia de la humanidad.

Dos seres crió Dios en el principio, y los crió para que se amaran, se unieran y viviesen de consuno. El aura del paraiso llevó en sus alas el primer suspiro de amor; el primer lecho nupcial fué un lecho de flores nacidas á impulso de una palabra del Eterno, y acariciadas dulcemente por su hálito soberano. La obra

de Dios atraviesa los siglos y salva las distancias. ¿Querrá el hombre destruirla ó enmendarla?

El amor es un sainete que termina de ordinario en boda.

La candidez del autor de esta máxima es solo comparable con la candidez del que la aplauda.

El amor debe considerarse como un gran poema, cuyo canto primero es el matrimonio.

Si un poeta latino dijo *cave de nuptiis*, mil poetas anteriores, coetáneos y posteriores han dicho que el buen matrimonio anticipa en la tierra la felicidad del cielo: si vivieron en soltería Alejandro y Annibal, Platon y Homero, Virgilio y Horacio, un millar de héroes por cada Alejandro y cada Annibal, un millar de filósofos por cada Platon, y muchos millares de poetas por cada Homero y cada Horacio, y cada Virgilio, han doblado su cerviz bajo el yugo de himeneo.

Un proverbio muy antiguo enseña que el que se casa lleva la mano á un cántaro donde hay noventa y nueve culebras y una anguila. ¿Quién acertará con la buena presa?

Ese proverbio debe estar equivocado: donde dice *el que* se casa, léase *la que* se casa.

Cuentan de Pitágoras, que habiendo dado su hija en matrimonio al mayor enemigo que tenia, y reconvenido por conducta tan extraña, «no puedo, respon-

dió el filósofo, darle mayor prueba de rencor ni ocasionarle mayor mal.»

De este hecho, que *si non é vero é ben trovato*, solo una consecuencia viene á deducirse: ¡qué tal seria la hija de Pitágoras!...

No es posible, segun Ciceron, casarse á un tiempo con la filosofía y con una mujer.

Sin embargo, Ciceron fué filósofo y casado.

El matrimonio es de todas las cosas sérias la más divertida.

Esta sentencia, que se atribuye á Beaumarchais, seria más exacta concebida en estos términos:

El matrimonio es, de todas las cosas divertidas, la cosa más verdaderamente séria.

Casarse es perder la libertad y entrar en la esclavitud: esto dice el vulgo.

Casarse es adquirir la santa libertad del espíritu y sacudir la tiranía de las pasiones: esto dice la razon.

Leemos en Mad. Staël, que el sacramento del matrimonio no borra, como el del bautismo, las manchas originales.

No comprendemos la profundidad ni la intencion de la máxima: presumimos, sin embargo, que madama Staël no ignora que para los católicos el sacramento del matrimonio confiere la gracia.

En el matrimonio puede hallarse el infierno, ó el purgatorio, ó el paraiso.

Al primero se camina cuando guia solamente la cabeza: al segundo puede caminarse cuando se obedece tan solo á un arrebato del corazon: la gloria está reservada á los que la buscan con la cabeza y con el corazon.

Por eso pudo decir Petit-Senn con tanta justicia: «para conjurar la borrasca de las pasiones, el casarse con una buena mujer es un puerto en la tempestad; pero un matrimonio desacertado es una tempestad en el puerto.»

¡Horrible tempestad! contra ella hay el pararayos de la religion, de la razon ilustrada, de la ley, de la sociedad; y sin embargo, el insensato orgullo humano quiere que contra tal tempestad no haya más pararayos que la muerte.

Las avecillas bulliciosas que cantan en la enramada, las tórtolas que se arrullan tiernamente, la mariposa que revuela en torno de las flores, todo enseña al hombre con el lenguaje poético de la naturaleza esta verdad amarga y desconsoladora:

«Tú solo, rey de la creacion, objeto predilecto del Criador, tú solo te has rebelado contra la ley eterna que rige los espacios; tú solo has podido hacer del amor un comercio y del matrimonio un asqueroso juego de azar.»

Y el hombre no se avergüenza de su pequeñez; y la humanidad prosigue su camino.

Casarse, para el vulgo de los hombres, es un negocio como otro cualquiera; casarse, para el vulgo de las mujeres, es adquirir un marido, tener derecho de salir sola á la calle, y cambiar por el de *señora* su título de *señorita*.

Casarse, para un hombre y para una mujer de talento, es dar la mitad de su alma y tomar otra mitad: si ambas mitades se adaptan exactamente, hé ahí el paraiso; si no se adaptan, si de dos existencias que eran antes completas, vienen á resultar dos incompletas, hé ahí el infierno.

Medid muy bien, vosotros los enamorados, las proporciones del alma que entregáis y las del alma que se os entrega. Ese es todo el secreto.

El *sí* que se pronuncia en los altares lleva su eco misterioso hasta el confin de los cielos. Dios lo escucha.

Aquel *sí* encierra todo un himno, ó toda una elegía: todo un tesoro de ternura y de felicidad, ó un mar insondable de llanto y de aflicciones.

Aquel *sí* es la sentencia de vida ó muerte para el corazon y quizá para el espíritu.

Meditad mucho en esa palabra tan corta de pronunciarse y tan larga de sentirse; de solas dos letras consta, y es capaz de llenar todo el libro de la vida;

en ménos de un segundo se profiere, y dura por toda la eternidad.

El matrimonio es un magnífico alcázar que no tiene mas que una puerta: *el amor*. Algunos aseguran que tiene tambien puerta falsa: *el interés*; pero esa está reservada para los seres más abyectos, para toda clase de gente ordinaria.

Los que aspirais á entrar por la primera, purificad vuestro corazon; ni de pensamiento profaneis el santuario. Los que aspirais á entrar por la segunda, no os goceis porque el código penal no establece para vosotros cadenas ni presidios, como para el resto de los malhechores: la justicia del cielo alcanza adonde no puede llegar la justicia de la tierra. ¿Qué más cadena, ni cuál otro presidio que el que vosotros mismos aceptais?

Y, sin embargo, á la mujer no se la educa; se la deja todavía expuesta al riesgo constante de su perdicion.

Se la enseña á adornarse, á ser, ó al ménos parecer bella, á tener amor; y no se la enseña á distinguir de amores, y no se la enseña á conocer á los hombres sino por las galanterías que le dirigen, ó tal vez por las asechanzas que ponen á su inocencia.

¡Pobre condicion de la mujer!

No le basta al exigente sexo nuestro obtener el de-

recho de *elegir*, y escatimar al sexo débil hasta el derecho de *aceptar*, sino que abusa de la superioridad de sus recursos; y abusa de una manera cobarde, añadiendo el insulto á la crueldad; llamando á las mujeres arteras y diabólicas.

¡Arteras, cuando todo su arte se reduce á esperar tal vez á un malvado que las engañe!

¡Diabólicas, cuando por cada infidelidad que el hombre les perdona, despues de publicarla, perdonan ellas al hombre más de ciento, y en silencio!

Es difícil aventurar juicio alguno acerca de las mujeres cuando se casan; por lo comun carecen de la conveniente educacion, é ignoran la importancia del paso que van á dar.

En este concepto puede muy bien decirse que la mujer es un enigma que no se explica hasta despues del matrimonio.

La primera tarea del marido, por regla general, debe ser educar cariñosamente á su compañera. La mujer no será, pues, sino el reflejo de las virtudes ó de los vicios del marido.

No es esto decir que haya tantas mujeres infieles como maridos disipados; ni que no abunden mujeres de corazon de oro unidas á hombres de corazon de barro, mártires verdaderas del juramento conyugal. No es eso por fortuna.

Los vicios del marido no se reflejan siempre en vicios análogos de la mujer. (¿Qué fuera entonces de la sociedad?) Se reflejan en los sufrimientos, en las lágrimas, en la inmensa amargura de la infeliz que engarzó su alma pura é inocente con una alma dañada y corroida.

Las virtudes del marido se reflejan siempre en virtudes análogas de la mujer.

Es tan fácil una mujer buena unida á un hombre malo, como difícil que permanezca siendo mala la mujer que se juntare á un hombre bueno.

Cuando un hombre y una mujer de talento se estrechan con el doble vínculo de la virtud y del amor, el amor y la virtud forman la barca en que apaciblemente bogan por el mar de la vida: un ángel les sirve de piloto: su rumbo es la inmortalidad: su puerto el cielo.

II.

Apenas hay ciencia moral y política, que no destine al matrimonio un capítulo importante.

La teología estudia el sacramento.

La jurisprudencia estudia el contrato.

La economía política estudia las consecuencias.

La literatura lo estudia todo.

Y, sin embargo, el matrimonio constituye por sí solo una ciencia mas difícil que todas las mencionadas.

«Quien en casarse acierta, en nada yerra,» dice un proverbio castellano. Ese proverbio contiene una gran verdad.

No nos proponemos dar reglas acerca de la eleccion de mujer; si nos juzgásemos con autoridad bastante, las daríamos para la eleccion de marido.

La mujer se encuentra, no se busca.

Pregunta suelta. El estado de matrimonio, ¿es preferible al de soltería?

Respuesta categórica:

«No es bien que el hombre esté solo, dijo Dios en el principio del mundo; le haré una compañera.»

Y si no era bien que estuviera solo en medio de un paraiso de delicias, á la vista y contemplacion de la vírgen naturaleza, rica de galas y esplendente de hermosura, ¿cómo habia de serlo despues, cuando al estado de gracia sucedieron las pasiones y las debilidades, y al amenísimo jardin donde crecia el árbol de la inmortalidad, reemplazó el arenoso desierto de la vida?

¡Felices vosotros los que al cruzar ese desierto habeis aspirado el aroma de una rosa, ó habeis visto brotar una fuente cristalina, ó habeis escuchado, en

fin, el eco murmurador del céfiro que mece á la rosa sobre su tallo, y esparce las gotas de agua, donde se reflejan los rayos del sol, como una lluvia celeste de rubíes y esmeraldas!

¡Felices vosotros, los que en medio de vuestra peregrinacion aspirásteis el aroma de pureza de una mujer sensible y apasionada, y vísteis rodar por sus mejillas una lágrima de ternura, perla caida del tesoro del amor; y escuchásteis el primer suspiro de casto arrobamiento, eco venturoso que solo cede en dulzura y armonía á los cantos angélicos que vagan por las mansiones de la gloria! ¡Felices vosotros una y otra vez!

Vuestra dicha no la comprenden las almas vulgares, adormidas para todo sentimiento noble, despiertas solo al sonido del metal.

Vuestra dicha no la comprende esa juventud de hielo que aprende á contar antes que á leer, esa juventud que nace vieja, que ignora la ciencia santa del corazon y desprecia la de la cabeza; ¡miserable juventud! ¡Menguados espíritus sin fé y sin ilusiones!

¡Y todavía se desatiende la educacion de la mujer, y se la deja á sabiendas en el riesgo de precipitarse, de labrar su infortunio para siempre!

De cada cien mujeres que se casan, noventa y seis

no conocen al hombre á quien dan su mano, á quien se unen con vínculo indisoluble.

Y es natural; de esas noventa y seis, una gran parte cambia de estado á una edad en que, como dice un autor aleman, hay más sentimiento en su corazon que luz en su entendimiento; y el resto se une en hora más ó ménos feliz á un hombre *aceptado*, pero no á un esposo *escogido*.

No queremos hablar de los matrimonios de familia; de esas absurdas combinaciones que imagina la codicia, favorece el orgullo, y lleva á cabo el espíritu diabólico de la vanidad.

Esos sacrificios impuestos serian la caricatura del amor y el matrimonio, si no trajeran en pos de sí raudales de llanto, y larga série de penalidades y conflictos.

El sainete de un amor forzado termina con la tragedia de un matrimonio infeliz.

Dícese que entre la gente más abyecta de algunas localidades se ajustan las bodas y aun se descomponen por un más ó un ménos en la operacion aritmética que se llama contrato matrimonial. Si es cierto que existen semejantes uniones, serán más bien una sociedad mercantil que un santo consorcio, base del edificio social.

No hablemos tampoco de esos matrimonios ridícu-

lamente desiguales, en que al lado de un tronco viejo y carcomido se planta una azucena esbelta y vigorosa; no hablemos de ellos por decencia: son de ordinario el testimonio más repugnante que puede ofrecer una sociedad corrompida y sin creencias.

En los matrimonios que á primera vista aparecen como más regulares y convenientes, queda todavía mucho por desear; ya lo hemos consignado en otro párrafo; de cada cien mujeres que se casan, noventa y seis no conocen al hombre á quien dan su mano, á quien se unen con vínculo indisoluble. ¿Quién es capaz de conocer á un hombre?...

¿Qué mujer hay tan hábil que por su propio instinto, único recurso con que cuenta, distinga el cariño del interés, la ficcion de la verdad, la hipocresía, en fin, de la virtud?

Ella, que si es noble y generosa, anhela solo pruebas de amor; ella, que tiene siempre un tesoro de ternura para corresponder á una frase de benevolencia, ¿dónde ha aprendido á quilatar la sinceridad de las palabras que se le dirigen? ¿Quién la ha enseñado á separar en amores el oro del oropel?

¡Triste alarde de astucia el del hombre que engaña á una mujer! ¡Horrible negocio el del menguado que llega á los altares solo por hacer negocio!

¿Quién ha dicho al hombre, si el hombre es hon-

rado, que va á ser fortuna suya la fortuna de su mujer?

¿Quién ha podido juntar con la idea de matrimonio la idea de venta de la libertad, la idea de bastarda especulacion?

¡Dichosos los pobres, cuyos amores y cuyos enlaces proceden siempre de los impulsos del corazon! Esos amores son los que más se parecen á los de las aves del campo, á los amores puros y sencillos de la próvida naturaleza.

La historia del matrimonio es la historia de la mujer, y una y otra constituyen la historia de los progresos de la humanidad.

En la remota civilizacion del antiguo Oriente la mujer ofrece los caractéres de la mas humillante dependencia; la poligamia domina por todas partes. En la culta Roma la mujer desciende, en el termómetro de la personalidad, hasta cero, y aun mas abajo de cero.

La doctrina celestial del Salvador del mundo devolvió á la mujer sus derechos; hizo de la esclava compañera, sancionó la union con el hombre de una manera solemne, y puso el cimiento á la nueva sociedad, que se alzó robusta sobre las ruinas de la sociedad antigua.

La historia del matrimonio y de la mujer forman la

historia de los verdaderos progresos de la humanidad; ó, como si dijéramos, acompañan paso á paso la historia del cristianismo.

Nada hay, pues, más lejos del espíritu de esa doctrina sobrehumana que los sacrificios impuestos, y las torpes miras de la sensualidad, de la ambicion ó la avaricia.

El esposo y la esposa entre los cristianos, dice el gran Chateaubriand, viven y mueren y renacen juntamente; crian á la par los frutos queridos de su union; á la par se reducen al primitivo polvo, y unidos vuelven á hallarse por fin, más allá de los límites del sepulcro.

Todos los pueblos de la tierra han rodeado el matrimonio de solemnidades más ó ménos fastuosas, de ceremonias más ó ménos imponentes. La sencillez cristiana contrasta de una manera admirable con la prolijidad de las fórmulas gentílicas y paganas, que más hablaban á los sentidos que al espíritu, que más se referian á la vida material que á la existencia íntima de los dos seres que se unian.

Una demostracion sensible de mútua adhesion y unas palabras del sacerdote producen, entre nosotros, el vínculo que solo la muerte es capaz de disolver.

Nuestros augures son los sacerdotes que imploran la bendicion del cielo. Nuestro epitalamio, es un salmo

tiernísimo en que se pinta á la mujer como vid fecunda en los costados de la casa; á los hijos como renuevos de olivo alrededor de la mesa, y al hombre bendecido por Dios viendo á sus nietos en medio de la paz más dulce y de la dicha más santa. El tipo de la desposada leal, como el de la doncella pudorosa, no ha de buscarse en las leyendas de la Grecia ó de Roma: hemos de buscarlo y adorarlo en María, madre de los afectos puros y de los amores castos.

III.

«Yo tardo mucho tiempo en pintar; pero tambien pinto para mucho tiempo,» decia un célebre artista de la antigüedad á los que lo tachaban de lento y de prolijo en la terminacion de sus cuadros.

El matrimonio es un cuadro que no ha de poderse nunca retocar ni restaurar: pintémoslo bien desde un principio; y para lograrlo, meditemos en el dicho sentencioso del célebre artista de la antigüedad.

El amor nace de una impresion; pero el matrimonio debe nacer del amor.

Y debe nacer del amor, no como el vinagre del vino, segun la expresion de Byron, sino como la flor del capullo; como el néctar de la flor.

El primer grado del amor más tibio es el que sigue al último grado de la amistad más estrecha: el último grado del amor más entrañable toca ya en el umbral del matrimonio.

El matrimonio debe ser la continuacion indefinida de ese grado.

La felicidad de toda la vida bien merece el detenimiento y la prolijidad que empleaba el pintor sobre sus cuadros.

Dicen que el amor debe ser de tal manera ciego, que no advierta los defectos de la persona en quien se emplea.

Esta máxima es inadmisible. En ella se confunde el amor con el letargo del alma ocasionado por una pasion violenta.

La pasion violenta no puede ser nunca buena consejera.

Los matrimonios que de ella brotan no suelen contar por años, ni quizá por meses, la duracion de su dicha. *Nihil violentum manet.*

Quien no vea el Manzanares sino en dia de avenida, apenas podrá concebir que sea solo en los tiempos normales un miserable *arroyo aprendiz de rio.*

En los matrimonios que hace exclusivamente el corazon, aprovechando un sueño de la cabeza, es muy de temer la hora en que esta se despierte.

Cuando proceden en perfecto acuerdo la cabeza y el corazon, puede darse por asegurada la reciprocidad inalterable de los enamorados.

El matrimonio no es más que esa reciprocidad inalterable jurada en nombre de Dios.

A veces se oponen muy graves obstáculos á la armonía entre los dos grandes centros de nuestra vitalidad; como dice Bossuet, el corazon tiene razones que la razon no conoce.

Pero hé ahí el secreto. Si es inevitable la lucha, é inevitables son por tanto la victoria y el rendimiento, que venzan: para amar, el corazon del hombre y la cabeza de la mujer; para llegar á los altares, el corazon de la mujer y la cabeza del hombre.

Porque el hombre con el corazon ama, y ama de ordinario la belleza, los encantos personales; pero con la inteligencia comprende y admira aquello mismo que ama; con más la belleza del alma, los encantos imperecederos de la virtud.

De una mujer hermosa puede sentirse hastío, de una mujer buena, jamás se siente el cansancio. *Nihil, oh Cyrene, suavius uxore bona.*

Al lado de una mujer buena, las penas del hombre se reducen á la mitad, y los placeres se duplican.

El tiempo, que, segun Mad. Staël, debilita los afectos torpes, vigoriza y renueva los legítimos.

Cuéntase de un filósofo que preguntado un dia por cierto amigo si habia hallado la felicidad en el matrimonio: «sí, respondió: porque no siento sino hácia mi mujer el amor que antes habia sentido hácia todo su sexo.»

Para hacer juego con esta profunda respuesta, solo recordamos la siguiente máxima:

«La mujer se debe toda á la felicidad de un solo hombre.»

Tenemos el sentimiento de anunciar que esta máxima no pertenece á ninguna mujer: es de un escritor, que ignoramos en este instante si fué casado.

Sucede con frecuencia que el corazon de la mujer es santuario donde recibe culto un ídolo de barro.

Pero tambien hay ocasiones en que el corazon y la cabeza del hombre cometen idolatrías en extremo repugnantes.

Se ha comparado á una rosa el corazon de una mujer; mas ¡ay! que á veces cada amante se lleva una hoja, y quedan solo para el marido el tallo y las espinas.

El aborrecimiento de la mujer hácia el marido es una desgracia que apenas se concibe; pero si existe, debe creerse asociada con otra no menos horrible: ese aborrecimiento puede considerarse el revés de un tapiz; en el haz está el amor criminal hácia un tercero.

Ese amor criminal hácia un tercero fue castigado con horribles penas en la sociedad antigua; tambien tiene pena señalada en los códigos modernos; pero los hombres de la actual sociedad suelen castigarlo con la pena de..... ¡el ridículo sobre el marido agraviado!

Tal vez uno de esos maridos escribiria ó inspiraria cierta décima que leimos, no sabemos dónde ni cuándo, y que si nuestra memoria no es infiel, decia así:

«La fé pura de un mortal
quiso el cielo descubrir:
sus hijos hizo morir;
aniquiló su caudal;
de la amargura fatal
le dió la copa á beber;
la nube del padecer
descargó en su frente mústia;
mas para colmo de angustia,
le conservó á su mujer.»

Infinidad de décimas mejores que la que antecede pudiéramos consignar en apoyo de la opinion contraria; pero tenemos por excusado ese trabajo, que á nada conduciria sino á patentizar la inconsecuencia y veleidades de los hombres.

IV.

Habiendo talento, honradez y corazon, los malos matrimonios deben llegar á ser la excepcion de la regla.

Porque del talento, la honradez y el corazon brotan, como plantas lozanas á orillas de un manantial puro, el amor, la confianza y la tolerancia.

El amor identifica las almas; la confianza es la base del amor: la tolerancia lo alimenta y lo conserva.

No se realiza la perfectibilidad humana: todos erramos; tal es nuestra condicion.

La intolerancia de ciertos hombres es un vicio que nace de la soberbia, se disfraza con el rigorismo, y acompaña casi siempre á la estupidez.

Los que no perdonan á su mujer una mirada, quizá inocente, se permiten á sí mismos licencias quizá criminales.

Los que espian á su mujer en los actos más sencillos, hasta en sus pensamientos, si les es posible, ofrecen muy lastimosa idea de sus actos propios y de sus íntimos pensamientos.

El marido y la mujer deben ser los mejores amigos del mundo.

De dos extremos debe huirse en esa amistad modelo: del empleo de formas que no dicen bien al cariño conyugal, y del abandono completo de las formas.

No nos agrada (tal vez tenga la culpa nuestro sexo) un marido que desempeña constantemente el papel de galan de su mujer; pero nos gusta menos el *sans façon* de un marido que se conduce ante su mujer como si viviera solo.

Hay otra raza de maridos altaneros que tienen siempre en la boca la voz de mando: esta especie de maridos-señores suele domesticarse mal de su grado, y entonces su apostura es más ridícula.

Hállanse tambien maridos que vienen á ser una doncella más de su mujer; el tipo del marido *casero* abunda en algunas provincias, y es seguramente el mas curioso y notable.

El tipo del marido que maltrata á su mujer no es tipo; es la degradacion de la especie; está fuera de la ley, como están los malhechores.

Si los hombres y las mujeres fuesen la mitad de egoistas de lo que parecen, jamás se turbaria la paz de los matrimonios.

El verdadero egoista no se molesta jamás sin resultado; y las contiendas matrimoniales á ningun resultado pueden conducir, salvo el de la molestia.

Las contiendas matrimoniales, como las contiendas

de los enamorados, suelen no tener otro orígen que el deseo de hacer las paces.

Dice un proverbio, «que contra la arrogancia de la mujer, la sangre fria del hombre.»

Ese proverbio ha sufrido sin duda alteraciones en el trascurso del tiempo; en un principio diria probablemente: contra la arrogancia de un hombre altivo, la bondad de una mujer bella.

De esta manera, lo comprendemos y lo aceptamos.

La mujer bella es un libro que consta de una sola página, y se examina con una sola mirada.

La mujer bella y buena es libro que consta de tantas páginas, que la vida entera no basta para hojearlo, ni el corazon para sentir las emociones que produce.

Con ella el matrimonio es una dicha tan pura siempre, y siempre tan nueva, como si cada dia comenzara á percibirse.

Con ella es siempre dulce la esperanza del mañana.

Y como ha dicho Leroux con justicia, la desgracia de la felicidad es la saciedad; la felicidad de la desgracia es la esperanza.

V.

No basta que los casados se amen; es necesario que se estimen.

Esta idea parecerá redundante, pero está muy lejos de serlo.

El amor no depende de la estimacion; pero en muchas ocasiones la estimacion depende del amor.

El amor en los necios, si es que los necios pueden amar, origina con frecuencia los celos: la estimacion en necios y en discretos engendra la confianza.

Y la confianza, ya lo hemos dicho, es la magnífica base en que descansa el verdadero amor.

Para que la confianza exista, es indispensable que se hallen interesados la cabeza y el corazon; cualquiera de estos dos elementos que predomine, puede ocasionar conflictos muy fatales.

Los celos en los amantes, son una debilidad; los celos en los casados, son un tormento.

Un marido celoso aparece á los ojos del mundo como el sér más ridículo de la tierra.

Y además, como el sér más desgraciado.

Desgracia es, en efecto, hallar siempre más de lo

que se busca; desgracia es sufrir y hacer sufrir al mismo tiempo; desgracia es luchar con dos ojos, pues no tienen más los celos, contra ciento que tiene el amor.

En último resultado, los celos no son sino temor que abriga el hombre de que su compañera emplee para con otro la benevolencia misma que él desea y solicita quizá de otras mujeres casadas.

La benevolencia ajena que él solicita, le parece justa y natural; la benevolencia de casa que él vigila, le parece criminal y horrenda.

Para justicia, los hombres.

Y no se diga que el honor de la mujer es mas cristalino, mas ténue, mas deleznable que el del hombre.

Ese es un subterfugio que nosotros hemos inventado para absolvernos con una mano, y castigar con la otra á las mujeres.

Ya se ve, como nosotros hemos hecho las leyes, y en materias de honor sacamos siempre las modas, no es mucho que hayamos dispuesto las cosas de esa suerte.

La razon, la verdad y el buen sentido no prescriben por fortuna.

Y la razon, la verdad y el buen sentido dicen que el honor no tiene sexo.

El juramento de fidelidad que se presta en los alta-

res, no lo toma el hombre á la mujer; á uno y á otro lo toma Dios juntamente.

Las infracciones del hombre, del sexo fuerte é ilustrado, son á lo más calaveradas: las infracciones de la mujer, del sexo débil é ineducado, son á lo ménos delitos.

Es decir, que el honor de los cónyuges se reconcentra solo en el marido para todo lo que no sea perder el propio.

Es muy original nuestra jurisprudencia práctica en este punto.

Un marido se considera deshonrado por el menor desliz de su mujer; pero téngase en cuenta que la parte de honra que pierde no es suya; pertenece á la honra de su mujer, que él tiene como en depósito.

Los deslices del hombre casado no lo deshonran: así está escrito en el código del honor. Este código no debe ser obra de solteros.

La mujer perdona las infidelidades; pero no las olvida. El hombre olvida las infidelidades; pero no las perdona.

El camino de la infidelidad conduce de ordinario al término del aborrecimiento.

Los esposos que no se aman, se aborrecen.

Un matrimonio que se aborrece es la imágen mas aproximada del infierno.

El remedio heróico de la separacion, digno recurso de la actual sociedad, imprime de una vez el sello de la mútua desventura.

Los esposos que se separan son, en concepto de Francklin, como dos hojas sueltas de unas tijeras, que para nada sirven, que ninguna aplicacion pueden teñer.

Al disgregarse dos corazones bien unidos sucede con frecuencia que no se separan, sino que se desgarran.

El matrimonio de tal manera identifica las condiciones, que, semejante á la fuerza de gravedad que existe en el cuerpo físico y en cada una de sus moléculas, se apodera de los individuos, y, unidos ó separados, los acompaña hasta más allá de la tumba.

Es poca cosa el hombre para separar á los que Dios ha unido.

El hombre que abandona á una mujer digna, es un mónstruo; la mujer que abandona á un hombre con quien *la casaron,* ó de quien recibe graves ofensas, es una mujer.

La mujer abandonada injustamente quisiera cambiar en odio su amor; pero no puede.

Querer olvidar á una persona es amarla más. No hay nada más bello que acordarse del que olvida.

La melancolía, que es el veneno lento del espíritu, es un veneno tan dulce, que vivifica matando.

La inconstancia y el cariño, segun la sentencia de un filósofo, son incompatibles. Marido que cambia, no cambia realmente: acaba de amar, ó comienza á amar.

Este accidente es frecuentísimo en los matrimonios que hace solo el corazon: en aquellos en que el hombre busca á su compañera con los ojos y no con los oidos.

Pitágoras aconseja á las mujeres que usen de sus gracias con tal tino, que siempre tengan una por descubrir.

No ha podido escribirse un sarcasmo más sangriento contra la constancia de los hombres.

Y sin embargo, los hombres tenemos el derecho de fallar acerca del honor de las mujeres. Y la sociedad nos da hasta el derecho de declararlas indignas de nuestro nombre y de nuestra compañía.

Una mujer virtuosa abandonada, es un libro de donde pueden sacarse consideraciones muy profundas y documentos de inapreciable valor.

En ese libro hallamos consignada esta verdad:

«El hombre casi siempre es injusto.»

En ese mismo libro hallarán otros consignada esta verdad:

«La mujer es casi siempre incorregible.»

Pero á esta última verdad puede añadirse una cláusula:

«Merced á los ejemplos que recibe.»

VI.

Resúmen.

El matrimonio es el acto más trascendental de la vida, y por consiguiente el que ménos se medita.

El amor ilustrado es la única puerta que da paso al matrimonio.

El amor interesado no es amor: los matrimonios que origina, mas bien que matrimonios son *negocios*.

En el fruto mismo de semejantes uniones parece como que se representan la ruindad y la miseria de su orígen. Es observacion de un sábio: casi todos los hijos del cálculo son raquíticos y escrofulosos.

De cada diez matrimonios en que llega á establecerse la armonía feliz que constituye el encanto de la vida, nueve deben este resultado á la *casualidad*. Esos diez que describimos suponen noventa que no son tan afortunados.

Es un error *buscar* á la mujer que ha de ser propia: esta debe *encontrarse*.

El orgullo del amor es una de las pocas especies de orgullo noble que existen sobre la tierra.

Ese orgullo es el mayor obstáculo contra los celos.

Los celos de la mujer proceden ordinariamente del despecho: los del hombre son hijos del egoismo.

La infidelidad que se disfraza con los halagos, es perfidia; supone malicia *de dentro*; declara que se han pervertido la cabeza y el corazon.

El divorcio es el recurso heróico de las almas pequeñas.

CAPITULO VII.

La maternidad.

I.

¿Recordais por ventura los años de vuestra infancia?

¿Recordais aquellas horas tranquilas en que libre el alma de pesares y el corazon de inquietudes, dejábais reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer?

¿Recordais la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles é imprimia sin ruborizarse sus lábios en vuestra frente candorosa?

¿Recordais cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto, y os adormecia dulcemente al eco blando de una balada de amor?

¡Oh! Sí lo recordais.

Los que tenemos la dicha de ver todavía á esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño á todas horas. Su nombre está escrito en el corazon: es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario.

El nombre solo de MADRE nos representa aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida, en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba; que oprimia entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente; que enjugaba nuestro llanto; que nos mecia, por fin, en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

Vosotros los que habeis perdido á vuestra madre, tambien podeis verla si teneis corazon y sentimiento.

Podeis verla en el ensueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envia sobre la tierra su pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si veis en la region del firmamento una blanca nubecilla que flota cual ténue gasa sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre que al miraros sonrie de cariño desde el cielo.

Si á la caida de una tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde en lontananza, y que no es el canto de las aves ni el murmurio de la fuente, arrodillaos; es el aleteo de la oracion que por vosotros eleva vuestra madre.

Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos ni el hálito embalsamado de las flores, estremeceos de placer: es el beso de pureza y de ternura que os envia desde el cielo vuestra madre.

Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros, los que teneis corazon y sentimiento.

II.

Pueblos que rebajásteis la dignidad de la mujer, que la considerásteis como un sér casi despreciable, ¡venid! La razon os llama á juicio.

El ser que vilipendiais ha dado vida á vuestros héroes y á vuestros sábios.

Cuando vuestros héroes y vuestros sábios, cuando los Alejandros y los Homeros, los Césares y los Virgilios, cruzaban los azarosos dias de la infancia, una

mujer los alimentaba con el jugo de su pecho; una mujer los adormecia con el arrullo de su amor.

Cuando sus lábios empezaron á articular sonidos, una mujer les enseñó á pronunciar los nombres para vosotros venerandos; y les imbuyó vuestras creencias; y les dijo que habia una patria que debian adorar; una patria que ellos ilustraron luego con el brillo de sus conquistas ó con el mágico resplandor de su talento.

¡Detractores sistemáticos del que llamais sexo débil, recordad que habeis tenido madre, ó que la teneis todavía!

¡Los que negais absolutamente la virtud de la mujer, acordaos de vuestra madre!

¡Los que al nombre y á la memoria de madre no sintais latir de entusiasmo el corazon, apartad, alejaos!

Pero no vayais á los campos; que allí las tiernas avecillas besan á sus madres en el nido; allí el manso recental brinca de gozo junto á la oveja.

No vayais á los bosques; que allí podeis ver á la pantera lamer á sus cachorros, y á la leona acariciar á sus hijuelos.

Y no es bien que la leona y la pantera de los bosques, y la oveja y el ave de los prados enseñen al hombre las leyes inmutables de la naturaleza; al hom-

bre, que es rey de la naturaleza y primera figura en el gran panorama de la creacion.

Huid adonde el sol no alumbre, adonde halleis un espacio vírgen, jamás hendido por respiracion viviente; porque donde quiera que lleguen los rayos del sol, donde exista un ser organizado y sensible, allí reinará majestuosamente la idea de la maternidad.

III.

Cuéntase que á un pintor célebre encomendaron un cuadro, donde se bosquejasen á un tiempo el amor y la pureza.

Y el artista trasladó al lienzo la imágen de una mujer que llevaba en los brazos al hijo de sus entrañas.

Aquel pintor era un sábio. Los brazos de nuestra madre son el trono del amor y la pureza, donde en los albores de la vida del hombre brilla su majestad de rey de la creacion.

En esos primeros años de la vida, la madre viene á ser para nosotros una segunda Providencia.

En los años de la niñez, la madre es nuestra primera maestra: ella nos enseña diariamente á alzar

las manos al cielo y á bendecir al Dios de las mercedes.

Por ella aprendemos á coordinar las palabras mismas de nuestras primeras oraciones; de esos primeros himnos que el alma eleva á la Reina de los ángeles.

En los años de la adolescencia, ella nos señala los senderos de la virtud, nos avisa de los precipicios, y quizá enjuga la primera lágrima de fuego que hace asomar á nuestros párpados un amor que no es el suyo.

¡Oh! el amor materno no arranca lágrimas de fuego; produce llanto apacible que refresca el alma, como el rocío á la tierra, como el céfiro á las flores.

En los años de la juventud consuela nuestras amarguras, perdona nuestros extravíos y es la amiga que nunca nos engaña; la amante inalterable y fiel que nos ama sin cálculo y sin interés, sin falsedad y sin celos.

Ella es la sola mujer que sin avergonzarse y sin avergonzarnos puede besar nuestra frente y estrecharnos en su seno.

Ella es la que comparte con nosotros los infortunios y los males; la que vela nuestro sueño; la que cuenta por segundos las horas de nuestro padecer; la que cierra nuestros párpados en el instante supremo; el único ser, en fin, despues de nuestro padre, que no

admite consuelos por nuestra pérdida; porque se anega su alma en el mar sin bordes del egoismo intenso del dolor.

Si es indudable que los padres ocupan en la tierra el lugar de la Divinidad, concluyamos por declarar absurdo é inconcebible el ateismo.

No puede existir un ser racional que niegue á su madre; si existiere, debe considerarse como una excepcion.

Las excepciones, tratándose del linaje humano, se llaman por otro nombre mónstruos. Su número es corto por fortuna.

Si consultamos la historia de la humanidad, hallaremos millares de páginas entre cada dos Nerones.

Por cada mónstruo, esto es, por cada hombre en cuyo pecho no se abrigue el amor maternal, hay generaciones sin cuento que rinden homenaje á la santa ley esculpida por la mano de Dios en el corazon de los mortales, y por la mano de Dios en el código inmortal del Sinay.

En esa doble ley natural y positiva está escrito el amor materno.

El amor materno es el más puro y sublime de todos nuestros amores.

Un autor profundo y sentencioso nos ha legado esta máxima, que encierra una gran verdad:

«La mujer que con sus virtudes y sus gracias cautiva nuestra cabeza y nuestro corazon, es la que *más* amamos: la mujer á quien nos unimos con el vínculo del matrimonio, es la que amamos *mejor*: la madre es la única mujer que amamos *siempre*.»

IV.

Cuentan que un dia preguntó Mad. Staël al emperador Napoleon, cuál era á sus ojos la mujer más grande del mundo: «La que haya tenido más hijos,» contestó sin vacilar Napoleon.

De cierto que Mad. Staël no esperaba esta respuesta; y, sin embargo, no cabe otra más propia en los lábios de un guerrero.

Nosotros no tenemos por la primera mujer del mundo á la que más hijos haya parido, sino á la que mejor los haya educado.

La educacion es la segunda naturaleza.

Parir muchos hijos vale infinitamente ménos que educar bien á uno solo.

¿Quién enseña á las mujeres la difícil ciencia de educar á los hijos?

Nadie.

En los siglos en que la mujer era *cosa*, en que

para ella marcaba *cero* el termómetro de la humanidad, es inútil preguntar por la enseñanza de las madres de familia.

En las épocas posteriores, cuando ya se permitió á las mujeres la libertad de deletrear impresos y de mal pintar el abecedario, comenzaron á recibir idea de la importante mision que están llamadas á cumplir sobre la tierra.

La sociedad actual engaña cobardemente á las mujeres: las confunde y desvanece entre una nube de lisonjas, y como en pasados siglos, apenas les enseña á deletrear impresos y á mal pintar el abecedario.

La mujer sabe hoy todo cuanto conduce á acrecentar su vanidad de mujer, y muy poco de lo que conduce á desempeñar cumplidamente su noble mision de madre. . . . .

La humanidad progresa á medias.

El padre imprime de ordinario á los hijos su carácter; la madre lo imprime á los hijos y á las hijas.

El porvenir de las criaturas, dijo tambien Napoleon, es casi siempre obra de su madre.

En España se agitó no há muchos años el pensamiento de educar *científicamente* á las madres de familia; pero muy luego fracasó aquel pensamiento, porque este es el país del empirismo; y hoy por hoy, no puede alcanzar fortuna lo que no tienda á disputar

por líneas el campo de los partidos, y el supremo derecho, ó la candidez suprema, que se llama libertad política.

V.

En dos extremos igualmente peligrosos incurren por lo general las madres en lo que denominan educacion de sus hijas: estos dos extremos son el rigorismo exagerado ó la exagerada condescendencia.

El primero produce la hipocresía; el segundo produce la desenvoltura: de estos dos vicios, el segundo es más desagradable al exterior; el primero es más repugnante al alma.

Las madres pierden muchas veces la memoria; cuando condenan á sus hijas á una horrible esclavitud, cuando les vedan los recreos mas lícitos, olvidan quizá su propia historia; olvidan que más vieron sus ojos cuando amaban á hurtadillas, que los cien ojos de Argos de la madre que las vigilaba.

Esa vigilancia indiscreta ocasiona los casamientos novelescos y los vergonzosos expedientes de disenso.

La condescendencia exagerada relaja los vínculos mas estrechos y pone en ridículo á la madre y á la hija.

Porque, es fenómeno constante; en la educacion represiva de los pasados tiempos, las hijas se nivelaban con las madres en gravedad y en afectacion. En las costumbres de la moderna cultura, las madres suelen nivelarse con las hijas en ligereza y en coquetería.

Ambos extremos son igualmente censurables; el primero, tiene sin embargo una ventaja sobre el segundo; la economía; en un manto bien cumplido y un rosario se compendiaba toda la *toilette*; la niña más exigente se tenia por feliz

«Con un acerico, y una
Santa Gertrudis de alcorza.»

El segundo extremo, que empieza por socavar la reputacion, concluye por destruir el capital.

Un consejo á las madres que lo necesiten. La impaciencia por *colocar* á las hijas es un vicio como otro cualquiera; ese vicio tiene la mala circunstancia de que suele salir á la cara; y la juventud superficial de nuestros dias, que reduce todos sus estudios al estudio de las caras, descubre luego ese vicio.

¿Y saben esas madres *impacientes* lo que dice la susodicha juventud en sus círculos de confianza? Nosotros, sin que sea visto que hacemos traicion y nos pasamos al ejército enemigo, vamos á revelarlo á las madres *impacientes*.

Esa juventud dice que es *buena presa* la que se

arranca con iguales armas á la astucia y á la sagacidad.

Dice que de madre formal es muy posible que nazca hija coqueta; pero que de madre coqueta, es casi imposible que nazca hija formal.

Dice que las alhajas de gran mérito se despachan muy bien en los bazares.

Dice, por fin, que contra el vicio de la *impaciencia* no hay más que una virtud: la *cachaza*.

Y á fé que es una de las pocas virtudes que esa juventud practica.

VI.

¿Es verdad que existen mujeres que abandonan á sus hijos?

Hé aquí uno de los fenómenos que son verdaderos y no son verosímiles.

Existen.

Pero esas madres no deben estar organizadas como el resto de los mortales: les falta una víscera.

Un crímen guia á otro crímen: quien ocasionó el primero, es en cierto modo responsable de todos.

No tanto horror, pero compasion y repugnancia causan tambien esas infelices que comercian con la

maternidad; las que dejan tal vez á la ventura sus propios hijos para alquilarse á los hijos de otra mujer; para vender por dinero el jugo de su pecho.

Estos seres habitan, como diria Campoamor, en el *polo del infinito positivo*; pero muy cerca de la línea ecuatorial que lo divide del *negativo*: están tocando con el *instinto*.

VII.

Concluyamos.

El sentimiento de la maternidad, es de todos los tiempos y de todos los países; sin embargo, el cristianismo lo ha embellecido y sublimado: entre la Andrómaca de Homero, ó la de Eurípides, ó la de Virgilio, y la Andrómaca de Racine, existe diferencia muy notable.

En la Andrómaca de los primeros se descubre una madre; pero una madre, como dice Chateaubriand, al gusto griego y romano. La Andrómaca de Racine es tambien una madre; pero madre mas sensible, mas interesante, mas tierna; en ella se ve, añade el sábio poeta citado, la naturaleza corregida, la naturaleza mas hermosa, la naturaleza evangélica.

El amor de la madre cristiana es la síntesis de todos los amores castos y puros.

La madre es nuestra providencia sobre la tierra en los primeros años de la vida: nuestro apoyo más firme en los años siguientes de la niñez; nuestra amiga más tierna y más leal en los años borrascosos de la juventud.

El amor materno es el único que jamás nos engaña; el único en cuyo horizonte sereno y trasparente nunca aparece la nube de los celos.

La madre es el don de mas precio que el cielo puede otorgarnos.

Con mucha razon ha escrito Guerrero en su linda novela estas sencillas y poéticas palabras:

«No puede llamarse infeliz el hombre que al nacer recibe de su madre el primer beso, que encuentra durante su vida la mano de su madre para coronarlo en sus glorias y para enjugar su llanto; que lucha con él, y que al cerrar para siempre los ojos vé que recoge su último suspiro quien recogió su primer aliento.»

Nunca es malvado el que á su madre adora,

ha dicho uno de los primeros poetas de la edad presente.

Y los poetas son los intérpretes del corazon.

CAPITULO VIII.

La viudez.

I.

Dicen que el país del matrimonio ofrece la notable circunstancia de que muchos, viéndolo desde fuera, desean penetrar en su recinto, y muchos más, viviendo dentro, quisieran ser desterrados.

Pero como no puede ni debe creerse todo lo que *dicen*, excusamos rebatir esa proposicion, más ingeniosa que cierta, en nuestro humilde concepto.

En el país del matrimonio no es aplicable el destierro: de ese país no hay más que una puerta que dé salida: la puerta de la muerte.

Los divorcios que el tribunal declara suelen producir rubor: el verdadero divorcio que la muerte establece, solo produce dolor.

La viudez es el estado más respetable de cuantos pueden constituir la vida de la mujer.

Se ha dicho por vía de gracia que cuando muere un casado, su esposa lo acompaña hasta la puerta del cementerio, pero no le sigue hasta la tumba.

¿Y qué sabemos nosotros, los hombres, de achaques del corazon, para juzgar las emociones que experimentará el de una mujer digna que pierde al compañero de su vida?

No le sigue hasta la tumba, porque se queda en la tierra para llorarlo, para rogar por él.

El que por vía de gracia ha escrito aquella bufonada, sin duda no comprende más sentimiento que el sentimiento que mata. Y entre todos los sentimientos del alma, como ha dicho un poeta, el que mata viene á ser el más egoista y el más cómodo.

El mérito del dolor debe buscarse en la magnanimidad que lo sufre y en el llanto que lo expresa. Dejarse morir de pena es un género de suicidio menos vulgar que el del veneno y la pistola; pero suicidio al fin; y el suicidio es siempre cobarde y repugnante.

La mujer de talento y de corazon es más serena en las tribulaciones que el hombre más sereno.

Es muy difícil que el hombre sonria teniendo el alma desgarrada por el dolor. Y la mujer sonrie.

La pérdida de un hijo abate al padre, y no trastorna á la madre: la pena de aquel será más intensa, la pena de la madre es más viva y más penetrante.

La pérdida de la mujer representa para el marido la aroma de sus ilusiones.

La pérdida del marido representa para la mujer la muerte de sus esperanzas.

Al consignar estas verdades nos referimos á los verdaderos matrimonios, al misterioso engaste de dos almas, cuyos suspiros se confunden en uno, como el aroma de dos flores nacidas en un mismo tallo.

En los matrimonios que inventa el orgullo y realiza el interés, son aplicables casi todas las vulgaridades que acerca de este punto se han escrito.

No pueden exigirse iguales demostraciones ni condiciones iguales á la viuda de un hombre digno y leal, y á la viuda de un libertino.

Pero ni á esta siquiera es completamente aplicable aquel epigrama en que se compara la viuda con la leña verde; que llora por un lado y quema por otro.

Hay ya muchos siglos que vivieron Artemisa y Porcia; y de entonces á nuestros dias, si la humanidad ha variado en su manera de sentir, ha sido para ganar; para sentir más todavía.

No: ni la viuda del libertino, ni la mujer que perdiendo á su marido pierde al tirano que la sacrifi-

caba, deja de verter lágrimas; pero lágrimas del corazon: y es que la mujer perdona; es que tiene un tesoro de ternura; es que siente por sí y para sí; no como se cree de ordinario, para mostrarse digna de consuelo.

Se exceptúan de esta regla las mujeres que no tienen corazon; para estas ni el matrimonio ni la viudez son negocios de vida ó muerte: son simplemente negocios.

II.

La castidad de las viudas es, en el sentir de San Jerónimo, la castidad mas difícil y meritoria.

El estado de viudez, segun Mad. Girardin, es el estado más incómodo de la vida de la mujer, por cuanto que es preciso recobrar la modestia de la jóven, é imposible fingir siquiera su ignorancia.

El dia en que la mujer se casa, adquiere, segun el vulgo, toda la libertad que el hombre pierde.

El dia en que la mujer enviuda, entra, segun el vulgo, en el complemento de la libertad.

Rectifiquemos la opinion del vulgo.

El dia en que la mujer se casa, pierde tanta libertad física, como libertad moral adquiere el hombre.

El dia en que la mujer enviuda, peligran, si es que no perecen, su libertad física y moral.

La religion le impone deberes; se los impone la sociedad, se los impone, en fin, el recuerdo del hombre á quien perteneció.

Tiene razon Mad. Girardin; no hay nada más incómodo que el estado de viudez.

Sin duda porque es tan incómodo procuran salir de él muchas mujeres.

El amor de una viuda, sean cuales fueren sus atractivos, será bello como la dalia, pero carecerá, como la dalia, de perfume.

El candor juvenil es una rosa fragante y lozana: la lozanía y la fragancia de la rosa cautivan en primavera y mueren á la entrada del estío.

No es esto decir que el último y más pacato de los solteros actuales no sea ménos inocente que la más avisada de las viudas; pero de todas suertes, la sociedad, ó, por mejor decir, nosotros los hombres, hemos dispuesto que el honor de las mujeres sea para ciertos casos de vidrio, y el nuestro de hierro colado.

Ello es que la más candorosa de las viudas, segun nuestro sistema especialísimo, tiene perdido para el mundo más que el primer libertino, siempre que esté en soltería.

Es mucha lógica la lógica de nuestro sistema.

Un viudo que se casa nos parece casi siempre un hombre cuerdo.

Una viuda que se casa nos parece casi siempre una mujer loca.

Para el alma apasionada de una mujer de talento, la viudez no es sino una ausencia más ó ménos prolongada. Las almas que en la tierra fueron una, deben esperar tambien serlo en el cielo.

La viuda que se casa deja viuda el alma de su marido.

Cuando se encuentren en otra vida más feliz, el marido la hallará unida á otro hombre.

Es de ordinario loca la viuda que pasa á segundo matrimonio, porque si fué feliz en el primero, debe su corazon y su existencia á la fidelidad, al sentimiento y á los recuerdos: si fué desgraciada, tenga en cuenta, porque es casi un axioma, que no hay segunda parte buena.

La sinceridad del amante, tratándose de una viuda, es muy dudosa. Si la viuda es seductora por sus condiciones sociales, entonces deja de ser dudosa la sinceridad: lo que entonces se hace patente es la insensatez de la viuda.

En este caso quien más pierde es el aspirante: porque acepta á una mujer que ofrece síntomas de loca en el hecho de casarse, y síntomas de insensata en el hecho de no conocer que la engañan.

El marido de una mujer que ya lo ha sido de otro, y que además ofrece caractéres de locura é insensatez, tiene cuanto necesita para ser el mortal más venturoso de la tierra.

El riesgo solo de que su esposa viva en una interminable conjugacion, comparando el *pasado* con el *presente*, importa mas que todas las ventajas *futuras* que lo hayan arrastrado hasta la viuda.

Dos verdades para concluir:

La viudez, decorosamente mantenida, es el estado más respetable de cuantos pueden constituir la vida de la mujer.

Las lágrimas de la viuda pierden su poética amargura desde el momento en que se acerque á enjugarlas la mano del amor.

CAPITULO IX.

La profesion religiosa.

Cuatro años hará próximamente que una jóven muy notable por su mérito y por su condicion social, concibió el pensamiento de sepultar en un claustro su belleza y sus encantos.

Aquella jóven consultó con diversas personas su proyecto. Uno de sus amigos más leales le dirigió con tal motivo la carta que trascribimos.

I.

«Hay en el mundo una clase de héroes que pasa para el mundo casi desapercibida.

No son héroes que aprisionan ejércitos y destruyen ciudades; ni visten la cota férrea, ni empuñan de contínuo los bárbaros instrumentos de matar.

Estos héroes no pelean en el campo; pero pelean con enemigos más poderosos que los ejércitos aguerridos y las fortalezas al parecer inexpugnables. El sol no tuesta sus mejillas; pero las marchitan la abstinencia y la mortificacion. Una blanca toca y una vestidura larga constituyen su arreo marcial; sus armas son la oracion; su corona de victoria es la corona inmarcesible de la inmortalidad.

Estos héroes de pálida tez y de tranquila mirada viven en la clausura, lejos de la muchedumbre, como se acogen las palomas en el hueco de una roca, donde no alcanzan los furores de la tempestad ni el choque horrible de las olas que se ensoberbecen.

Las pasiones de la humanidad son tambien olas gigantescas que se elevan en el mar de la vida y se estrellan contra el muro de un convento.

El dintel de aquella puerta puede considerarse como la línea divisoria de la carne y del espíritu; como la frontera del mundo material.

Un paso más acá reinan los sentidos; un paso más allá reina la virtud; de este lado, los placeres y el bullicio; de aquel, la penitencia y la soledad.

Dar ese paso es empresa más difícil que las con-

quistas de los guerreros y las victorias de los héroes de la tierra.

Dar ese paso es despedirse de las esperanzas del mundo, para extasiarse de gozo en la esperanza del cielo.

Al contemplar ese paso, que encierra todo. un poema de valor, de magnanimidad y de ternura, podemos decir con un insigne poeta y carísimo amigo nuestro:

«Ojos que te ven entrar
nunca te verán salir.»

¿Sabes, amiga mia, lo que significa ese *nunca*?

Ese *nunca* dice que al cerrarse en pos de tí la puerta en donde quieres llamar, dejas á la parte de fuera el mundo y sus atractivos.

Ese *nunca* es el epitafio de tus ensueños de terrenal felicidad, de tus doradas ilusiones de ayer.

Ese *nunca* es la renuncia que haces de tu corazon de mujer para reemplazarlo con el corazon de un ángel.

Ese *nunca* es la epopeya de tu vida.

A ese *nunca* se llega ordinariamente por dos caminos opuestos. O por tener el corazon tan grande que no baste para llenarlo el corazon de un hombre, ó por tenerlo tan pequeño que lo desconcierte y destroce la mas leve contrariedad de amor.

El primer camino, sembrado de flores, ostenta todavía las huellas de Santa Teresa.

El segundo, erizado de abrojos, no ostenta más huellas que la del dolor y la desesperacion.

¿Sabes de cierto, amiga mia, cuál de esos dos caminos es el que hoy se ofrece ante tus ojos?

¿Conoces el mundo tan perfectamente, que puedas comparar la pequeñez que dejas con la grandeza á que aspiras?

¿Conoces tu corazon y tu cabeza tan perfectamente que puedas responder mañana de tus propósitos de hoy?

¿Conoces bien la majestad del Esposo que aceptas, para calcular la gravedad de la ofensa, si un dia le llegases á ofender?

Tú que eres buena y discreta, ¿no comprendes lo horrible de la infidelidad en este santo consorcio?

Tú, que unida á un hombre serias esclava de tu deber y de tu juramento, ¿has medido la extension del deber y de los juramentos con que pretendes aprisionar tu corazon?

No se trata únicamente del sacrificio de tu belleza, que por ser extremada es sacrificio de gran consideracion. La belleza es don tan efímero y gracia tan pasajera, como que está á merced de unas viruelas imprudentes ó de una erisipela inoportuna.

No se trata del sacrificio de tu nobleza y de tu posicion. La nobleza y la fortuna son el recurso prestado de las mujeres vulgares; son armas de que jamás deben usar el talento y la virtud.

Se trata del sacrificio de tus afectos más íntimos, de tus recuerdos más dulces, de tus más halagüeñas esperanzas.

Medita, pues, en la magnitud y trascendencia de ese sacrificio heróico. Calcula tus fuerzas, y no te expongas á un riesgo más grave todavía que los riesgos mismos de que procuras huir.

Sea á tus ojos el claustro alcázar santo de más precio y suntuosidad que todos los palacios de oro y de zafir.

El huertecillo escondido, rico de aromas y de melancólica poesía, esmaltado de flores virginales, dividido en dos por el arroyo que lo fecunda, sea para tí morada más tranquila y deleitosa que los magníficos jardines, obra del arte, donde la atmósfera embriaga, donde apenas crece una flor que no esconda entre sus hojas espinas muy punzantes.

Si en noche serena y clara la luna viene á confundir sus destellos pálidos con los destellos de tu blanca frente, que no traiga á tu corazon memorias del mundo que abandonaste.

Si el aura mansa juguetea una tarde en tu ventana,

que no venga á repetir en tus oidos algun nombre misterioso que turbe la tranquilidad apacible de tu espíritu.

El muro de hierro que ha de separarte del mundo, solo puede romperlo la mano de Dios.

Dichosa tú, si aciertas á penetrar con planta segura en el santo alcázar de la humildad y de la castidad, de la pobreza y de la oracion.

Dichosa tú, si tranquila y resignada en el fondo de tu alma, cambias por el sayal tus galas de hoy, y dando un adios al mundo de los sentidos, vuelas al de la mas pura idealidad, donde te espera el noviciado de la gloria, de la inefable realidad del bien.

Dichosa tú, si con fria mirada puedes contemplar á cada instante las florecillas que cubren la que ha de ser tu sepultura, y el alto ciprés que ha de servirte mañana de centinela sombrío.

Pero infortunada tú si un dia te parecen muy espesos los hierros de tu reja.»

. . . .

. . . .

. . . .

II.

Tal era la carta.

Ignoramos si la jóven á quien se dirigió es hoy en el claustro una *madre ejemplar*, ó es en el mundo una excelente *madre de familia.*

Esta averiguacion histórica no hace al caso.

Concluiremos con una observacion que no es solamente histórica.

Los *espíritus fuertes* de nuestro siglo se burlan ó se compadecen de las que llaman pobres almas, víctimas de la preocupacion, de la ignorancia ó del fanatismo.

Esos *espíritus fuertes* son las criaturas mas ridículas que existen sobre la tierra.

Un convento es para ellos una casa sombría donde se albergan seres desgraciados; seres que no pueden percibir la dicha del amor.

¡Insigne ceguedad!

Un convento es hoy el arca misteriosa que flota sobre el torrente de las pasiones y preserva de la general inundacion el gérmen santo de la virtud.

En esa casa sombría se albergan seres afortunados que perciben en toda su pureza la dicha del amor.

Entre este amor y el de los *espíritus fuertes* media un abismo.

Miéntras el mundo se agita en confuso torbellino, mientras conmueve á las sociedades el huracan de la impiedad y del excepticismo, unas pobres mujeres oran por el mundo; piden misericordia para los impíos, y luz para los excépticos.

Y la oracion de aquellas almas virginales se eleva en el espacio y penetra en las regiones de la armonía suprema.

Son ángeles tutelares de la humanidad. Por eso la humanidad las admira, las respeta y las bendice.

CAPITULO X.

La hermana de la caridad.

I.

Dios tiene sobre la tierra mensajeros de su Providencia.

Esos mensajeros son criaturas sublimes que el mundo admira, respeta y bendice: criaturas que forman la transicion del reino de la materia á la patria feliz de los espíritus.

¿Quereis saber el orígen y prosapia de esas afortunadas criaturas?

Son hijas del cielo.

Y madres de los desvalidos.

Y HERMANAS DE LA CARIDAD.

Viven en todos los paises donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir. Y las lágrimas son

rocío que fecunda toda la tierra; y los males son herencia de que participa toda la humanidad.

Por eso la santa vestidura de esos ángeles del amor flota lo mismo en las regiones del polo que en las abrasadas llanuras del Ecuador: en el campo de batalla es la enseña gloriosa de la misericordia; en las poblaciones es el emblema de la ternura y la beneficencia.

Se han sucedido en el globo horribles cataclismos, entre cuyas ruinas perecieron instituciones venerandas. Hace un siglo que el soplo de la revolucion tiene como envenenada la atmósfera en que se agita la sociedad.

Pero sobre las ruinas que amontonaron los cataclismos; sobre el torrente desbordado de las revoluciones, ha prevalecido incólume esa raza de heroinas, magnífico monumento del catolicismo, prodigio perenne de la caridad.

Solamente á la caridad cristiana era posible obrar tales prodigios.

La filantropía que encarecen los filósofos ama en el hombre al hombre; la caridad, y por lo tanto sus *hermanas*, aman en el hombre á Jesucristo, y en la figura del mendigo, del huérfano y del enfermo, ven con los ojos de la virtud la sacrosanta figura del Salvador.

La filantropía suele dar lo que le sobra; la caridad

suele dar lo que no tiene; la caridad parece que renueva diariamente el milagro de los panes y los peces.

La filantropía se compadece de las desdichas que vé ú oye; los ojos y los oidos son sus mensajeros: la caridad se compadece de las desdichas sin verlas ni oirlas; las siente en el fondo del corazon.

La filantropía remedia los males y consuela las aflicciones que le salen al encuentro; la caridad busca los males para remediarlos y las aflicciones para consolarlas.

La filantropía suele residir en los grandes palacios; la caridad vive en los hospitales y en los asilos. Allí viven tambien sus *hermanas*.

Allí, junto al lecho del moribundo, ó junto á la cuna del recien nacido, bosquéjase la figura de una mujer, cuya existencia está consagrada al bien de sus semejantes.

Su rostro apacible y sereno, como su corazon, muestra las huellas del insomnio y de la austeridad.

Cuando en las horas lentas del padecer apenas hay para el mísero mortal un rayo de esperanza, aparece á sus ojos la heróica hermana de la caridad, de cuyos lábios brotan palabras de resignacion y de consuelo.

Cuando la mano de una madre mónstruo deja caer sobre la cuna de la pública caridad el fruto de sus

entrañas, la mano de otra madre más tierna lo recoge y lo acaricia, y cuida de su asistencia, y le enseña más tarde á perdonar, á orar y á ser feliz.

II.

La caridad no tiene patria.

Tampoco la tienen sus *hermanas*.

La caridad salva las distancias y atraviesa los mares, si en remotas tierras ó al otro lado de los mares hay lágrimas que enjugar y penas que compartir.

Y sus hermanas salvan asimismo las distancias y cruzan el Océano en busca de los pobres y de los afligidos.

Donde quiera que el sol deja sentir su influencia; donde quiera que alienten séres racionales, allí se llora; allí está la caridad; allí viven sus hermanas.

Prodigios de ternura y de amor santo, su paso por la tierra semeja el de un astro que ilumina sin quemar, el de una ráfaga que purifica sin destruir, el de un arroyo que fecunda sin inundar.

No hay en la tierra premio para sus beneficios ni corona para su heroismo.

Su premio y su corona están más altos.

Solamente en el corazon de una mujer puede esconderse ese tesoro de caridad y sentimiento.

Ella, que está organizada para compadecerse y para sentir, es la única que puede menospreciar las grandezas y los aplausos, los triunfos de la hermosura y los halagos de la opulencia, para ocultarse en el fondo sombrío de un hospital como perla de valor inapreciable en el fondo de una concha.

Ella, que ha nacido para amar, y para amar puramente, por más que el hombre llene de asechanzas su camino; ella, que cuando esposa y cuando madre dulcifica las horas de la vida en el hogar tranquilo de la familia, cuando madre y hermana de todos los que padecen dulcifica y atenúa los infortunios en el recinto de la gran familia, en el seno de la sociedad.

Si la idea de madre de familia hace inconcebible y absurdo el ateismo, la idea de hermana de la caridad hace absurdo é inconcebible el excepticismo.

Toda la arrogancia de los *espíritus fuertes* se confunde ante el pobre sayal de una mujer que se sacrifica heróicamente en bien de la humanidad.

Los guerreros y los conquistadores producen el llanto y llenan los hospitales, y una mujer piadosa enjuga el llanto y cura las heridas.

Esos guerreros tienen más fuerza; esa mujer tiene más corazon.

Los que denigran por sistema al sexo que llaman débil; los que se burlan ridículamente de todas las mujeres, devolviendo quizá á todas la ofensa que una les hizo, que se acuerden de su propia madre, y si no han tenido la dicha de conocerla, que se acuerden de esas criaturas sublimes que son madres de todos los desgraciados y hermanas de la caridad.

Cuando en época muy reciente la guerra ensangrentaba los mares y las campiñas, ya lo hemos dicho, el santo ropaje de esas mujeres ondeaba en todas partes como la enseña del bien, como la bandera santa de la ternura y de la caridad cristiana.

En los dias del contagio y del conflicto, esas mujeres infatigables se multiplican, y aparecen como ángeles de consuelo en medio de la humanidad afligida y desolada.

Por eso las bendice la humanidad.

La humanidad escribirá en su historia con caractéres de luz el nombre venerando de SAN VICENTE DE PAUL.

CAPITULO XI.

La pobreza.

I.

Los hombres de la actual generacion transigen con el carácter de las mujeres, con su vanidad, con sus defectos; pero no transigen con su pobreza.

Esta es una verdad que no honra mucho á la generacion presente; pero es una verdad indisputable.

En vano se afanan los políticos y los hombres de estado por descubrir las causas del malestar que aflige á las sociedades modernas.

La misma altura á que elevan sus investigaciones les impide ver la realidad por que anhelan.

Cuando ahuyenten de la mayor parte de la juventud ese espíritu mercantil que la devora; cuando dejen

caer el rocío de las buenas máximas sobre su corazon marchito y abrasado; cuando hagan germinar en él lo que le falta de ilusiones y borrarse totalmente lo que le sobra de cálculo, entonces cambiará el aspecto de la sociedad.

En la mitad del siglo XIX no son ya los ejércitos ni las conquistas los medios de civilizar á las naciones y acrecentar su legítima influencia.

A esos medios violentos ha sucedido otro en extremo tranquilo y apacible: la educacion.

Hablar mucho de una virtud es regular indicio de que se practica poco.

El fariseismo ha sido en todos los tiempos idéntico.

El abuso que hoy se hace de la palabra *educacion*, es un testimonio tristísimo del descuido deplorable que en este punto se observa.

Así como las facultades físicas se desarrollan ordinariamente á espensas de las intelectuales, y vice versa, así en determinadas ocasiones el crédito de *la palabra* solo puede alcanzarse á espensas del de *la obra*.

Por eso, cuando entre ciertas gentes se habla de educacion, y entre otras de virtud, y entre otras de conciencia, recordamos la felicísima expresion de un gran hombre, que llamaba á esas declamaciones «torrentes de palabras en un desierto de ideas.»

Hoy por hoy, si el desinterés y la abnegacion, y la generosidad y el desprendimiento que vagan por todos los lábios pagasen algunos céntimos siquiera de contribucion, las arcas del Erario se enriquecerian fabulosamente.

Pero si esa misma contribucion se impusiese al desinterés y á la abnegacion, y á la generosidad y al desprendimiento, es probable que el Estado no recaudase ni para el sueldo homeopático de un maestro de escuela.

Enlacemos las ideas. El sistema homeopático aplicado á los maestros de escuela, produce una educacion homeopática.

Y el sistema de las dósis infinitesimales, que aplicado á la salud dicen que no cura, aplicado á la educacion mata indefectiblemente.

Para la vida del alma, para los goces puros del hombre honrado, están muertos esos corazones que solo vibran al sonido del metal.

¡Desgraciada juventud la que cifra toda su ciencia en la aritmética; la que solo sabe *contar* y *deducir*!

Al hablar de una mujer, preguntaban nuestros abuelos: «¿es honrada?»

Nuestros padres solian ya preguntar: «¿es hermosa?»

Nuestros jóvenes de la actualidad preguntan simplemente: «¿es rica?»

A nuestros abuelos les parecia imposible prescindir de la honradez.

Nuestros padres no transigian mucho con la fealdad.

La generacion de hoy no concibe que puedan hermanarse la hermosura y la pobreza.

Al hablar de la hermosura, entiéndase la necesaria para arrastrar hasta el matrimonio.

Por lo demás, esa parte de la juventud no es tan míope de la vista corporal como de la vista del corazon: y harto sabe que existen beldades pobres donde la naturaleza quiso agotar el tesoro de sus gracias.

Pero como el tesoro de las gracias no puede sacar de apuros, la juventud renuncia al título de posesion legítima.

Eso no quita para que aproveche toda coyuntura de trasformar á las beldades pobres en *pobres beldades*.

II.

Las indicaciones que respecto á los hombres de hoy acabamos de hacer, no son del todo inaplicables á la mujer.

Era casi imposible que el contagio la perdonara, y no la ha perdonado.

Las mujeres, á quienes apenas enseñamos á leer y á escribir, aprenden solas á contar; tambien saben aritmética.

. Pero la aritmética de las mujeres es todavía ménos simpática que la de los hombres, y mucho ménos segura.

Dada la propension á calcular, las mujeres calculan mal casi siempre.

En los tiempos de Juvenal no habia nada más intolerable que una mujer rica: ***intolerabilius nihil est quàm fœmina dives.***

Si hoy viviese Juvenal, es de presumir que no se arrepintiera de su dicho.

Cuando la mujer se convenza de que si el hombre es honrado no ha de amarla por su capital, y si no es honrado compra ella misma con su capital su desventura, aprenderá á despreciar el capital.

El amor y la pobreza no son buenos amigos; todo el mundo repite esta especie de aforismo.

Amante que no puede dar sino suspiros, no puede ser pagado sino en esperanzas.

Esta vulgaridad se parece mucho á aquella otra de los tiempos de Plauto, cuando se decia que las mujeres tienen siempre los ojos en las manos.

O á otra de todos los tiempos antiguos y modernos, que consiste en reconocer como únicas fuentes del amor la figura, el talento ó los honores.

Pobre idea tienen del amor los que de tal manera se atreven á circunscribirlo.

Si el amor que brota de las prendas físicas está pendiente de un cabello, y el que brota del talento pendiente de una necedad de las mil que dicen y hacen los sábios, el que brota de la posicion social no está pendiente de nada; está en el aire, como se halla todo en la sociedad presente.

El amor de pobre á pobre se expone á ganar y no se expone á perder: el amor de rico á rico se expone á perder y nunca á ganar: el amor de rico á pobre, y vice versa, solamente ganará si se nivela con el talento y la honradez la diferencia que ha establecido la casualidad.

El amor y la avaricia no son buenos amigos: hé aquí un aforismo verdadero.

El amor hace más pródigos que avaros: tiene razon Mad. de Scuderi.

El amor no puede ni debe ofrecer sino amor: quien por su medio se proponga obtener otra cosa, no es digno de ser amado.

Y es la pena más horrible que puede caer sobre el corazon de un mortal.

Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino del amor.

Bienaventurada la pobreza, porque ella ha sido la madre de los genios.

Hablamos de la pobreza honrada, noble, cristiana.

¿De qué sirve la riqueza al corazon, si con todo el oro de Australia no puede comprarse un átomo de amor?

Ante el amor no hay pobres ni ricos, ni existe el oro ni el oropel;

Que solo iguales el amor conoce.

CAPITULO XII.

Los extravíos.

I.

Muchos de nuestros lectores no tendrán quizá noticia de sor Juana Inés de la Cruz.

Es una gran poetisa americana del siglo XVII: una mujer singular, en la que, como escribe un reverendo padre al censurar sus poesías, se comprueba «que no es incompatible ser muy siervo de Dios y hacer muy buenas coplas.»

Con permiso de su paternidad reverendísima, los cantos de la inspirada religiosa mejicana, que mereció el dictado de *musa décima*, son mucho más que coplas; son un tesoro de poesía y de conceptos, bastante para afianzar una reputacion; bastante, como el

mismo padre dice, «para que todos vean qué cosas tan estupendas hay en el otro mundo.»

Pues esa moderna Safo, que así llenó el nuevo continente con el aroma de su genio, nos ha legado á propósito del epígrafe que lleva este capítulo, unas lindísimas redondillas, que trascritas entre estos APUNTES, serán sin duda brillante de alto precio escondido entre barro muy humilde:

Hélas aquí:

Hombres necios que acusais
á la mujer sin razon,
sin ver que sois la ocasion
de lo mismo que culpais;
Si con ánsia sin igual
solicitais su desden,
¿por qué quereis que obren bien,
si las incitais al mal?

. . . .

. . . .

Quereis con presuncion necia
hallar á la que buscais
para pretendida, Thais;
y en la posesion, Lucrecia.
¿Qué humor puede haber mas raro
que el que falto de consejo,
él mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?
Con el favor y el desden
teneis condicion igual,
quejándoos, si os tratan mal;
burlándoos si os quieren bien.

. . . .

Siempre tan necios andais,
que con desigual nivel,
á una culpais por cruel.
y á otra por fácil culpais.
Pues, ¿cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?

. . . .

Dan vuestras amantes penas
á sus libertades alas;
y despues de hacerlas malas
las quereis hallar muy buenas.

. . . .

¿Cuál será mas de culpar,
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga
ó el que paga por pecar?
Pues, ¿para qué os espantais
de la culpa que teneis?
QUEREDLAS CUAL LAS HACEIS,
Ó HACEDLAS CUAL LAS BUSCAIS.

. . . .
. . . .

Quien siente y raciocina, y versifica así, es todo un poeta. Esos dos últimos versos vienen á constituir un tratado importantísimo de filosofía y de moral.

Los *extravíos* de la mujer forman siempre segunda parte, cuya primera, no hay que preguntar, es la seduccion.

Jamás nos cansaremos de repetir que las leyes ad-

mitidas en la actual sociedad acerca del honor, luchan con los fueros de la civilizacion y son un testimonio patente de egoismo, de cobardía y de injusticia.

Para conservar la castidad, el hombre combate con sus pensamientos; la mujer combate con sus pensamientos y con las contínuas asechanzas de los hombres. El primero pertenece al sexo fuerte; la segunda al sexo débil.

¿Cuál de las dos castidades tendrá mérito mayor?

Si un hombre de edad provecta, conocedor del mundo, gran maestro en la insidiosa profesion de galantear, seduce á una niña candorosa é inocente, esta queda deshonrada, y el *héroe* añade una hoja á su corona de triunfos.

¡Tal es la sociedad; tal es ese mito que llaman opinion pública!

El seductor respeta hoy lo que se propone deprimir mañana; finge que idolatra lo que anhela deshonrar; hoy se humilla como esclavo, para alzarse mañana como tirano.

Y la mujer no lo advierte.

Porque no se la enseña á advertirlo.

Porque no se la educa.

II.

El pudor es adorno muy bello en la mujer; como que, en sentir de una escritora insigne, el pudor debe reputarse como el pariente más próximo de la virtud, y en concepto de Bacon es al cuerpo lo que la discrecion al alma.

El pudor en la mujer es flor tan delicada, que el soplo de una imprudencia lo ofende, y el calor de una mirada torpe lo agosta y lo marchita.

Pero á su vez el aroma de esa flor produce la más casta y la más delicada de las complacencias.

Tratar á las mujeres sin ofender, ni levemente, su pudor, sin que asome el carmin á sus mejillas, es ciencia que la juventud presente descuida más de lo justo.

Las ideas que dominan respecto á la galantería se hallan, por regla general, tan lejos de la razon, que más bien parecen hijas del espíritu de venganza, que del espíritu de ternura y de cariño.

En este punto la ciencia del hombre consiste en fingir: la ciencia de la mujer debe consistir en dudar.

La galantería en ciertos lábios es el prólogo de la

seduccion. Es, como se ha dicho con verdad, un juego en que todo el mundo se interesa: los hombres arriesgan en él la sinceridad, y las mujeres el pudor.

Las mujeres, para hacerse verdaderamente amables, deben, respecto al pudor, tenerlo muy arraigado é ignorar que lo tienen.

Un alarde de pudorosa viene á ser muchas veces testimonio de malicia.

Mujer cuyo pudor se alarma fácilmente, no ofrece una gran prueba á favor de esa ignorancia amable que tan bien sienta en su sexo.

Mujer que recibe sin precaucion las frases y las demostraciones de la galantería, es como un niño que juega con un cortaplumas: al fin y al cabo se corta.

III.

Si es cierto que las coquetas elaboran, como la araña, la tela finísima donde hayan de prenderse los amantes débiles, no es ménos cierto que llega un dia en que un amante fuerte rompe la red y desbarata la obra del tiempo y de los desvelos.

Y el número de los amantes fuertes abunda ya demasiado: que no lo olviden las bellas fabricantes de la finísima tela.

Los extravíos de las mujeres, que suelen ser idénticos en las consecuencias, difieren casi siempre en las circunstancias.

Dada la existencia de mujeres que delinquen, puede decirse, con un escritor muy sábio, que las ricas compran el pudor y las pobres lo venden.

Comprado ó vendido, el pudor con que se comercia no es pudor.

Los sábios se han entretenido en escribir la historia de la prostitucion, buscándola, y hallándola por desgracia, en Babilonia, y en Atenas, y en Roma, y en Venecia, y en Londres, y en París: han desenterrado leyes y ordenanzas de los tiempos de Carlo-Magno y de Luis VII y de monarcas posteriores.

¡Magnífico entretenimiento el de los sábios! Todas las deducciones que han obtenido, todo el fruto de sus prolijas tareas, pueden sintetizarse en este principio, que con la autoridad de sábios han asentado como axioma: «la prostitucion es un mal necesario.»

En nombre de la moral declaramos falso ese principio; en nombre del sentido comun nos abstenemos de probar la falsedad.

La castidad en todos tiempos y en todos los paises aparece como un sacrificio de inmenso valor: la castidad entre los cristianos es una gran virtud: representa el triunfo del espíritu sobre la materia.

La prostitucion no es otra cosa que el comercio abominable de la castidad.

Sin embargo, hay una clase de prostitucion que no condena la sociedad; que está admitida, y aun necesariamente consagrada.

Esa prostitucion es el matrimonio de los que no se aman, de los que venden su mano por un capital, ó por una posicion, ó por un título de nobleza.

Esa prostitucion es la voluntaria ó forzada de una jóven que se une á un decrépito.

Esa prostitucion es el asqueroso consorcio del jóven pobre con la anciana rica.

La pobreza y la ignorancia son de ordinario las llaves que abren la puerta de la prostitucion.

Una vez cruzado el umbral, apenas hay esperanza para esas infelices criaturas.

Decimos *apenas*, porque un amor intenso puede todavía rehabilitarlas: un arrepentimiento sincero puede abrirles las puertas de la sociedad y de la gloria. ¿Quién no ha leido en el libro inmortal del Evangelio la interesante historia de la Magdalena?

¡Caridad y enseñanza para las desventuradas que viven en el crímen y en el suplicio de la prostitucion!

¡Caridad y enseñanza! Los hombres de hoy aborrecen el nombre y no extinguen la inmunda profesion; se conduelen y lamentan en público de tanta belleza

marchita por los desórdenes, de tanta degradacion en el alma de la mujer; y quizá en secreto protegen y fomentan la degradacion y los desórdenes.

Este podrá parecer un mal juicio; un juicio inexacto y apasionado: ¡ojalá lo fuese!

No hay venta sin comprador: y los compradores de amor y de placeres *por vicio*, son todavía más repugnantes que los vendedores *por necesidad*.

Reproduzcamos la magnífica pregunta de sor Juana de la Cruz:

¿Cuál será más de culpar,
aunque cualquiera mal haga;
la que peca por la paga
ó el que paga por pecar?

CAPITULO XIII.

Los espectáculos.

I.

¿Qué serian las mujeres sin espectáculos?

Y ¿qué serian los espectáculos sin mujeres?

Ovidio, gran conocedor del sexo propio, pero más todavía del contrario, dijo, refiriéndose á las bellezas romanas de su tiempo:

Spectaculum veniunt, veniunt spectentur ut ipsæ.

Lo cual, traducido al lenguaje menos poético posible, quiere decir que las mujeres

Más que de ver se cuidan de ser vistas.

En este punto, la época de Ovidio y la actual se parecen como dos libros de filosofía alemana.

Los espectáculos hoy vienen á ser el gran gimnasio de la belleza y de las modas.

En los ponderados progresos del arte dramático como arte, como elemento civilizador, hay mucho de poesía y de ilusiones.

La mayor parte de las mujeres aprenden en el teatro el lenguaje del corazon. Este lenguaje, segun Mad. Cottin, está escrito en los ojos.

En el teatro es, pues, donde se adquiere la más esquisita educacion..... de los ojos.

Nuestros venerables antepasados iban al ***corral del Príncipe***, ó acudian á los farsantes ***de la legua***, para saborear las ingeniosas fábulas de Lope y de Calderon.

La actual generacion ocupa las horas del espectáculo:

En averiguar la procedencia del brazalete de la actriz, ó la botonadura del actor.

En aprovechar un amante de los de telon afuera las frases que dice á su amada un amante de los de telon adentro.

En declamar los galanes que no son actores, á compás de los actores que no son galanes.

En combinar, por fin, y en desenlazar tal vez un drama verdadero en cada palco ó en cada dos butacas.

¡Oh! Los dramas no anunciados en el cartel son de

ordinario más interesantes que los que constituyen la funcion.

Un amante adocenado suele convertir estos dramas en sainetes.

Un marido inoportuno suele conventirlos en tragedias.

Unos celos indiscretos suelen darles la picante animacion de la zarzuela.

Los gemelos son el gran recurso, la *máquina*, como si dijéramos, de esos dramas no anunciados en el cartel.

El arte, ó mejor aún, la filosofía de los gemelos, tiene más importancia práctica y social que casi todas las discusiones en que se empeñan los hombres de estado.

A propósito de estado, no hay nada que más derechamente contribuya á modificarlo, que la susodicha filosofía.

A la metralla de dos ojos negros ó garzos, disparada por dos cañones de nácar, hay pocas fortalezas que resistan.

El teatro es un verdadero campo de Agramante para los corazones.

El dia en que los teatros mueran, deben vestirse de medio luto las coquetas.

II.

El teatro y los bailes difieren de una manera esencial.

En el teatro aprenden las mujeres el lenguaje del corazon, que está escrito en los ojos, segun madama Cottin.

En el baile aprenden las mujeres el lenguaje de la galantería, que no está escrito mas que en los lábios.

Un baile viene á ser una gran exposicion, donde se arreglan y desarreglan matrimonios.

Los matrimonios que surgen de un baile es muy probable que en otro baile perezcan.

El baile tiene el privilegio de alterar hasta cierto punto la condicion natural de las personas; segun la observacion de Alfonso Karr, en un baile los hombres son el sexo tímido y débil; son siempre los primeros que se cansan.

Los hombres que bailan nos parecen las criaturas más felices del universo.

Es mucha filosofía la filosofía de un rigodon.

No así la de las polkas y demás bailes *íntimos*. La de esos no es filosofía, es otra cosa: quien quiera

saber lo que es, que se dedique á la estadística de los divorcios.

Nuestros antiguos creian que en ciertos bailes hace de bastonero Satanás.

Nosotros no lo hemos visto nunca; pero si no hace de bastonero no debe andar muy lejos.

«Voy á desnudarme para ir á un baile,» cuentan que decia una noche cierta dama.

Y como aquella dama hay muchas.

Un baile es siempre manantial de muy diversas consideraciones.

El filósofo contempla la veleidad humana, el giro rápido de la fortuna, en cada vuelta de los que danzan y en cada oleada de las mil que lo ponen en constante riesgo.

Y, sin embargo, el filósofo acude allí á *filosofar.*

El poeta admira el mágico esplendor de los salones, y el aroma de ternura que exhalan mil pechos agitados, y la nube de poético arrobamiento que envuelve en sus alas invisibles á la humanidad *danzante.*

Y, sin embargo, ni allí hay otra mágia que la de tal cual hermosura asediada, ni más aroma que el comprado, ni más nube que la del polvo y los miasmas que se condensan por necesidad.

El enamorado de buena fé vive *solo* en el baile, porque vive por y para una mujer.

Y esa mujer, ó es una excepcion de la regla, ó, como dice Maistre, mientras dura la fiesta, trata al amante como á un marido, y al baile y sus incidencias como al verdadero amante.

Las madres de familia ocupan en un baile posiciones muy distintas.

Unas ponen su empeño en volverse todo ojos.

Otras en volverse todo oidos.

Otras en aparentar que no tienen ojos ni oidos.

Un escritor muy discreto dice que el baile es á los quince años un placer; á los veinte y cinco un pretexto, y á los cuarenta un cansancio.

Tal vez fuera más exacta la gradacion en estos términos:

El baile á los quince años es una necesidad orgánica; á los veinte y cinco es una necesidad moral; á los cuarenta es una necesidad social.

El baile es, pues, en las mujeres una necesidad: y como no parece justo que las mujeres bailen solas, el baile es en los hombres una necesidad *por compromiso*, como si dijéramos un acto de justicia.

Así considerados, los hombres que bailan nos parecen ménos ridículos.

Así considerados, puede haber alguna diferencia, aunque no existe en gramática, entre los *que danzan* y los *danzantes*.

El teatro, escribíamos no há mucho, es el campo de Agramante para los corazones.

Un baile, escribimos ahora y sostendremos siempre, es el San Quintin de las ilusiones y de los amores castos.

El dia en que los bailes mueran, deben vestirse de luto riguroso las coquetas.

CAPITULO XIV.

La moda.

I.

En otros tiempos la moda era una reina despótica, que solo tenia esclavas.

Hoy esa reina despótica tiene tambien esclavos.

Mientras más se esfuerzan los hombres en denostar á las mujeres, parece que ponen más empeño en asemejarse á ellas.

Mientras mayores agravios reciben de los hombres las mujeres, parece que ponen más empeño en asemejarse á ellos.

Los dos empeños son esencialmente ridículos.

Una mujer con corbata, chaleco, gaban, y pantalones; y un hombre con sortijas, pulseras, bermellon y rizos, tienen mucho que entender.

Esto es, tienen que entender que no entienden las leyes del buen gusto.

«De gustos no hay nada escrito,» dice el refran.

Este refran sería cierto en sus tiempos; hoy es absolutamente falso. De gustos se ha escrito tanto, que no habria gusto humano capaz de leerlo todo.

El buen gusto es un don como otro cualquiera.

No es esto decir que todos los *dones* sean de buen gusto.

Una morena vestida de color de rosa, ó una alemana con la mantilla española terciada, son dos tipos de tal belleza absoluta, que á quien los busque y los celebre hay que decirle con justicia: *no le alabo el gusto.*

La moda y el buen gusto no son palabras sinónimas.

El buen gusto es siempre uno, y la moda varía y se disfraza, y se contradice, y se copia.

La moda es la negacion del gusto y el ideal del capricho: es, al decir de Balzac, un ridículo sin objecion.

Si las mujeres se convencieran de esta verdad, cesaria pronto, ó al menos se debilitaria mucho, el imperio de la moda.

Su trono está sostenido en hombros de las feas. La mujer bella es siempre bella: la que no lo es por

naturaleza prueba á serlo por el arte: las variaciones de la moda son los diversos ensayos en que se ejercita para alcanzar el resultado que anhela.

Esos ensayos, necesarios en *unas*, dan la ley *á todas*.

Las hermosas no son sino coristas en la interminable zarzuela de la moda.

Si hemos de creer al ingeniosísimo Alfonso Karr, solo una mujer de largo é insolente pié pudo dictar este decreto: «En lo sucesivo, la falda del vestido será larga, larga, hasta el suelo:» y el pié delicado y primoroso de mil beldades quedó envuelto en la proscripcion.

Solo una mujer despechada por las proporciones de su cintura fué capaz de escribir este artículo en el código de la elegancia: «En adelante se usarán paletóts y *abrigos* que no ciñan, que caigan en pliegues hasta la mitad del cuerpo:» y huyeron de la vista de los mortales mil talles esbeltos y flexibles como la palma que mece el viento blando de la noche.

Solo una mujer en cuya cabeza fuera ya revelándose la nieve del corazon pudo discurrir este precepto: «Se restablece para el cabello el uso de los polvos blancos.» Y desapareció en mil cabezas coronadas por el amor, el brillo de unos rizos de ébano, y el encan-

to de una trenza de oro tejida por la mano de los ángeles.

No hay, pues, moda alguna en que la belleza deba prometerse ganar: no hay moda alguna en la cual no se exponga evidentemente al peligro de perder.

La hermosura es la única moda que no envejece.

La virtud es la única moda que nunca ha de envejecer.

II.

Lo que es de contínuo un recurso de las feas, no puede menos de ser una conspiracion permanente contra las hermosas.

Las mujeres no comprenden toda la fuerza de este principio, por una razon muy sencilla.

Porque ni hay ninguna, por inmodesta que sea, que juzgue su belleza insusceptible de aumento, ni hay tampoco ninguna tan humilde que juzgue su fealdad de todo punto irremediable é *indisimulable*.

La avaricia de atractivos, el anhelo de parecer mejor serán siempre estímulo poderoso que ocasione en las mujeres esa movilidad contínua tan grata para la industria y el comercio de los extranjeros.

El genio francés, fecundo, inagotable en cuanto á las bagatelas de figurin, da el tono, puede decirse, á la sociedad europea.

Como rasgo característico de ese genio francés, hé aquí una anécdota que, en concepto de muchos, es historia:

Un dia predicaba en París el gran Massillon contra las vanidades de este mundo, y contra la moda por tanto, que es la síntesis de todas esas vanidades. Dominaba á la sazon el furor por los lunares falsificados; y el elocuente sacerdote los reprobaba como medio semi-diabólico de atraer las miradas indiscretas. ¿Por qué, decia amargamente, no los pintais tambien en los hombros y en la garganta para acrecentar vuestra ficticia seduccion, para alucinar hasta los límites de lo posible á vuestros incautos admiradores?

La leccion no fué desaprovechada. Al otro dia apenas se encontraba ya dama de tono que no ostentase en el cuello su lunar.

Este lunar recibia el nombre de *Massillon*.

En una noche de calor, una bailarina recogió sus cabellos de cierta manera particular. Antes de pocos meses dominaba aquel peinado en la cabeza de las soberanas, y en casi todas las cabezas que se peinan.

Aquella bailarina deberá su universal renombre,

tanto como á la habilidad de sus piés, á la colocacion *improvisada* de sus cabellos.

Negarle esa gloria seria una pretension *descabellada*.

De hoy en adelante, que no peroren los críticos contra la fama y las gracias traidas *por los cabellos*.

Si todas las exigencias de la moda se limitasen á esa parte *capital* del ser viviente, la moda dejaria de ser la mas ruinosa de todas las vanidades.

Y sin embargo, sigue siendo una calamidad imprescindible.

III.

La moda puede reputarse como la expresion del deseo de agradar.

Es este deseo tan natural en las mujeres, que, lejos de censurarlo, debiéramos aplaudirlo, siempre que se contenga en los justos límites y no invada el terreno de la afectacion.

Las gracias más seductoras suelen á veces *desgraciarse* por el empeño inmoderado de acrecentarlas.

Mujeres hay que deben al cielo una belleza épica, y la convierten en belleza de sainete.

La moda, que en todo tiempo se ha considerado

como una reina loca, parece que comienza á recobrar el juicio.

Esto debe consistir en que las mujeres bellas se van convenciendo ya de cuáles son sus verdaderos intereses.

El pudor, la sencillez, la naturalidad: hé aquí tres grandes joyas cuya oportunidad nunca pasa; que siempre son de moda.

La abundancia de adornos será siempre un recurso: los recursos son para las necesidades.

En la sociedad actual amenaza invasion una moda que más ó ménos tarde produciria resultados muy funestos.

Esa moda es la de desdeñar todas las modas.

Si algo pudiera probar esa excentricidad epidémica, seria la perversion del buen gusto.

Tan risible nos parece la tiránica presion de un sastre de Lóndres ó París que da el tono á toda la Europa que viste frac, como la anárquica emancipacion, en cuya virtud llegase á no haber en Europa dos fraques de idénticas figura y proporciones.

Para nosotros, los extremos son siempre indiscretos.

Si hay un loco más desatinado todavía que aquel que vive esclavo de la moda, es seguramente el que hace alarde de vivir sin ella y contra ella.

Es todo cuanto podemos ceder á las *conveniencias sociales*: á esas horribles *conveniencias*, que tienen el privilegio de empobrecer á los ricos y atormentar á los pobres.

La moda es la gran red donde se prenden, sin saberlo, las almas pequeñas, y donde á sabiendas se dejan prender las otras almas.

Un escritor de nota asegura que todo cuanto se concede á la moda se quita de ordinario á la razon; y una escritora apreciable tiene la debilidad de confesar que las mujeres acarician la moda porque les proporciona cada mes una nueva juventud.

En el concepto de esta señora, la moda no es otra cosa que un recurso de la vejez.

O lo que es lo mismo, las jóvenes bellas son cómplices inocentes en las asechanzas que ponen al tiempo y á los defectos físicos las que no son jóvenes ni bellas.

Las primeras, creyendo favorecerse á sí mismas, favorecen los planes de sus enemigas.

Porque todo el mundo sabe quiénes son las enemigas de la juventud y de la hermosura.

Las segundas, acrecentando hasta donde es posible sus escasos atractivos, disminuyen cuanto es dable los atractivos de sus rivales.

De donde se infiere que la juventud y la belleza

deben siempre mirar con prevencion la despótica influencia de la moda.

El dia en que la moda se circunscriba á las personas que de ella necesitan, está asegurado el imperio de la cordura.

Entonces la belleza se dividirá en dos clases principales: belleza de buena ley y belleza falsificada.

La falsificacion de la belleza será á su vez un crímen penado en el código del buen gusto.

La pena que se le imponga será EL RIDÍCULO.

CAPITULO XV.

Las tertulias.

I.

Las tertulias son unos espectáculos grátis, cuya parte principal constituyen las mujeres.

Las tertulias de hombres solos, que, segun la diversidad de casos, se llaman académias, liceos y congresos, no entran para nada en estos APUNTES.

Esas tertulias vienen á ser la degradacion de la especie.

La primera de que da razon la historia se remonta al paraiso.

Aquella tertulia que se celebró á la sombra del árbol de la vida, dió de sí consecuencias que se han perpetuado á través de los siglos y de las generaciones.

Casi todas las tertulias posteriores han tenido tambien sus consecuencias.

Si la invencion de ese recurso social pudiera atribuirse á un hombre, el amor le hubiese elevado estátuas; y tal vez el amor se hubiera encargado tambien de derribarlas.

Porque las tertulias son el cielo, el purgatorio y el infierno del amor.

No hay dos tertulias que se parezcan absolutamente; pero tampoco hay dos que difieran de una manera esencial.

En las brillantes *recepciones*, como ahora se dice, y en la modesta *reunion*, idénticos son los actores y casi idénticas las escenas: varian las decoraciones, los trajes y las horas.

Hubo un tiempo en que para conquistar el cariño de una bella era preciso demostrar apostura en un torneo, manejar con primor todas las armas, y dejar tendidos en la arena tres ó cuatro contendientes.

Es decir, que entonces cada caballero se ganaba *por sus puños* el amor.

Parece mentira; pero hoy existen esos torneos, esas armas y esos contendientes: solamente se ha suprimido la cuestion de *puños*.

A los circos han reemplazado los salones: á las armas de acero, el acero de las lenguas: á las victorias

del valor, los triunfos de la galantería y del talento.

Las tertulias vienen á ser hoy una especie de ***bolsin*** del amor.

En ellas cada cual va á su negocio.

En ellas, como en el bolsin de los efectos públicos, abunda *el papel.*

Este papel suele ser de color de rosa ó verde en los centros de modistas y estudiantes.

Suele ser *papel* mojado cuando se trata de bellezas mas altivas.

Suele ser *papel* ridículo cuando lo autoriza una firma que no corre en el comercio del amor.

En todos los casos, semejantes papeles son de muy difícil cotizacion.

En el bolsin del amor existen, como es natural, los *agios* y los *intereses.*

No faltan jugadores que se afanen por una *prima,* y los hay tambien que buscan á quien *endosar* algun documento de giro cuyo valor está en baja.

En una cosa se parecen todos: en su cariño á los *vales* y en su aficion á los *títulos.*

Los *billetes* varian mucho de estimacion, segun el Banco que los emite y el portador en quien paran.
Para penetrar con fruto en el bolsin del amor son indispensables mucha suerte y gran conocimiento de la *partida doble.*

De lo contrario, el caudal del corazon se expone á graves quebrantos. Y si una vez se declara en quiebra, difícilmente logra rehabilitarse.

II.

Las tertulias son el cielo, el purgatorio ó el infierno del amor.

Para las almas que se comprenden y se comunican en el misterioso idioma de los ojos, y viven allí la una para la otra, engarzados los pensamientos como lo están los corazones, el salon es un trasunto del eden: la atmósfera que lo llena embriaga de felicidad: todas las voces parecen simpáticas; todas las conversaciones son agradables, porque ninguna se escucha.

Para el amor desconfiado é intranquilo que ve en todas partes riesgos, que sueña infidelidades, es purgatorio el salon: las horas pasan con lentitud: todas las voces son *ruido*, todas las conversaciones son indiferentes.

Para el amor celoso ó despreciado que halla en todas partes tormento; que no *sueña*, sino *siente* la realidad de su infortunio, el salon es un infierno: todas las voces son gritería que lo aturde, todas las conversa-

ciones le son insoportables. ¡Cruel sociedad, que obliga á sonreir cuando derrama lágrimas de fuego el corazon!

Para una multitud de madres de familia y de concurrentes *desinteresados*, el salon viene á ser el *limbo*.

Si han de apreciarse debidamente todas las circunstancias y pormenores de los espectáculos grátis que se llaman tertulias, es conveniente pertenecer á los susodichos moradores del *limbo*.

No es esto decir que el escritor deba ser madre de familia: le basta modestamente ser un espectador *desinteresado*; esto es, ser un espectador que *no toma cartas* en el negocio.

Un espectador de esa naturaleza descubre desde luego condiciones y caractéres que son comunes á todas las tertulias; y accidentes particulares, externos, como si dijéramos, que las separan y distinguen.

Procedamos con método.

III.

En todas las tertulias, propiamente tales, hay mujeres.

En todas las tertulias las mujeres se reciben y despiden entre sí con una salva de besos.

Esos besos de mujer
tienen mucho que entender,

ó por mejor decir, no tienen nada que entender, porque nada significan; harto sabido es de todos, sin que lo hubiera dicho un escritor, que dos mujeres pueden estrecharse cordialmente entre sus brazos y aborrecerse en tanto con la mas profunda cordialidad.

Una mujer que tiene los ojos fijos en determinada persona, ó que procura con estudio apartarlos siempre de ella, da derecho y ocasion á idéntica conjetura.

Dejamos á la Bruyère la responsabilidad de la observacion precedente.

Como descargamos sobre Alfonso Karr una parte de peso de la observacion que sigue.

Cuando unas mujeres hablan de otras en público, debe tenerse en cuenta la propiedad de su vocabulario.

Para ellas una mujer *bien formada* es la negacion de la belleza y quizá de la figura: aplican de ordinario esa denominacion á las marcadas de viruelas ó poco afortunadas en ojos, boca ó cabello.

Una *buena señora* supone edad más que regular, grosura más que mediana, y parálisis de entendimiento ménos que tolerable.

Una *jóven graciosa* es de ordinario una criatura casi microscópica, que se recomienda solamente por su sonrisa ó por su mirada.

Una *señorita muy fina* suele ser una desgraciada que no saldria á la calle si consultase al espejo imparcialmente.

Una *señora muy amable*: hé aquí una galantería que nadie debe apetecer para su esposa ni para su hermana.

Una *excelente persona*: esta frase asegura Alfonso Karr que no se atreve á traducirla; líbrenos Dios de acometer empresas que juzga Alfonso Karr insuperables, ó cuando ménos difíciles, ó cuando ménos *inconvenientes*.

IV.

En toda tertulia deben distinguirse dos partes principales: la base, digámoslo así, el núcleo y la sociedad flotante, las capas que van adhiriéndose en el trascurso de las horas y en dias determinados.

La seccion *base* suele murmurar á primera hora de la seccion *flotante*; despues suelen murmurar de consuno ambas secciones.

Tratándose de la murmuracion, existen algunos errores que conviene rectificar.

No hay un elogio más discreto para la mujer á quien se ama, que rebajar el mérito de otras mujeres, máxime si realmente lo tienen.

Esta es una opinion en que están acordes todos; pero esta unanimidad no se opone á que la opinion sea inexacta.

Y lo es en efecto.

La mujer á quien se ama puede ser discreta ó puede no serlo.

En el primer caso, las ofensas inferidas á las otras mujeres, solamente le probarán que hay hombres capaces de ofender al sexo débil, capaces de enviar á la vanidad por mediadora para lograr sus propósitos. Y quien tiene que excitar una pasion para conseguir un afecto, da muy escasa idea de sus propios merecimientos.

En el segundo caso, si la mujer no es discreta, es inútil el artificio; porque, ó no comprenderá la intencion del que murmura, ó creerá de buena fé, como simple verdad histórica, las apreciaciones que escucha.

De todas suertes la complacencia que produzca en una mujer la enumeracion de las faltas que otra tiene, no es un paso de gigante para interesarla en favor de quien las enumera.

Una pieza de música es agradable, si es buena, aunque proceda de las manos de un jorobado: la ar-

monía del instrumento podrá causar entusiasmo, y repugnancia la figura del que toca el instrumento.

No olviden este símil los que se proponen llegar á la conquista de una belleza sobre las ruinas de otras bellezas ausentes.

Otra observacion. Semejante conducta arguye cobardía; y las mujeres de talento se rien de los cobardes.

V.

Todas las tertulias se parecen entre sí: en el salon aristocrático que deslumbra por su lujo, y en la modesta pieza de confianza que consuela y alegra por su amable sencillez, las mismas intrigas, los mismos recursos, idénticos incidentes.

En todas partes hay mujeres distraidas; en todas partes tiene aplicacion el consejo de un escritor, que dice: «desconfiad de la mujer distraida; es un lince que os observa.»

En todas partes hay su cielo, su purgatorio, su infierno, y hasta su limbo.

Las tertulias vienen á ser el gran gimnasio de la galantería.

La galantería se divide en natural y artificial.

La primera no se aprende: la segunda está escrita

en los manuales ***de urbanidad, el hombre fino al gusto del dia***, etc., etc.

La primera consiste en no hacer ni decir nada inconveniente; la segunda consiste en no tener inconveniente para decir y hacer todo lo que en los susodichos libros diz que se halla escrito.

La galantería de buena ley dice lo que piensa; la galantería artificial piensa lo que dice.

En la primera podrá el hombre exponerse á parecer actor; en la segunda inútilmente quiere el actor aparentar la naturalidad del hombre.

Las mujeres de talento distinguen estos dos géneros de galantería, como distinguen en los bazares el oro fino del dublé, y la esmeralda del vidrio verde

Sucede con harta frecuencia que las frases de galantería se utilizan para escusar acciones más ó ménos aceptables al buen tono; y en este caso la galantería no es ni más ni ménos que una impolítica ***agradable***, ó, como si dijéramos, un pedazo de carbon engarzado en preciosas filigranas.

—«Señora, ¿molesta á V. el olor del tabaco?»— preguntaba en cierta ocasion á una dama de gran porte, cierto compañero de viaje que se aprestaba á fumar.

Hé aquí un buen rasgo de galantería para el vulgo de las gentes.

—«Caballero, ignoro si me molesta, porque nadie ha fumado nunca delante de mí,»—contestó la dama de gran porte al compañero de viaje que se aprestaba á fumar.

Hé aquí un epigrama capaz de agostar todas las flores mecidas por el viento de la vanidad en los espacios imaginarios de la pseudo-galantería.

Entre todas las ciencias *sociales*, la galantería es la ciencia más esencialmente difícil.

VI.

La música y el baile son ordinariamente dos vetas muy principales de la gran mina que se llama *Tertulia*.

Respecto al baile, no tenemos postdata alguna que añadir á lo que expusimos en el capítulo correspondiente.

Respecto á la música, adviértase que, lejos de reputarla *el menos desagradable de los ruidos*, como cuentan que la reputaba Napoleon, la tenemos por un *ruido* utilísimo en determinadas circunstancias.

Mil veces la música terrestre arrancada al piano por unos dedos de ángel, evita la *música celestial* arrancada á la insipidez por la coquetería.

Mil otras veces en las dulcísimas melodías del instrumento vierte raudales de ternura una alma apasionada; raudales de ternura que van, á través de la multitud, á inundar el corazon del más silencioso de los concurrentes.

¡Felices los que de esta suerte saben y logran comprenderse! ¡Felices los que en el lenguaje arrebatador de la armonía pueden gozar con su *secreto á voces!*

Es observacion constante: una mujer enamorada toca y canta de una manera singular; no es tarea fácil describir en qué consiste esa manera singular; pero el oido ménos práctico la alcanza; el corazon más duro percibe su influencia; y es porque, como dice Balzac, el amor será siempre la más grata y conmovedora de todas las melodías.

El sentimiento innato de esta verdad está grabado en el fondo de nuestra alma.

Antiguamente figuraba entre los recursos de la sociedad la inocentada de *las prendas*.

En el azar de *las prendas* solian *prenderse* más de cuatro voluntades. Y ocasiones habia, á juzgar por las historias, en que era el corazon la prenda que se entregaba, y en que á propósito se delinquía por el placer de someterse á la sentencia.

Nuestros venerables antepasados, que eran personas

de tantas y tales *prendas*, nos legaron con las *prendas* de sus juegos la manera de desnaturalizar sus inocentes *juegos de prendas*.

VII.

Hay en todas las tertulias un incidente comun, que tiene gran importancia; mayor aún que la entrada de un individuo nuevo en tal ó cuál corporacion; nos referimos á la entrada de un nuevo concurrente.

Este acto solemne se llama *presentacion*.

La *presentacion* lleva consigo más ó ménos fórmulas, va ó no precedida del anuncio oficial, segun los grados á que suba en cada recinto el termómetro del buen tono.

Países hay en Europa en que dos personas que no han sido recíprocamente *presentadas*, se ven un año, y dos y diez, y no llegan ni al umbral siquiera de la amistad.

El bautismo de la amistad no se adquiere allí sino por medio de la *presentacion*.

En España casi todas las *presentaciones* son meramente *oficiales*, son el cumplimiento de una ceremonia prescrita en el ritual de la sociedad.

Sucede con mucha frecuencia que el *presentado*

suele tener con algun individuo de la tertulia donde se le presenta más profundas simpatías que el cándido *presentante*.

En estos casos, las *presentaciones* son una invencion semi-diabólica de la astucia contra la vigilancia.

No se necesita poseer un talento extraordinario para advertir desde luego qué presentaciones son un giro á la vista *de valor entendido*, y cuáles son presentaciones inofensivas, de aquellas que solo pueden producir este resultado: *un conocido más*.

De todas suertes, la *presentacion* de un concurrente preocupa á todos en sentido muy diverso.

Hay amantes *felices* que la temen.

Hay corazones *sensibles* que la desean.

¡¡¡Tal es el mundo!!!

CAPITULO XVI.

La edad.

I.

Al leer este epígrafe habrá tal vez quien juzgue que nos decidimos por los *misterios*.

Porque vulgarmente se cree que la edad es el gran *misterio* de las mujeres; el secreto que con más empeño guardan.

Parece mentira que á tal extremo llegue la creencia vulgar, ó más bien lo vulgar de la creencia.

La cuestion de edad presenta dos aspectos: el de los años y el de los atractivos.

El primero, como las mujeres no entran en quinta, tiene escasísima importancia: el segundo influye de una manera casi siempre decisiva.

Preguntar por los años de una mujer que conocemos, es el mayor testimonio de insipidez: no parece sino que se trata de poner el *visto bueno* de la belleza y de las buenas dotes á continuacion de la partida de bautismo.

Siempre que conste que la mujer está bautizada, no hay papel más inútil para su amante que la partida de bautismo.

Este documento solo sirve para medir lo pasado, y el amor se cuida de lo presente y vive para lo porvenir.

La edad de una mujer es la que se revele en su semblante, ni más ni ménos.

De aquí procede que existen mujeres con mucha más edad que años; y otras, por el contrario, que tienen muchos más años que edad.

Y es que *la edad* y los *años* no son para nosotros palabras idénticas. El que de esta paradoja se escandalice, tenga resignacion, y sufra y lea.

La edad es una ilusion como otra cualquiera.

¡Si al menos fuera un dato para calcular por los años que se *suman* los que *restan!*

Pero ni esa aplicacion admite; que es harto frágil la naturaleza humana.

La edad no la constituyen los años que han corrido, sino las huellas que han impreso.

La mejor edad es aquella en que se logra inspirar más amor.

Un amor que se sujeta á programa, está muy lejos de serlo; y se sujetaria á programa el amor en el momento en que ajustase la cuenta de los años; que ni aun los años debe *contar*, por no *contar* nada, el amor puro y sincero.

Es cierto que no basta ser bella sin ser jóven; pero es todavía más cierto que no basta ser jóven sin ser bella.

De donde se deduce que la belleza sin la juventud *ha sido y es*; al paso que la juventud sin la belleza, ni *ha sido, ni es*; y amén de todo, causa horror el pensar *lo que será*.

¿Cuál es el limite de la juventud de una mujer? Probemos á fijarlo.

No hablemos por ahora de *los años*, que, como dice el proverbio, es conversacion de gente ordinaria.

El sistema de contabilidad es muy necesario, tratándose de los *años económicos;* pero tratándose de los *años de edad*, todas las fórmulas sobran: no hay para qué molestarse en la cuenta y razon; nadie ha de robarnos ese capital: ni regalado que lo ofrezcamos habrá casi nunca quien lo acepte.

Y decimos casi nunca, pues circunstancias hay en la vida en que compraria el hombre á peso de oro

más años de los que, con oro encima, endosaria cualquiera mujer que pase de treinta y cinco.

En el mercado de los años no caben trasferencias; suelen caber, sin embargo, rebajas *proporcionales*.

Es una observacion muy curiosa: apenas existen mujeres de cuarenta ni de cincuenta años: la gran mayoría *vive* en los treinta, hasta *llegar* á los sesenta.

II.

El corazon no envejece; sin embargo, la frente se arruga, y se marchita el arrebol de las mejillas, y desaparece la esbeltez del talle. La vejez del cuerpo no es ni más ni ménos que la carencia de encantos. La lucha entre el corazon, que no envejece, y los encantos, que no subsisten, es horrible.

Tiene razon el que ha dicho que la vejez es el infierno de las mujeres que no son más que bellas.

La nieve de la cabeza no puede extinguir el fuego del pecho: hé aquí una juventud *vieja*.

Pero en el combate de los sentidos y de las gracias con el gigante que se llama tiempo, la victoria tarda mucho en decidirse.

Ese *mucho* es la vida del amor, es la juventud. La

juventud dura tanto como los atractivos; tanto como el derecho y la fortuna de inspirar amor.

Cuando no hay gracias que luchen con el gigante que se llama tiempo, la victoria se decide desde luego; ó, por mejor decir, no hay victoria, porque no hay combate.

Triste es entonces la vida del amor: triste es la juventud: la ejecutoria de los pocos años solo sirve para hacer más amargo el porvenir: hé ahí una *vejez jóven*.

La frontera entre la juventud y la vejez está marcada con carmin y con albayalde.

Cuanto mayor es el brío con que una mujer acude á los recursos del arte, es tanto más fatal y más alarmante el síntoma.

Cuando me sirven un vaso de agua, dice, si mal no recordamos, Alfonso Karr, y añaden por gran recomendacion que es agua destilada, recuerdo involuntariamente el estado en que el agua se hallaria antes de la operacion.

Cuando se ve una mujer hermosa que hace veinte ó más años que ya lo era, la estética se rebela contra el calendario; parece imposible que aquella mujer sea vieja.

Cuando se ve una mujer que empieza á no ser hermosa, y que promete serlo ménos cada dia, la esté-

tica se oculta; parece imposible que aquella mujer sea jóven.

Tan cierto es que en arquitectura hay ruinas de edificios antiguos que tienen infinitamente mayor precio que los edificios nuevos.

III.

—¿En cuántos períodos puede dividirse la edad de la mujer?—En todos cuantos quiera el curioso lector.

Los mas importantes suelen ser para el mundo: el de las ilusiones, el del amor y el de la amistad.

El primero comienza con los albores de la razon. Las niñas son unas mujeres pequeñas; porque es de saber que las mujeres, segun la aventurada espresion de un escritor, desde la edad de seis años solo crecen en dimensiones.

En esa edad empiezan á amar á sus muñecas, y las tratan como á hijas; más tarde suelen casarse y tratan á sus hijas como á muñecas.

Tantas y tales son las vueltas del mundo.

Hoy se divierten vistiendo y desnudando las muñecas que acarician en sus brazos infantiles; mañana acarician en sus brazos maternales otras muñecas que

se visten y desnudan solas. Entre unas y otras caricias median solo algunos años; media un espacio vacío: el espacio que debió ocupar la *educacion*.

Ese vacío se notará ya en todos los períodos; que mientras él exista, ni el amor puede ser ordenado ni la amistad duradera.

La mujer virtuosa, educada sólida y cristianamente, tiene tres fases principales en su edad, tres fases de las cuales vienen á ser las segundas reflejo de la primera: hija, esposa y madre.

Esto parecerá una antigualla; pero entre parecerlo y serlo hay gran diferencia; tanto como entre los *años* y *la edad*.

Decíamos antes que el corazon no envejece; tampoco envejece la virtud.

Por eso tiene razon el que ha dicho que la vejez es el infierno de las mujeres que no son mas que bellas.

Dicen que al desaparecer la juventud, brota en las mujeres el instinto de amistad hácia las otras.

Podrá ser cierto; pero hasta ahora se habia creido que las ideas de benevolencia, de ternura, y aun de magnanimidad, se conformaban mejor con el carácter de la juventud.

Nosotros, que no creemos, háyalo dicho quien quiera, que la amistad de dos mujeres sea siempre el

complot contra una tercera, negamos desde luego la exactitud absoluta de la máxima anterior.

Lo que sí creemos, con el gran poeta Byron, es que no hay cosa mas *incierta* que el número de años de las señoras que se dicen de *cierta* edad.

Pues justamente esas señoras son de ordinario las ménos espansivas y dispuestas á los sacrificios de la amistad.

Si se nos obligase, por último, á descender al terreno de la aritmética, y se nos preguntara cómo influye la edad en el amor de las mujeres, no tendríamos inconveniente en responder:

Antes de los veinticinco años hacen muchas conquistas en un dia, todas fugaces; despues de los veinticinco años, hacen en muchos dias una conquista, y aquella prevalece.

CAPITULO XVII.

El llanto.

I.

«*Dum fœmina plorat decipere laborat.*»

«En llanto de mujer
no hay que creer.»

Hé aquí dos proverbios, uno en latin y otro en castellano, que el vulgo repite ordinariamente.

O mejor dicho:

Hé aquí dos *vulgaridades ordinarias* repetidas en latin y en castellano.

Cuando la mujer quiere engañar, tiene recursos más poderosos que el llanto.

Porque al fin el llanto altera sus ojos y marchita la lozanía de sus mejillas.

A los que crean en la verdad de los proverbios ci-

tados, diremos, aun á riesgo de parecer ***retruecanistas:*** «es imposible llorar sin *llorar*.»

No negaremos, sin embargo, que hay lágrimas de los ojos y lágrimas del corazon.

¿En qué se distinguen? La ciencia de **LA MUJER** tiene sus misterios: este es uno.

Pero las lágrimas de los ojos son tambien lágrimas. Nadie llora sin *llorar*.

En la esfera de un reloj nunca se mueven las manos por sí solas, si el mecanismo interior no les imprime el movimiento.

El semblante es la gran esfera de la humanidad.

Hay lágrimas que son el jugo emponzoñado de la ira: no hablamos de esas.

Hay lágrimas que son la lluvia suave y benéfica en que se resuelven las tempestades del corazon.

Esas son las lágrimas que los poetas llaman con justicia *rocío del cielo*. ¡Dichosos los que las tienen!

¡Beati qui lugent!

Las lágrimas vienen á ser un tesoro cuyo precio no es dado á todos calcular y comprender; son, como dice San Agustin, la sangre del alma.

No hay seres más desgraciados en la tierra que los seres que no lloran.

Para ellos no tiene el catecismo más que siete bienaventuranzas.

Los que no lloran no saben lo que es consuelo; ignoran lo que es sentir. La más dulce de todas las simpatías es la simpatía de las lágrimas.

Nada liga tanto los corazones, decia un escritor de primer órden, como el placer de llorar juntos.

Vosotras, almas privilegiadas, que en las tranquilas horas de la noche habeis llorado vuestro bien perdido ó vuestro amor ausente, responded á los que se burlan del llanto: llorad por ellos.

II.

Surca los mares el bajel, corre, se aleja, desaparece; y acá en la orilla una mujer lo sigue con atenta mirada; la mirada de aquella mujer se nubla lentamente, y el nublado de los ojos se deshace en lágrimas. Aquella mujer es una madre: es inútil preguntar quién parte en el bajel: los que no saben llorar no pueden conocer el valor de aquellas lágrimas.

A la caida de una tarde serena y melancólica, unos ojos de mujer, bellos como la sonrisa de la aurora, y apacibles como la brisa de los campos, se fijan en el confin del horizonte; quisieran traspasarlo; quisieran ver más allá; quisieran llegar adonde llegan los ojos del alma. ¡¡Imposible!!

Entonces una lágrima de fuego se balancea en los párpados; parece que tiembla por el riesgo de revelar un secreto; pero en la cárcel de los ojos no cabe perla de tal precio, y rueda por la mejilla: el primer rayo de la luna que luce esplendente sobre el azul del firmamento, viene á secarla con su beso de amor.

¡Amor! ¡Amor! ¡Los que no saben llorar, no saben lo que significa esa lágrima; no saben lo que es amor!

¡Los que negais la fe de las mujeres; los cobardes que las adulais para engañarlas, decid cuántas veces, en esas mismas revelaciones escritas que arrancásteis quizá á la inexperiencia, no habeis hallado la huella de una lágrima! De cierto esa lágrima nada os ha dicho; porque el lenguaje de las lágrimas no lo entienden los corazones de arcilla.

Para vosotros es un axioma la vulgaridad aquella que dice:

«En llanto de mujer
no hay que creer.»

III.

Tambien se llora de alegría; en ese caso las lágrimas no son la lluvia en que se resuelven las tempes-

tades del corazon; son el grato rocío que esmalta los pensamientos más puros y delicados del alma.

Stendhal lo ha dicho: las lágrimas son el extremo sonreir del amor.

Y lo son, en efecto, cuando el amor late oculto y reconcentrado; cuando no se evapora en frases estudiadas.

Una lágrima entonces es la condensacion del riquísimo perfume del amor; de ese perfume que más se purifica cuanto más se guarda.

Una lágrima es siempre la expresion esencialmente poética de los sentimientos íntimos del alma.

Ella sola habla más que todas las declaraciones; más que todas las fórmulas artificiales de la elocuencia humana. ¿De qué le sirve á una mujer de talento y de corazon resistir ó disimular, si no puede guardar con llave el depósito de las lágrimas?

¿De qué le sirve á un hombre apasionado toda la fortaleza de su espíritu, toda la gravedad de su carácter, si una lágrima á hurtadillas lo denuncia?

Porque tambien los hombres lloran, y los de más valor lloran antes. Sucédeles alguna vez que las lágrimas no brotan de los ojos; no se exteriorizan; entonces caen como una lluvia de plomo en el corazon.

El llanto interior es horrible.

Así como nadie vierte lágrimas sin llorar, así muchos lloran sin verter lágrimas.

¡Desgraciados!

Lloran con amargura, y no hay quien vea su llanto; no hay quien lo enjugue.

Están tristes, y no hay quien los consuele. Les falta una bienaventuranza.

¡*Beati qui lugent*!

IV.

El llanto más digno de respeto es el llanto del dolor.

Si amar es, como dice una escritora, hacer un pacto con el dolor, el llanto del dolor y el del amor vendrán á ser uno mismo.

Las escritoras en este punto están acordes.

El amor, dice Mad. Cottin, suprema felicidad acá en la tierra, necesita, para ser fuerte y duradero, que le preste sus lágrimas el dolor: hijo de la melancolía más que del gozo, nunca es más pura y más ardiente su llama que cuando se enciende en unos ojos anegados por el llanto: amor solo es eterno cuando se alimenta en la tristeza.

Porque el amor es triste, como dice Mad. Riccoboni; cierra nuestro corazon á todos los placeres que él no da.

Porque quien dice *enamorado* dice *triste*, segun el sentir de Mad. Lambert.

Porque la tristeza, en fin, es el fermento del amor.

Despues de las autoridades aducidas, casi no es aventurado asegurar que el llanto del amor y el del dolor vienen á ser uno mismo: *llanto del alma*.

Al *llanto de los ojos*, de que al principio hemos hablado, suele corresponder una clase de dolor *oficial*, digámoslo así; un dolor regularizado, sujeto á fórmula, prescrito en el ritual: un dolor hipócrita.

La hipocresía del dolor es la mas ridícula de todas las hipocresías.

La costumbre del luto, así en los antiguos como en los modernos pueblos, así en unas como en otras edades, se presta en gran manera á observaciones curiosas.

En casi todos los colores, del blanco al negro, ha querido simbolizar el dolor la aturdida humanidad.

¡Como si el dolor pudiera tener matiz!

En mil extravagancias de la vida, en mil ceremonias y usos más ó ménos explicables, ha querido la

veleidosa humanidad cifrar la expresion suprema del dolor.

¡Como si el dolor tuviese ni pudiera nunca admitir otra expresion que el llanto, *el llanto del alma!*

Para el dolor hipócrita, como ya hemos dicho, para las penas artificiales en que se interesa la cabeza, única rueda que hace mover entonces las manos de la esfera, están las lágrimas que no queman, que no dejan surco, que no pueden dar razon del estado del alma, porque no vienen de tan léjos: *las lágrimas de los ojos.*

Entre estas y las del alma hay la diferencia misma que entre las perlas de Oriente y las burbujas de jabon.

Distinguirlas á primera vista, á pesar de tan inmensa diferencia, equivale á penetrar en uno de los principales misterios de LA MUJER.

Y quien penetra en los misterios de *la mujer* tiene mucho adelantado en el camino de la sabiduría; y si además disfruta las delicias del amor, puede dar por resuelto un gran problema; alcanza una dicha que antiguamente se juzgaba difícil, aun para los dioses del olimpo:

Amare et sapere vix deis conceditur.

CAPITULO XVIII.

La melancolía.

I.

El capítulo de *la melancolía*, ¿debe preceder ó debe seguir al del *llanto*?

¿Llora el que está melancólico, ó cae en la melancolía el que ha llorado mucho?

Hé aquí una cuestion de *prioridad* casi tan grave como la mayor parte de las que resuelve la filosofía de ciertos sábios.

¡Quién fuera filósofo!

El autor de estos APUNTES promete dedicarse á la susodicha filosofía, y para otra edicion ya sabrá de cierto si debe anteponer ó posponer este capítulo.

Los médicos tratan de la melancolía en sus libros

antiguos y modernos: dicen que se cura respirando los aires purísimos del campo, y distrayendo el espíritu ante el majestuoso espectáculo de la naturaleza.

Esos médicos, sin que se ofenda por ello la respetable clase, saben muy poco de achaques del corazon: no es esto decir que no conozcan los remedios científicos que deben aplicarse en las diversas enfermedades de esa víscera.

No todas las palpitaciones del corazon degeneran en lesiones orgánicas. Mejor curan los doctores las palpitaciones que se perciben en el exterior, que las que agitan al pobre enfermo en el espacio mas recóndito del pecho.

Para ese mal no bastan los recursos de la ciencia.

Lo que no logran los libros de Hipócrates y Avicena; lo que no se alcanzaria con todos los simples y compuestos de la antigua y de la nueva farmacopea, lo logra una mirada de ternura, lo alcanza un suspiro de amor.

¡El campo! El campo es el magnífico alcázar de las almas melancólicas: allí cuentan sus penas al aura que las acaricia, y acrecientan con sus lágrimas el caudal trasparente de los arroyos.

La melancolía es una enfermedad del espíritu. Los enfermos que la padecen anhelan sobre todo la soledad.

Cuando una mujer siente disgusto y malestar en medio de la multitud, de cierto se halla enferma: su dolencia no está en los nervios; está en el espíritu. La melancolía se cura ó se agrava en la soledad.

La melancolía es un padecimiento á que, por lo regular, no están sujetas las almas vulgares; la melancolía y la soledad se han comparado á un desierto, donde no se puede subsistir sin provisiones.

El oasis de ese desierto es la esperanza.

Nunca estoy más acompañado, solia decir un héroe romano, que cuando voy solo; nunca hablo más que cuando callo.

Nunca es más formidable una mujer que cuando calla; nunca está más angustiada por la soledad del corazon que cuando evita la sociedad de las gentes.

La soledad es la atmósfera donde respira la melancolía.

A corazones heridos, sombra y silencio, ha dicho Balzac.

Unicamente en la soledad puede hojearse sin riesgo el libro del corazon.

Los que nunca han vivido en la soledad, concluyen por conocer á los otros y no conocerse á sí mismos.

Quien no ha vertido lágrimas en la soledad, no sabe cuáles son las lágrimas verdaderamente amargas.

La soledad es el egoismo supremo del dolor.

Viviendo entre la multitud puede vivir *sola* una mujer.

Este fenómeno se verifica en dos ocasiones: cuando ama ó cuando sufre; ó mas bien en una sola: cuando ama.

II.

La melancolía se presta á veces á la caricatura.

La caricatura de la melancolía se llama *pseudo-sentimentalismo*.

El *pseudo-sentimentalismo* es una enfermedad de la cabeza; no puede, pues, confundirse con la melancolía, que es una enfermedad del espíritu.

La melancolía es el triunfo del corazon sobre los sentidos.

La alegría del rostro suele ser el triunfo de los sentidos sobre el corazon.

Cuando el amor es manantial de *sentimientos*, suele producir la melancolía: cuando es solo manantial de *sensaciones*, suele ocasionar tristeza.

Entre la melancolía y la tristeza hay gran distancia: la distancia que media entre la cabeza y el corazon.

Un alma melancólica está dispuesta á todos los sa-

crificios; un alma triste no está dispuesta sino á recibir consuelos.

Hay en la melancolía una mezcla indefinible de placer y de amargura: la combinacion del sentimiento y la tranquilidad que se bosquejan en la palidez.

Porque la palidez es de ordinario el signo exterior de la melancolía.

Es necesario que á través de la epidermis se dejen percibir el alma, la pasion y el dolor; y el alma, la pasion y el dolor son pálidos, segun el insigne Lamartine.

La palidez, ha dicho una escritora, diviniza la belléza de las mujeres y ennoblece la de los hombres.

Cuéntase que en los tiempos del romanticismo abundaba la palidez artificial.

Así se explica la abundancia de carmin que hoy observamos.

Los perfumistas dan hoy salida á *los colores* que entonces se estancaron.

III.

¿Cuáles son las causas de que procede casi siempre la melancolía en las mujeres?

O la falta de amor, ó el exceso de amor. Más de

una vez lo hemos dicho ya: la condicion de la mujer es tristísima; ¡condenada á esperar, á esperar indefinidamente!.....

Y ¿quién ha dicho que en el alma de la mujer no puede brotar una pasion pura, pero vehemente; noble, pero avasalladora?

Y ¿quién ha dicho que esa verdadera enfermedad del corazon ha de salir al pulso, ni calificarse de mal de nervios, ni curarse, en fin, con récipes y con dieta?

Campo y distraccion, dicen los doctores.

Esos doctores no suelen ser fuertes en dolencias del corazon.

Amor, esperanzas: hé aquí el campo donde es preciso que respiren, no sus pulmones, sino su espíritu.

Amor, esperanzas: hé ahí el ambiente que puede volver su antigua lozanía á esas flores que se agostan.

Y cuando la mujer ama de veras, cuando engasta su corazon en el corazon de un hombre, y aquel hombre que la engañaba, al desprender su corazon desgarra el ajeno, del cual se lleva un pedazo; cuando tal sucede, preguntamos, ¿podrá vivir serena y sonreir aquella infeliz mujer?

La melancolía, que es hija de un exceso de amor

(y el amor es siempre excesivo cuando es mal correspondido ó menospreciado), nos parece la más profunda y la más legítima.

En ella existe la mezcla indefinible de placer y de amargura: el placer está en la grata ilusion que siempre tiñe de rosa los horizontes de lo porvenir. La amargura está en los recuerdos lúgubres que siempre ofrecen á la vista la sombra horrenda del dolor pasado.

¿Cuáles son los síntomas que acompañan á la melancolía?

Son tales, que no pueden nunca ni por nadie confundirse. No nos referimos á los síntomas que observan y examinan los que no ven en la melancolía sino un estado patológico: para ello remitiríamos á nuestros lectores á cualquier tratado de medicina.

La sonrisa de la melancolía tiene en sí una expresion tan vaga, tan dulce, tan misteriosa, que en ella sola se encierra mayor tesoro de sentimientos y de emociones que en libros enteros de los que produce el moderno excepticismo.

La mirada melancólica es raudal apacible de ternura, que no es dado percibir á todos los corazones; á la manera que solo el águila puede mirar de frente el disco esplendoroso del sol.

La mirada de una mujer melancólica semeja el ti-

bio destello del sol que se pone en un confin para alumbrar en el otro con resplandores mas vivos.

¿Cuáles son los medicamentos con que se cura la melancolía?

La ciencia dice: *campo y distraccion.*

La experiencia dice: AMOR Y ESPERANZA.

CAPITULO XIX.

El talento.

I.

El *talento* es una palabra de que en todos tiempos se ha abusado, y de que hoy se sigue abusando más que nunca.

Todo el mundo habla del talento, y cada cual lo comprende á su manera.

Para ciertos filósofos el talento es no entenderse unos á otros.

Para algunos sábios el talento es no dejarse entender de los demás.

Para el vulgo de los ignorantes el talento habla en latin.

Para el vulgo de los eruditos el talento habla en aleman.

En Italia se calcula el talento por bemoles; en Inglaterra por libras esterlinas; en Francia por *calembourgs*, y en España por la *seriedad* de cada individuo.

Para el avaro, el talento es del color de los billetes de Banco y de los títulos del *tres*.

Para muchos políticos el talento tiene la forma de una cartera ministerial.

Para los aspirantes á sábios el talento equivale á unos lentes *rasos;* esto es, sin graduacion.

Para los hijos de la moda el talento es su madre.

Para las mujeres.....

Procedamos con método.

Una cosa es el talento *de* las mujeres, y otra cosa es el talento *para* las mujeres.

Es decir, que debe distinguirse entre su talento propio y el juicio que les merece el talento de los demás.

Más claro; debe distinguirse entre el talento *subjetivo* y el *objetivo*.

Al escribir *más claro*, hemos querido escribir *más modernamente filosófico*. Son voces sinónimas.

El que crea que nos burlamos, nos juzga filósofos sin advertirlo, porque, segun Pascal, una de las maneras de filosofar, es burlarse de la filosofía.

Prosigamos.

Al hablar del talento de las mujeres no nos proponemos hablar de las mujeres de talento.

Esta segunda parte la aplazamos para otro capítulo.

En el presente solo nos toca investigar qué es el talento *de* las mujéres; y qué es el talento *para* las mujeres.

II.

Para que un hombre en España llegue á ser *hombre de talento*, es indispensable que empiece por ser *muy sério*.

El talento varonil no se rie nunca.

Esta doctrina no es aplicable á las mujeres. Las más *sérias* no suelen ser las de más talento.

Se exceptúa un solo caso: cuando tuvieren motivo para ocultar la dentadura; entonces el no reirse viene á ser un buen indicio de talento.

Deduccion: las mujeres que no se rien, ó tienen muy poco talento, ó tienen un talento á prueba de cáries y de escorbuto.

Prescindamos de la risa y filosofemos. El talento de las mujeres no tiene los medios de exteriorizarse de que dispone el talento de los hombres.

Las mujeres, por punto general, no escriben libros, ni se sientan en las cátedras, ni peroran en los tribu-

nales y en los parlamentos; ni siquiera arreglan el mundo en las columnas de un periódico.

Es decir, que no tiene el talento de los grandes sábios, ni el de los maestros, ni el de los oradores, ni siquiera el de los *fondos* y las *gacetillas*.

Y, sin embargo, las mujeres tienen, por punto general, mucho talento.

Si el talento es la vista del alma, muchos de esos sábios, y de esos maestros, y de esos oradores, y de esos periodistas, son míopes comparados con innumerables mujeres que ni escriben, ni enseñan, ni peroran.

Dad á las mujeres los estudios y educacion de todos esos hombres de letras, ó dejad á esos hombres de letras sin estudios y sin educacion, como están por regla general las mujeres, y aquella proposicion quedará plenamente demostrada.

Entre cien hombres encontrareis dos de talento: entre cien mujeres encontrareis una sin él: hé aquí la proporcion en que distribuye el talento una escritora célebre de Francia.

Aunque por razones de equidad modifiquemos un tanto la proporcion, siempre resultará, meditando con detenimiento, que esa escritora se aproxima mucho á la exactitud.

El hombre, en la mirada de una mujer, no ve más

que una mirada. La mujer, en la mirada de un hombre, lee de ordinario hasta la última página del libro de su corazon.

La mujer, cuando soltera, tiene el talento de *adquirir*; cuando casada, tiene el talento de *conservar*.

El hombre, cuando soltero, suele hacer alarde de calavera sin serlo; cuando casado, suele ser calavera sin hacer alarde de ello.

Y es porque el hombre tiene generalmente una idea muy equivocada del talento de la mujer.

El talento de hacerse siempre *amable*, vale por lo ménos tanto como el de escribir una novela en cinco tomos.

Los hombres de mayor talento, en la dilatada série de los siglos, han sucumbido al influjo de una mujer; que lo diga la historia. Es un fenómeno casi constante, á partir desde el paraiso.

El talento de mirar y el de sonreir, que al vulgo parecerá muy poca cosa, no lo cambia la más inofensiva de las mujeres por el talento de formar un alegato ó de escribir *á la luna* un centenar de octavas reales.

Y es que con un alegato y ochocientos endecasílabos *á la luna* suelen quedar las cosas como estaban; al paso que con una mirada á tiempo ó con una sonrisa *inteligente*, suelen no quedar como estaban la inteligencia y el corazon del letrado y del poeta.

III.

El talento de las mujeres no debe confundirse con la erudicion, y mucho menos con la afectacion de la ciencia.

Un poeta latino del siglo de oro deseaba, si mal no recordamos, mujer *non docta*: otro poeta, tambien latino, y tambien del siglo de oro, ha escrito este consejo: «Conviene que el marido pueda cometer impunemente un solecismo.» Otro escritor, diez y nueve siglos más moderno, opina que dos talentos en un matrimonio son mucho talento para una casa sola.

Las naciones son casas muy grandes; ó las casas naciones en pequeño.

Hace tanto la mujer que en determinadas ocasiones mantiene la paz doméstica, como el diplomático más sério de esos que con sus protocolos diz que mantienen el equilibrio europeo.

Conquistas hace el talento de la mujer que no soñára nunca el talento de sábios muy famosos.

Con mucho talento, bastante belleza y poco amor, puede una mujer, segun Fontenelle, gobernar á su capricho al hombre más altivo y más soberbio.

Y si tal triunfo consigue la mujer con poco amor, ¿qué fuera si utilizase el tesoro de su ternura?

Allá en remotas edades el talento de la mujer debia ser un talento formidable: *malicia natural* le llama Hipócrates.

Para Sócrates es más temible el amor de una mujer que el odio de un hombre.

Para Plauto, tratándose del mérito de las mujeres, no cabe disputa: es inútil hablar de lo que no tienen.

Despues de todo, hay que convenir en que estos sábios y todos sus imitadores, desde Hipócrates acá, si denigran al sexo en abstracto, lo adulan en concreto: si aborrecen á las mujeres en conjunto, las adoran en particular.

Esa misma insistencia con que se escribe y se habla contra las mujeres, es prueba de su poder.

Y ese poder no se conserva sin talento.

Al contemplar esta verdad, casi nos arrepentimos de algunas indicaciones que en estos Apuntes hemos consignado.

Cuando nos lamentábamos de la falta de educacion, del vacío horrible en que vive el bello sexo, tal vez conspirábamos de buena fé contra la humanidad.

¿Cuál seria el poder de las mujeres con su natural hermosura, con su talento natural, y con la educa-

cion y la instruccion, que vienen á constituir segunda naturaleza?

Convengamos, pues, en que si el talento de las mujeres no consiste en escribir libros, ni en perorar, ni en bagatelas por ese órden, consiste casi siempre en dominar á su placer, con la sola autoridad de sus gracias y de sus dotes, á los que escriben los libros y á los que peroran, y aun á los mismos que las vituperan y las compadecen.

En eso consiste el talento de las mujeres. Examinemos ahora en qué consiste el talento *para* las mujeres.

IV.

Llegamos á la parte séria del talento: fuerza será tratarla en sério.

El talento de la mujer es de suyo alegre y chispeante; el talento del hombre..... ya es otra cosa.

Debemos, pues, cambiar de tono.

Ya no se trata de ese talento jovial, de esa lozanía de *esprit*, como dicen nuestros vecinos, que se revela en unos ojos de fuego y juguetea en unos lábios de púrpura.

El talento de que hablamos suele revelarse á tra-

vés de un aspecto grave, y anidar debajo de una peluca.

Difícilmente se llega á ser hombre de talento sin los requisitos prévios de gravedad y calvicie.

Pero esta no es la cuestion.

Se trata de averiguar en qué consiste el talento *para* las mujeres. Y justamente para las mujeres una seriedad afectada y una peluca son el polo antártico del talento.

Las mujeres prefieren, á ser posible, un talento elegante, espansivo y que no peine canas.

Y en eso hacen bien; porque muchos de los otros sábios de peluca suelen tener la erudicion prestada, y de aquí resulta que por dentro y por fuera llevan vestida de ajeno la cabeza.

Las mujeres de talento distinguen muy luego á los hombres que lo tienen.

Y es natural. Así como el diamante brilla solo al contacto de la luz, dice Petit-Senn, el talento brilla solo al contacto del talento.

Sin embargo, ni todas las mujeres aprecian el talento de igual suerte, ni todos los hombres tienen igual clase de talento.

El talento político no es lo mismo que el filosófico: el talento de academia difiére del de salon.

Sábios hay que escriben libros hasta en fólio, y

que en presencia de una dama cometen inconveniencias y sandeces del tamaño de sus libros.

Profanos hay á toda materia científica, que con los solos recursos de su ingenio conquistan simpatías muy profundas y aun llegan á seducir y á deslumbrar.

Los primeros son ídolos de oro forrados de estaño; los segundos son ídolos de estaño forrados de oro.

Cuando las mujeres llegan á comprender esta diferencia, aman á los primeros con la cabeza y á los segundos con el corazon.

El gran Balmes clasificaba á los hombres de talento en *almacenes* y *fábricas*: los primeros saben todo lo que han leido; están llenos de ideas, pero todas adquiridas en los libros: los segundos leen poco y crean mucho; están llenos de ideas, pero todas elaboradas en su inteligencia: los primeros conservan y repiten lo que *han dicho* otros; los segundos *dicen* para que los demás conserven y repitan: los primeros hablan más que meditan; los segundos meditan más que hablan: para la sociedad los primeros son más *entretenidos*, los segundos más *útiles*. Para las mujeres, los primeros son inofensivos; se declaran á todas horas y no se fijan nunca: los segundos son temibles; se fijan desde un principio y quieren ser adivinados.

Los primeros tienen su mayor complacencia en responder; los segundos son más aficionados á preguntar. Aquellos, en fin, dicen todo lo que saben; estos procuran saber todo lo que dicen.

V.

Créese vulgarmente que las mujeres tienen por hombre de mayor talento á aquel que más las adula.

Podrá ser: la adulacion reune en sí muchos atractivos; pero hay pocas mujeres de tan exígua perspicacia que confundan desde cerca la galantería con la adulacion.

Por más que á su vanidad se resista, hay ya pocas mujeres que ignoren que quien ménos las estima es siempre quien más las lisonjea. La estimacion profunda es callada y respetuosa.

Y aquí surge una pregunta. ¿Puede alguna vez consistir el talento en el silencio?

Muchas, innumerables veces.

Si dudas, calla, dijo Zoroastro.

Es preferible saber que no se dice nada, á saber que se dice lo que no se sabe.

Es preferible callar cuando hay riesgo de no ser creido.

Acerca del silencio hay muchas opiniones: desde el extremo de llamarlo ***elocuente*** hasta el extremo de asegurar que quien calla no dice nada, se encuentran luchando cuerpo á cuerpo estos dos pensamientos: ***quien calla otorga***; ***negarse á contestar es contestar negativamente***.

Dejemos á los sábios la tarea de concordar estos pareceres.

En nuestro sentir, se revela el talento más bien por lo que se calla que por lo que se dice; pero añadiendo una idea; siempre que el que calla tenga probado con anterioridad que ni es mudo, ni evita por orgullo ó por temor las ocasiones de hablar.

Porque es de advertir que el talento y la prudencia se parecen mucho al orgullo y al temor.

Y precisamente no hay nada más humilde que el talento, ni nada ménos cobarde que la prudencia; como que es hermana de la justicia y de la fortaleza.

No es, pues, el que más desagrada á las mujeres el talento que calla, siempre que sea talento.

El talento que las adula, más bien las guia al agradecimiento que á la admiracion.

Y si las adula de una manera exagerada, obtiene el resultado contrario.

El talento que lo habla todo es el más antipático á las mujeres.

El talento que habla en latin y cita en su original sentencias de Boileau ó versos de Schiller y de Milton, es para las mujeres profundamente ridículo.

La caricatura del talento es la pedantería; y los pedantes solo sirven para *divertir* un rato; pasando de media hora, se hacen ya insoportables.

Y hablar en latin y citar versos en francés ó en aleman ó en inglés delante de las mujeres, ha sido y es y será siempre rasgo gráfico de la más insigne pedantería.

VI.

Si, pues, no es para las mujeres mayor talento el talento que más las adula, ¿cuál podrá ser en este punto su regla de apreciacion?

Muy sencilla. El hombre que llega á dominar su corazon de una manera tranquila y delicada; el que las lisonjea sin ruborizarlas y las respeta sin adulacion, aquel conoce los secretos de una ciencia muy difícil; de una ciencia que no puede profesarse sin gran talento, sin un talento superior, segun parecer de un sábio, al que se exige para mandar un ejército numeroso.

Hacerse amable, más que por la fortuna de la im-

presion, por los recursos del ingenio y de las grandes dotes, es para las mujeres tener mucho talento.

Y raciocinan muy bien: leer libros en pergamino y resolver problemas difíciles y brillar entre los hombres de ciencia, son títulos muy recomendables para pedir ingreso en una academia; pero con todos ellos puede un hombre carecer de talento y ser derrotado en cuestiones que lo pongan á prueba por el último colegial de una tertulia.

El amor más fuerte y más puro no es el que sube desde la impresion, sino el que desciende desde la admiracion.

Una admiracion muy sincera, dice Stendhal, hace decisiva la más leve esperanza.

En honor de la verdad, las mujeres se admiran muy pocas veces; les agrada más, y es natural, ser objeto de admiracion.

De todas suertes, es casi un axioma que la mujer que admira ama. El amor en este caso tiene una naturaleza privilegiada; brota con igual lozanía de la cabeza y del corazon.

En el órden regular de las personas y de los sucesos, el talento influye en el amor, pero no decide.

Puede asegurarse que en la actual prosáica sociedad el talento ocupa el tercer lugar entre las condiciones *atendibles*; sigue á la posicion y á la figura;

es decir, vale ménos que un capital, que puede aniquilarse; ménos que un alto empleo, que puede perderse; ménos, en fin, que la gallardía, contra la cual conspiran hasta los guijarros de la calle.

¡Y sin embargo, el talento hace los capitales y adquiere los empleos, y sobrevive á la belleza!

¡Y sin embargo, con todos los capitales, y todos los empleos, y todas las gracias no puede comprarse ni un átomo de talento!..

Una pregunta nos queda todavía por hacer.

¿Es cierto que las mujeres aman alguna vez por vanidad?

Parece imposible que la *vanidad*, que, como indica su mismo nombre, es la *negacion*, pueda guiar hasta el amor; pero no nos atrevemos á responder *negativamente* á la pregunta.

El amor propio de una mujer es palanca muy poderosa; y no hay corazon que no desquicie, si tal es su propósito. Nos permitiremos, no obstante, advertir que si hay alguna vanidad disculpable y aun meritoria es la que se cifra en avasallar al talento.

En ese caso la vanidad es un tirano, que se parece mucho á su víctima.

CAPITULO XX.

La curiosidad.

I.

«La curiosidad es hija de la ignorancia y madre de la ciencia.»

¡Absurdo! La ignorancia no puede ser jamás ***abuela*** de la ciencia: entre una y otra no cabe parentesco.

A nadie ha ocurrido hasta ahora llamar á la filosofía hija de la ignorancia. Y la filosofía no es más que la gran curiosidad de todas las cosas; la curiosidad superlativa.

Rectifiquemos: la curiosidad superlativa no es precisamente la filosofía: es otra curiosidad, que con remontarse hasta la primera época del mundo, ha dejado sentir sus consecuencias en todo el linage humano.

Adam y Eva eran felices: vivian en un paraiso que inundaba de luz el sol recien suspendido en el espacio: aspiraban el aroma de mil flores, primer tributo que la humilde tierra dirigia al cielo: solo un precepto les impuso la Omnipotencia creadora; solo un fruto les vedó probar.

Y Adam y Eva se envenenaron, y envenenaron para lo porvenir á toda la humanidad con el fruto del árbol de la ciencia.

Eva oyó la sugestion de la serpiente; deseó, vaciló, prevaricó: al arrancar el fruto de la rama se nos figura ver á la naturaleza estremecerse, y sonreir la serpiente: al comerlo Adam creemos oir llanto en las regiones del firmamento y risa en las entrañas del abismo.

Eva ha cometido un gran crímen; y lo ha cometido, segun el sentir de un Santo Padre, más que por depravacion, por *movilidad del ánimo*; por efecto de *curiosidad*.

La historia de las pasiones en general podrá ser la historia del hombre; pero nadie negará que la historia de la curiosidad es la historia de la mujer.

II.

No puede definirse la curiosidad de una manera más feliz que con las palabras usadas por el Santo Padre: *movilidad del ánimo.*

La curiosidad no es simplemente el deseo de saber.

En tal caso la filosofía y la simple curiosidad serian palabras sinónimas: y ya hemos dicho que la filosofía es la gran curiosidad de todas las cosas; la curiosidad superlativa.

De aquí procede que no todo curioso sea *filósofo,* y que no haya un solo filósofo que, en la buena accepcion, deje de ser *curioso.*

La curiosidad de las mujeres es vicio unas veces, y otras veces necesidad.

Puede tambien considerarse la curiosidad como un efecto del sistema de educacion.

El espíritu de la mujer tibiamente alumbrado por la luz de la ciencia, ajeno á toda participacion en los grandes acontecimientos de la sociedad actual, se agita en el vacío, se mueve á lo más en el estrecho círculo que le han trazado las leyes de los hombres; y esa movilidad del espíritu, tradúzcase ó no se traduz-

ca por preguntas, es lo que puede y debe entenderse por curiosidad.

La curiosidad de las mujeres, más que á ellas mismas, debiera avergonzar á los hombres.

Hemos dicho que la curiosidad suele traducirse por preguntas.

Convengamos ante todo en que preguntar lo que se ignora ni humilla ni avergüenza.

Esta máxima atribuida á los orientales es tambien propia de los occidentales y de los habitantes del Mediodía y de los oriundos del Septentrion: es una verdad de sentido comun; y el sentido comun no tiene clima.

No son las mujeres más curiosas las mujeres que más preguntan; es decir, las interrogaciones no deben reputarse como la expresion constante de la curiosidad.

Cuando los ángeles anunciaron á Abraham el nacimiento de su hijo Isaac, su mujer Saráh se quedó escuchando detrás de la puerta.

La curiosidad que escucha es, pues, la verdadera y genuina curiosidad.

Entre esta y la que pregunta existe muy notable diferencia.

Contra la curiosidad que pregunta está la distraccion que no responde: contra la curiosidad que escu-

cha no hay distraccion posible; el único recurso es el silencio.

La curiosidad que pregunta oye lo que se propone saber: la curiosidad que escucha llega á saber muchas veces más de lo que se propuso oir.

La curiosidad que pregunta, mira; la curiosidad que escucha, se oculta detrás de las puertas.

La curiosidad que escucha sin ocultarse detrás de las puertas, no es propiamente curiosidad; es justo deseo de aprender; en este sentido se ha dicho con razon, que quien habla siembra, y quien escucha recoge.

Y como no todo cuanto se oye puede contribuir á la enseñanza, de aquí que se haya dicho tambien con verdad, que es tan conveniente la discrecion para oir como para hablar.

La curiosidad de las cualidades ajenas degenera en un vicio, que va casi siempre unido á otro: la murmuracion es muchas veces hermana de la envidia.

La curiosidad de la dicha ajena, en determinadas ocasiones, conduce al delito en quien la abriga y en quien la satisface.

III.

¿Aman las mujeres por curiosidad? ¿Será curiosidad gran parte de la que el mundo llama *coquetería*?

¿Será con frecuencia curiosidad lo que llama el mundo *deseo de agradar*?

Hé aquí una série de cuestiones..... de palabras.

El amor puede brotar de la curiosidad: la duquesa de *Jugar con fuego* acude *por curiosidad* á una cita, y á otra; y más tarde escribe *por curiosidad*; y más tarde baja al hospital de locos; y un poco despues *se casa* (CURIOSIDAD SUPREMA).

La curiosidad es á veces chispa que puede producir fuego; y con el fuego no se puede jugar sin el riesgo inminente de quemarse.

La curiosidad del amor se llama *coquetería*. Esa curiosidad en las mujeres coincide con la prodigalidad de lisonjas en los hombres.

En el capítulo V sentamos este principio: la coquetería en las mujeres no es otra cosa que el reflejo de la constancia en los hombres.

A la diversidad de llamadas no es de extrañar que corresponda la diversidad de emociones; la diversidad de emociones ocasiona la movilidad del ánimo.

La curiosidad y la movilidad del ánimo vienen á ser voces sinónimas.

El deseo de agradar es de suyo noble si se dirige á hacer la felicidad de un hombre honrado y digno.

Pero en la acepcion que el vulgo da á la frase, el deseo de agradar es la avaricia de aplausos; es la tentacion perpétua de los pródigos en lisonjas.

Y la prodigalidad de las lisonjas en los hombres coincide con la *curiosidad del amor*, que se llama coquetería en las mujeres.

El arte de agradar es el libro de texto en la escuela de las coquetas.

La curiosidad es uno de los capítulos más importantes de ese libro.

CAPITULO XXI.

La frivolidad.

I.

¿Qué diríamos de un rico que en vez de socorrer al necesitado que acude á su puerta, lo reprendiera ágriamente porque no llega á su presencia vestido de ceremonia?

Ese rico nos pareceria á primera vista cruel; y recapacitando un poco, ridículo.

Pues supongamos que el hombre es ó debiera ser, en materias de educacion y de instruccion, el rico del ejemplo; y que la mujer es, y no puede menos de ser, el necesitado: ¿qué juicio debe formarse de los sábios que rechazan á la mujer por ineducada, por ignorante, por frívola?

Esos sábios nos parecen á primera vista crueles; y sin recapacitar poco ni mucho, ridículos.

La frivolidad viene á ser la desatencion de las cosas grandes y la curiosidad de las pequeñas.

La generacion actual escarnece á las mujeres que quieren remontar su vuelo á la atmósfera de las cosas grandes, y las escarnece porque no lo elevan de la atmósfera de las cosas pequeñas: es decir, que les veda la noble curiosidad de la ciencia, y les censura la inquieta curiosidad de la ignorancia.

La generacion actual no sabe lo que desea ni lo que pretende: está ébria de orgullo.

II.

Los hombres meditan muchas cosas frívolamente, y hablan con la mayor gravedad: las mujeres muchas veces meditan gravemente, y hablan con la frivolidad más insigne.

Hoy puede decirse que casi todos los hombres son viejos, si no por el rostro, por el cálculo: hoy casi todas las mujeres son niñas, si no por el semblante, por la educacion.

Los hombres son, pues, ancianos sin canas; las

mujeres son niñas sin muñeca. Y como es la chochez carga de la ancianidad, y es la frivolidad achaque de la niñez, de aquí el antagonismo entre lo que un sexo medita y lo que habla el otro sexo.

Todas las mujeres tienen igual condicion y defectos iguales: todas son idénticas; se dividen solamente en morenas y rubias.

No es exacto: quien tal pensamiento ha consignado, revela una frivolidad de razon y de expresion, que excede en mucho á la frivolidad imputada á las mujeres.

Bien mirado, la frivolidad que en las mujeres puede ser un vicio de conformacion científica, en algunos hombres suele ser un vicio de conformacion intelectual.

La mujer que sin cuidarse de las cuestiones internacionales habla de trajes, de teatros y de amores, nos parece mucho ménos frívola que el hombre que forma su ocupacion principal con los amores, los teatros y los trajes, y mira como ocupacion accesoria las cuestiones internacionales que está lejos de entender, pero acerca de las cuales no se juzga en el caso de callar.

Es más frívolo que la mujer más frívola el hombre que vive sujeto al almanaque de los bailes y las reuniones, y esclavo del último capricho de la moda.

Es frívolo con circunstancias agravantes el que alimenta la frivolidad de las mujeres lisonjeando sus vanidades y aplaudiendo la ligereza de sus juicios y de sus resoluciones.

Es maliciosamente frívolo el hombre de talento que aplaude y celebra como gracias las inconveniencias que pueda dictar á la mujer su propia frivolidad.

Se dice que en este caso los hombres de talento sacrifican al placer de los ojos el placer de los oidos; ó bien que aplauden como gracia de la discrecion la que es solo gracia del semblante, atribuyendo al ingenio lo que es obra de la belleza; pero esta razon no convence; un hombre de talento levantando falsos testimonios á la discrecion y al ingenio, nos parece un propietario que desacredita su hacienda, ó un labrador que pone fuego á su hacina.

Adviértase, además, que las mujeres, á pesar de toda la frivolidad que quiera suponérseles, oyen con gran interés y creen con facilidad las palabras del hombre de talento.

III.

¿Son las mujeres tan frívolas como realmente se las cree, como realmente son algunos hombres?

Para responder á esta pregunta debe distinguirse de clases y de condiciones: tan cierto es que no todas las mujeres son idénticas; que no es la division en morenas y en rubias la única que de ellas puede hacerse.

La mujer que trabaja para su propio sustento y el de su familia no es frívola; no tiene tiempo para serlo: la mujer que en el recinto doméstico coopera á la felicidad de la familia educando el corazon y, hasta donde es posible, la inteligencia de sus hijos; la que sin el orgullo que suele dar la posicion, ni la falsa modestia que suele afectar el orgullo, llena los deberes de esposa y de madre como cumple á la mujer cristiana, no es frívola; no puede nunca serlo.

La que prefiere á la satisfaccion de los mas dulces deberes de la maternidad la tersura de su tez y la elegancia de su *toillette*, esa es verdaderamente frívola.

No lo es verdaderamente la que, reflejando en sus palabras la educacion y la instruccion que ha recibido, depone la verdad estricta acerca de las susodichas educacion é instruccion.

Es más frívola, mucho más, la sociedad que descuida la educacion é instruccion de la mujer, que la mujer misma, á quien bajo este concepto parece que menosprecian los titulados hombres sérios de la edad presente.

Es más frívola, mucho más, la *seriedad* de algunos de esos hombres, que la ligereza y la superficialidad que ordinariamente atrae sobre las mujeres la reputacion de *frívolas*.

CAPITULO XXII.

La mentira.

I.

«La mujer engaña por instinto» ha escrito un detractor del sexo débil; pero ese detractor da señales de no haber estudiado el instinto de la mujer.

Precisamente sucede lo contrario: la mujer es veraz por instinto; pero las condiciones sociales, el sistema de educacion conspiran de una manera dolorosa contra su veracidad.

Desde los primeros años de la vida, la mujer aprende á falsificarse y á falsificar las ideas y los sentimientos: andando el tiempo, la mujer miente sin saber que miente; falta á la verdad, ó la oculta, con la mayor tranquilidad, sin darse siquiera cuenta de ello.

No debe, pues, creerse que la mujer sea falsa por

naturaleza, cuando lo es solo por educacion: la mujer no nace falsa, sino que se hace falsa.

Y aun examinando con buen criterio en qué consiste de ordinario la falsedad de la mujer, se descubre mas bien que malicia en el corazon, timidez ó frivolidad en las palabras.

Las mujeres, tratándose de los pensamientos de su sexo, aunque mienten no son falsas. ¿Por qué consultais su boca, pregunta un filósofo, si no es su boca la que debe hablar? Consultad sus ojos, su color, su respiracion, que ese y no otro es el lenguaje que la naturaleza les dió para responderos.

De donde resulta que á tal punto de rigor llega el estado de sitio en que el sexo fuerte tiene al sexo débil, que no le permite ni saborear el dulce fruto de le ingenuidad.

De manera que en las mujeres está próxima á verificarse la paradoja aquella de que el lenguaje es el medio de que la humanidad se vale para ocultar sus pensamientos; que es como si dijéramos: la luz se ha hecho para que el mundo viva á oscuras.

A tales absurdos conduce la injusticia de los hombres.

Hay, pues, dos diccionarios para las mujeres: el de los labios, y el de los ojos: ó sea, el de las palabras y el del corazon.

A la afirmacion en uno de estos diccionarios, corresponde casi siempre la negacion en el otro: concordarlos y establecer la armonía entre el pensamiento y la palabra, que es su maravilloso vehículo, será la obra de la discrecion y del talento.

II.

La mujer carece de la libertad de expresion que el hombre goza sin obstáculo y sin restricciones.

Esta carencia de prudente y racional libertad obliga á la mujer á crearse un lenguaje artificial que reemplace al lenguaje hablado, cuyo uso le prohibe el hombre con una generosidad que da compasion.

Para todas las preguntas que se refieren á cuestion de amores, la jóven tiene siempre el *no* en los labios y el *sí* en los ojos: lo cual prueba que los ojos son más ingénuos que los labios.

Los hombres hemos llevado la crueldad y la ridiculez hasta el punto de exigir que las mujeres inspiren amor, y que protesten y juren que no quieren inspirarlo. ¿Qué es esto sino exigir una mentira? Las mujeres nos engañan por obedecernos.

Lo que se llama falsedad y mentira en la mujer,

puede definirse sencillamente arte de comunicar los pensamientos sin descubrirlos.

Verdaderamente, las mujeres engañan con frecuencia á los hombres; pero más veces se engañan á sí propias. No negaremos que los engaños que las mujeres usan con los hombres pueden traer perjuicios graves; mas ¡ay! los engaños en que las mujeres incurren por sí propias, suelen ocasionarles irremediable desventura.

Bien puede asegurarse que la galantería, tal como la entiende la actual sociedad, no es más que un juego de ficciones que ni siquiera pueden compararse con las del teatro: en las ficciones escénicas, hay por lo ménos verosimilitud; y las exageraciones de la galantería son casi siempre inverosímiles.

Si con algo puede compararse el sistema de ficciones que constituye la galantería, es con un carnaval; pero debe advertirse que en los bailes de carnaval se disfraza el cuerpo y se ocultan las facciones de la cara; y en los salones en que reina la galantería, se disfraza el alma y se ocultan los pensamientos.

Las mascaradas sin careta son una gravísima desgracia para la sociedad.

III.

Decia un sábio, que la mentira es pecado anti-social: y decia muy bien. Por la mentira se falta á Dios, autor de toda verdad, se falta á la propia dignidad humana, se falta á los semejantes. La mentira, que por sí es un pecado, sirve además de auxiliar á casi todos los pecados.

No hay mentira inocente: la que más inocente parece puede conducir á un abismo; porque allí donde en realidad no hay malicia, la malicia humana se encarga de suponerla.

La verdad ha de ser la mejor amiga del hombre, y la amiga más leal de la mujer.

Bien se nos alcanza que las mujeres no emplarian el arma de la mentira á no empeñarse en combatir, con armas iguales, á los hombres; pero es preciso que adviertan las mujeres que el arma de la mentira está de tal modo templada, que los hombres hieren con ella, y las mujeres con ella se hieren.

Se dice ordinariamente que las mujeres toman como verdades incontrovertibles las mentiras que lisonjean su vanidad; y esto no es exacto en todos los casos: las mujeres de talento no creen lo increible; pero están siempre dispuestas á perdonar ciertas men-

tiras agradables que forman la base y el fondo de la adulacion. Y cuando esto acontece á los hombres de más gravedad, ¿habíamos de considerarlo como delito, tratándose de la mujer?

Ante todo, justicia; y no vayamos á considerar como privativa de la mujer una mala cualidad que aprende del hombre, y que el hombre se empeña en que no olvide.

Hablemos siempre verdad á las mujeres, y arruinarémos el imperio de la coquetería.

La mentira que en boca de las solteras puede ser funesta, es funesta de seguro en boca de las casadas. La paz del matrimonio jamás puede descansar sobre la mentira; porque la mentira es la negacion, y la negacion no es base; es el vacío.

Escuche siempre la verdad en su rededor la mujer casada, y se arruinará el imperio de la discordia en los matrimonios.

Una proposicion, y concluimos. Para convencernos de si es curable ó nó la propension á mentir que el hombre tanto deplora y censura en las mujeres, ¿quereis, lectores, que hagamos un ensayo por nuestra cuenta?

¿Quereis que probemos á no engañar á las mujeres, á usar con ellas, por espacio de algunos dias, el lenguaje de la verdad?....

CAPITULO XXIII.

El estudio.

I.

¿Por qué las mujeres no habian de acudir á universidades y recibir grados y ejercer profesiones científicas é industriales?

Ignoramos si algun escritor ha dirigido al mundo esta pregunta; lo que sabemos de cierto es que la ha dirigido una escritora.

El mundo, como es natural, no ha contestado.

Dotada está de razon la mujer; memoria tiene para conservar; entendimiento para conocer; voluntad para decidirse, y mucho corazon para sentir: puede estudiar; puede saber: que estudie y que sepa; ábranse universidades para las mujeres; confiéranseles grados; que ejerzan profesiones científicas é industriales.

¡No te rias, lector! El asunto es sério. No te asustes, lectora; se trata de una utopia.

Lector, ¿qué juzgas preferible para tu sexo; discutir con las mujeres una cuestion de filosofía ó de matemáticas, ú olvidarte al hablar con las mujeres de que existe la filosofía y de que hay en la tierra matemáticas?

Lectora, ¿qué te parece más halagüeño para tu sexo; exponerte casi siempre, tras de saber mucho latin y muchos libros, á ser vencida por un sábio cualquiera, ó tener la seguridad, sin latin y sin libros, de avasallar á los sábios de más nombre?

El mundo cuenta muchos siglos de antigüedad; y en la série de esos siglos, las mujeres *sábias* vienen figurando como excepcion de la regla.

Descartes juzgaba á las mujeres más á propósito que los hombres para el estudio de la filosofía.

Recuérdese que no há mucho hemos consignado este principio: la filosofía es la gran curiosidad de todas las cosas; la curiosidad superlativa. Antes habíamos escrito que la historia de la curiosidad es la historia de la mujer.

Circunscrita como está la sabiduría al sexo fuerte, el mundo científico se agita en la confusion: extiéndase la sabiduría al sexo débil, y el mundo científico se convertirá en una torre de Babel.

El secreto de las mujeres no ha sido ni debe ser nunca saber mucho, sino conocer mucho; y el mucho conocimiento no se adquiere solo en los libros de los filósofos.

Esos libros crean de ordinario caractéres tétricos y meditabundos, constituyen á sus apasionados en séres que se aislan de sus semejantes, que pierden de vista el mundo de la materia por pasearse á sus anchas en los espacios de la abstraccion metafísica.

Es fuerza que las mujeres sepan que el clima de estos espacios es poco saludable; en él peligran la vivacidad del rostro y la tersura de la frente; se habla poco y se medita mucho; funciona la inteligencia y descansa el corazon.

Las que pedís sabiduría para vuestro sexo, reparad en lo que pedís: figuraos un matrimonio en que el marido resuelve problemas de matemáticas, y la mujer estudia las *categorías* de Aristóteles; ó más bien, figuraos los hijos de ese matrimonio.

Dejad que el hombre, organizado física é intelectualmente para el trabajo, cumpla en la tierra su mision; vuestras manos son muy delicadas; la vivacidad de vuestro rostro y la tersura de vuestra frente peligran en el frio clima de la abstraccion metafísica.

Dadas las condiciones de la actual sociedad, no es preciso que la mujer sea sábia; basta con que sea dis-

creta; no es preciso que brille como filósofa, le basta con brillar por su humildad como hija, por su pudor como soltera, por su ternura como esposa, por su abnegacion como madre, por su delicadeza y religiosidad como mujer.

II.

El estudio de las bellas letras es más simpático al carácter y condiciones de la mujer.

La historia literaria de todas las naciones consigna en sus páginas nombres muy ilustres de escritoras que son honra de su patria y de su sexo. Las acatamos de todo corazon: las poetisas son las flores más bellas del Parnaso: las poetisas, si realmente merecen este nombre, son las verdaderas musas vivas; son hijas legítimas de la inspiracion.

En los poetas cabe falsificacion, pues aunque dice la comun sentencia que *nacen* y *no se hacen*, el mundo está lleno de vates que así nacieron para serlo como el pavo para cantar: en las poetisas apenas existe aquel riesgo: por lo regular amanece su estro revelándose en un tesoro de poesía antes de que su inteligencia sepa los versos de que consta un soneto y las reglas á que se sujeta la asonancia.

En la poesía y en la novela, y en todas las obras de imaginacion, la mujer ha producido frutos literarios de mérito indisputable; pero su amigo del alma y su enemigo íntimo, el hombre, ya que no del mérito *indisputable* de tales frutos, ha querido dudar de la sinceridad que los produce y de los propósitos á que deben orígen.

Un libro y un baile, ha escrito cierto autor (cuyo nombre no hay para qué entregar al terrible enojo del sexo bello), vienen á ser cosa idéntica: ni en el uno aparece la mujer con su espíritu, ni en el otro con su tez.

Observa Alfonso Karr con extrañeza que hay muchas mujeres que quieren más hacer versos que inspirarlos; que prefieren el carácter de falsos sacerdotes al de ídolos; que bajan del altar y arrebatan el incensario á sus fanáticos admiradores.

Consecuente con su opinion el mismo autor, ha formulado esta máxima: la mujer que se dedica á escribir, aumenta el número de los libros y disminuye el de las mujeres.

En esta série de juicios no hallamos toda la exactitud apetecible.

La mujer que compone versos, por el hecho de componerlos, no deja de inspirarlos: si sobre ser poetisa es bella y buena, no cambia por el de sacrifi-

cador su carácter de ídolo; antes bien acrecentará sus títulos á la admiracion: ni arrebata el incensario á los admiradores, los cuales, si lo son de buena fé, nunca la envolverán en una nube de perfumes que la asfixie: ni, por último, la mujer que se consagra á las letras se da de baja en las filas de su sexo; que el sexo femenino dotado está de razon; memoria tiene para conservar; entendimiento para conocer; voluntad para decidirse, y mucho corazon para sentir.

El sentimiento de lo bello, la idea de lo grande y de lo sublime brotan en el alma; y el alma no tiene sexo.

Es inútil fijarse en los signos frenológicos. La cabeza de Mad. Staël era menor en proporciones que la cabeza de una mujer regular.

Y fué una de las *mayores* cabezas de su siglo.

III.

Mucho han escrito las literatas; pero mucho más se ha escrito acerca de las literatas. Se necesita todo el talento de las que en realidad son mujeres de talento, para no abatirse y sucumbir ante esa especie de cruzada que en ciertas épocas han sostenido los

críticos adustos contra las autoras de versos y de libros.

Nosotros daríamos todas las obras de esos críticos adustos por un solo capítulo de Santa Teresa de Jesus.

Los versos y los libros que las mujeres escriben y publican, son otros tantos datos auténticos con que contribuyen á la verdadera historia de los progresos de la humanidad; son revelaciones importantísimas de los llamados misterios de su corazon.

Porque, como dice un autor moderno, las escritoras podrán tener y superar el talento de los hombres; pero les queda siempre el corazon de mujer.

Con un talento á veces inmenso y un corazon siempre tierno y delicado, han producido las mujeres, y por dicha producen en nuestro siglo, obras literarias que no solo aplaude nuestro siglo, sino que vivirán con gloria en los futuros.

Los partidarios de la rueca y de la aguja, entre los cuales suelen contarse filósofos muy famosos, censuran siempre el estilo de las literatas; si es dulce y sencillo, por lo que tiene, á su decir, de gazmoña hipocresía; si es vigoroso y arrebatado, por lo que afecta de ridícula virilidad: la mujer nunca escribe bien ni con verdad para los que entienden que la mujer no debe escribir nunca.

¡Injusticia notoria! Las mujeres deben tener expedito el derecho de escribir; más todavía: algunos libros escritos por insignes mujeres parecen obras providenciales caidas en medio de la humanidad para darle avisos provechosos, para protestar contra funestas preocupaciones.

Hablamos de las mujeres á quienes hizo merced la Providencia de un verdadero talento; hablamos de las literatas y poetisas en la legítima acepcion de la palabra.

Molière y otros eminentes dramáticos han ridiculizado el tipo de la marisabidilla; pero no el de la literata y poetisa; á la manera que nuestro insigne Moratin ridiculizó la mogigatería, ensalzando siempre la honradez sincera y la virtud real.

IV.

En nuestro actual sistema de educacion, y aun de vida, es muy difícil que broten mujeres de vocacion directa hácia los estudios sérios; pero si brotan y se dan á conocer, serán por extremo cobardes los críticos que las desalienten, y por extremo egoistas los sábios que les menosprecien.

Creemos que una regular instruccion, ni tan pretenciosa que raye en el orgullo de las letras, ni tan

humilde que toque en la ignorancia de las últimas capas sociales, basta á la mujer para llenar sobre la tierra su noble mision de hija obediente, de esposa fiel y de madre tierna y próvida.

Como excepciones admitimos y respetamos á las ilustres escritoras que á la vez que honran á su sexo declarándolo capaz de los más altos vuelos de la inteligencia, honran á su país, y llenan las páginas más brillantes de la literatura nacional.

Así viven al través de los siglos y de las vicisitudes Safo y Aspasia, Cornelia y Cenobia; así vivirán tambien las escritoras de la edad moderna.

Cuando la ciencia se engasta con la virtud, admira el mundo á Fabiola, hoy doblemente admirable como ilustrada por la pluma del gran Wisseman; á Marcela y á Eustoquia en el siglo del doctor máximo San Jerónimo; y algunos siglos despues, á la gran escritora Teresa de Jesus y á la inspirada poetisa americana sor Juana Inés de la Cruz.

Los que tienen en poco la inteligencia y las facultades todas del sexo débil, mediten siquiera un instante en esas mujeres extraordinarias.

Los partidarios intransigentes de la rueca y de la aguja, que se fijen en un libro cualquiera de Fernan Caballero; que se dignen leer una escena de *Alfonso Munio* ó un capítulo de la *Sigea*.

CAPITULO XXIV.

La esperanza.

I.

Ha dicho una escritora muy estimable, que esperar siempre es desesperarse.

Esto no debe ser exacto por fortuna: nadie dirá seriamente que está *desesperada* la mitad más bella de la humanidad.

Y sin embargo, esa mitad más bella espera siempre.

Entre esa desgraciada mitad y la esperanza hay un lazo simpático; la belleza.

La esperanza es una adorable enemiga del hombre, y una amiga pérfida de la mujer.

Para la esperanza la gramática no tiene más que un tiempo; el *futuro*: todos los dias tiene un mismo nombre: *mañana*.

La esperanza es la mano misteriosa que nos acerca á lo que deseamos y nos aleja de lo que tememos.

La esperanza es un árbol frondoso, á cuya sombra se cobija la gran familia de Adam.

Pero el sexo fuerte, guiado por su noble impulso, se aparta en distintas direcciones para acometer altas empresas; y queda guardando el árbol, sin abandonar su sombra, el sexo débil.

Para el sexo débil no existe el *ayer*, ó si existe, es muy horroroso; no existe el *hoy*, ó si existe, es casi indescifrable; solo existe el *mañana*.

Para el sexo débil el *ayer* de la historia antigua es un período de intenso amor; tan intenso, que encierra á las mujeres y las guarda como objetos de gran lujo.

Ese *ayer* representa para el desgraciado sexo débil la degradacion en ciertos pueblos de Oriente, el menosprecio en la Persia, el envilecimiento en Africa, la impudencia en Lacedemonia, la opresion en Atenas, la tiranía en la India, el asqueroso libertinaje en la Roma de los Césares.

Para el sexo débil el *hoy* en los pueblos civilizados es una especie de logogrifo muy difícil de explicar.

Ese *hoy* viene á ser el menosprecio unido á las apologías mas brillantes; la opresion, fingiéndose proteccion; el libertinaje, profanando la santa pa-

labra *amor;* la tiranía, mintiendo hipócritamente *celos*.

Ese *hoy* dice al sexo débil: «*tú eres todo;*» y al volver la página le dice: «*tú eres nada*.»

Ese *hoy* lo ensalza y lo deprime; lo envuelve en una nube de lisonjas, y apenas le enseña á leer.

Ese *hoy* se entusiasma con las gigantescas obras de Staël y Fernan Caballero, Sevigné y Avellaneda, Cottin y Coronado, y á renglon seguido ofrece á la discusion de los sábios esta inocentísima tésis:

«¿Conviene que las mujeres sepan escribir?»

Ese *hoy* simboliza el choque de las afirmaciones y las negaciones; la lucha, por fortuna desigual, de las verdades y de los errores, de la modestia y del orgullo: el mundo parece hoy un gran logogrifo, cuya explicacion aparecerá *en el número próximo*; esto es, *mañana*.

Para la mujer, colectivamente considerada, el *ayer* es horroroso. Hasta el feliz advenimiento del cristianismo su condicion varía solo entre la esclavitud y la tutela.

El *hoy* varía entre el *todo*, que atribuye la lisonja, y el *nada*, que profiere la vanidad.

Por eso el sexo débil tiene los ojos fiijos, y fija su esperanza en el *mañana*.

II.

Y esto que sucede al sexo en abstracto, sucede á la mujer en concreto.

La vida de la mujer puede considerarse como un precioso cuadro cuyo fondo es la esperanza.

La esperanza supone movilidad de ánimo, lo mismo que la curiosidad, pero con esta diferencia: la curiosidad mueve el ánimo en todas direcciones; la esperanza lo mueve solo hácia adelante.

No hay una edad de la vida en que la mujer no espere.

Hasta los treinta años, la niña ha esperado con impaciencia á la jóven, y la jóven á la mujer: desde los treinta años suele esperar la mujer sin impaciencia: con tanta calma espera, que se constituye en esa edad hasta que los imprudentes signos de la vejez le anuncian que espera en vano.

Lo que el mundo llama deseo de agradar, no viene á ser otra cosa que el estímulo incesante de la esperanza.

Lo que el mundo llama veleidad de la mujer, es muchas veces la rápida reflexion que sufre en el in-

quieto espejo de la vida el rayo luminoso de la esperanza.

Lo que vulgarmente se califica de orgullo, suele ser un recóndito misterio de la esperanza.

La melancolía es el decaimiento de la esperanza; el desengaño es su muerte; el llanto su funeral; la resignacion su heredera.

La ilusion no es más ni ménos que una agradable aberracion de la esperanza.

Sin esa agradable aberracion, la humanidad seria doblemente infeliz de lo que es.

Mientras no se mejore el sistema de educacion, las facultades intelectuales de la mujer duermen; y como duermen, sueñan: la imaginacion vive en insomnio casi constante, y acepta y acaricia y poetiza aquellos venturosos desvaríos: entonces se dice que la mujer sueña despierta.

El sueño de los despiertos se llama tambien ilusion.

Este sueño es comun á los dos sexos, con sola una diferencia.

Los hombres sueñan á voces, y sueñan cosas trascendentales; por ejemplo, la felicidad del mundo por obra de la política; la nivelacion de fortunas; la paz universal.

Las mujeres sueñan en voz baja, y por lo regular es más limitada la esfera en que se agitan: la belleza,

con todas sus relaciones; el amor, con todas sus incidencias.

El dia en que la mujer no sueñe; el dia en que la educacion venga á despertar por completo sus facultades intelectuales, se debilitará el imperio de la lisonja y aminorará sus estragos el espíritu infernal de seduccion.

III.

La esperanza, hermana simpática del amor, es luz suavísima que dora los lejanos horizontes de lo porvenir: es fuerza misteriosa que ayuda contra los embates del infortunio.

El viento de la esperanza mueve tranquilamente la barca del marinero.

La esperanza guia la mente y la mano del artista.

La esperanza convierte los años en minutos, y los minutos en años.

Ella borra las distancias, salva los mares y dulcifica las horas del padecer.

El sol, que desde el limpio oriente nos envia raudales de su luz; el canto de las aves, que vuelven á nuestro hogar buscando, tras larga peregrinacion, el nido de sus amores; la blanca flor de los campos, todo

habla al corazon en el lenguaje feliz de la esperanza.

Estaba reservado á una religion divina el hacer de la esperanza una virtud.

La esperanza, dice el inmortal Chateaubriand, es un verdadero genio, dotado de ese vigor que produce, y de esa sed que nunca se extingue. Nodriza de los desvalidos, colocada al lado del hombre, como una madre junto á su hijo enfermo, lo mece en sus brazos, lo aplica á sus pechos inagotables, y le brinda con un jugo dulce que mitiga sus dolores. Vela en su cabecera solitaria, y lo aduerme con sus cantos melodiosos.

Sin la esperanza, la vida del hombre seria un campo sin árboles ni flores; la vida de la mujer seria un desierto horrible.

«La esperanza es la cadena de oro que une á la tierra con el cielo.»

CAPITULO XXV.

La felicidad.

I.

¡Adelante, viajero! Quieres tocar con tus manos la inmensa cortina azul del firmamento; ¡adelante!

Has llegado al remoto confin donde á tu vista aparecian confundidos el cielo y la tierra. ¡Qué imperfecta es tu vista!

No es aquí; ¡adelante, viajero!

Allá, á lo lejos, se descubre una montaña; sobre su cima descansa con majestad el firmamento. ¡Arriba!

Lograste subir; ¡cuán elevada se ofrece á tus ojos la serena region de las estrellas!

Otra montaña á lo lejos; no hay duda: ó el cielo

ha descendido hasta la montaña, ó la montaña se ha elevado hasta los cielos.

¡Ánimo, viajero!—¿Por qué te paras? Bien se adivina: tú te acercas, y el firmamento se aleja; es inútil tu fatiga; ¡no tocarás con tus manos la inmensa cortina azul del firmamento!

Así el mísero mortal, viajero del mundo, anhela uno y otro dia tocar el cielo de su esperanza, que juzga próximo á la tierra; y marcha, y corre, y sube, y se fatiga en vano.

El mundo por donde viaja el mísero mortal, no es la mansion de la felicidad.

En el espíritu humano se agita sin tregua el vehemente deseo de ser feliz.

¿Hay quien lo sea en efecto?

Alejandro, despues de conquistar el mundo, sentia una pena; no era feliz: la pena de que no hubiese más tierra que conquistar ni más pueblos que rendir.

Alejandro, que no habia cabido en el universo, cupo, y le sobró espacio, en los ámbitos reducidos de un sepulcro.

II.

El hombre busca la felicidad; la mujer la espera.

¡Por eso es tan triste la condicion de la mujer, destinada á esperar, á esperar indefinidamente!....

Si las mujeres supieran escribir, si pudiesen replicar á tantos poetas audaces como han cantado la felicidad, esos poetas audaces quedarian convictos y confesos de sublimes ignorantes ó de pérfidos impostores.

Han creido feliz á la mujer cuando siente halagada su vanidad: cuando una nube de lisonjas la rodea; cuando ocupa el trono de la belleza, proclamada reina por la adulacion y coronada por manos de la moda.

Nunca es ménos feliz que entonces la mujer. Sus horas de soledad son amargas; piensa en lo porvenir.

Otros han creido feliz á la mujer cuando en el fondo de su alma abriga un amor intenso y correspondido.

Tambien se engañan. La mujer que ama sufre; y quien sufre no es feliz.

¿Está en el matrimonio la felicidad de la mujer?

Si la amistad es, como decia un gran escritor, el matrimonio del alma, el amor es el alma del matrimonio. Cuando en el matrimonio deje sentirse el úni-

co influjo de un amor santo, está resuelto el problema de la felicidad, hasta donde es posible la felicidad en este valle de dolor y de miserias.

Cuando un móvil mezquino, que puede llamarse riqueza, blasones, posicion, ejerce el influjo que solo debe ejercer el amor santo, es de temer que, sin saberlo, pacten dos seres, que tal vez no eran antes infelices, su mútua infelicidad.

Dios ha puesto sobre la tierra almas simpáticas, movidas acordemente por iguales afectos; almas que se buscan, se ven y se unen para nunca separarse: hé aquí la suprema ventura del matrimonio: hé aquí la felicidad de la mujer.

III.

La gran instruccion suele no hacer felices á las mujeres: la buena educacion las guia á la felicidad.

La gran instruccion mal dirigida puede arrastrarlas al desvanecimiento y á la duda; la buena educacion las enseña á ser humildes y á creer.

La gran instruccion extraviada, puede ocasionarles hastío y tristeza: la buena educacion las enseña á resignarse y á esperar.

La gran instruccion profana puede precipitarlas en

el egoismo y la desconfianza: la buena educacion las enseña á ser tolerantes y á amar.

Creer, esperar, amar; las tres preciosas virtudes, sin las cuales la educacion no se concibe, y es falsa la instruccion.

Una mujer que no cree, es muy difícil que sea buena esposa, es casi imposible que sea buena madre.

Una mujer que no espera, es una planta seca y sombría en medio de la sociedad.

Una mujer que no ama, que no se compadece, que no siente, debe reputarse como el baldon y el oprobio de su sexo.

No preguntemos si es feliz á la que no puede ser buena madre y buena esposa.

No pidamos aroma y belleza á la planta seca y sombría que se alza en medio de la soledad.

No busquemos dicha en donde residen el oprobio y el baldon.

La buena educacion, esto es, la educacion verdaderamente cristiana, dulcifica las horas de la mujer, no en una edad determinada, sino en todas las edades de la vida.

Cuando niña, mata en gérmen la vanidad: cuando jóven, hace resaltar como virtudes la modestia y el pudor: cuando amante, enseña la honestidad y pureza del cariño: cuando esposa, enseña la fidelidad inal-

terable y la obediencia discreta: en las alegrías, enseña la moderacion, y en los infortunios la conformidad; en la opulencia, el noble desprendimiento; en la pobreza, la noble resignacion: para los superiores, el respeto; para los inferiores, el agrado; para los amigos, la constancia; para los enemigos, el perdon; y para todos, en fin, la caridad.

Convengamos en que la educacion verdaderamente cristiana es el gran tesoro de la humanidad.

¡Que no se cierren nunca para la mujer las puertas de ese tesoro! ¡Que permanezcan siempre de par en par abiertas, sea cualquiera el espíritu de los siglos, sean cualesquiera las preocupaciones de los hombres!

No puede ser feliz un país donde no sean felices las mujeres.

No pueden ser felices las mujeres fuera de la educacion cristiana, que es la única que impone como deberes, pero deberes muy altos, la obediencia justa, la esperanza en Dios, y el amor puro y santo.

La educacion cristiana es, pues, el solo elemento de felicidad que hay en la tierra: es garantía de la dulce paz del alma y del reposo apacible del corazon.

Con el alma turbada y el corazon intranquilo, no busques nunca la felicidad, ¡pobre viajero del mundo!

EPÍLOGO.

Hay quien opina que todo el que escribe ó habla acerca de las mujeres, debe reservarse el derecho de arrepentirse mañana de lo que hoy escribe ó habla.

El autor de estos Apuntes renuncia solemnemente á ese derecho.

Ha consignado lo que estima verdad; y de la verdad no cabe arrepentimiento.

Ni rinde culto al genio del positivismo que deprime á la mujer, ni al genio de la fantástica idealidad que aspira á divinizarla.

La figura de la mujer aparecerá siempre en todos los grandes cuadros que representan la historia de la humanidad.

En la portada del mundo antiguo, Eva; la madre en la naturaleza humana, la autora del gran cataclismo del Eden.

En la portada del mundo moderno, **María**; la madre en la gracia, la inmaculada, la bendita entre todas las mujeres, la co-redentora del linaje humano.

En todos los magníficos sucesos del mundo antiguo y del mundo moderno, la mujer aparece siempre ejerciendo alta influencia en los destinos de los pueblos y en la ventura y poderío de las naciones.

Los hombres le negaron el derecho de legislar, y la mujer daba la ley á los legisladores.

Le negaron el derecho de obtener cargos y honores, y no advirtieron que le dejaban el derecho de distribuirlos.

Le cerraron las puertas de la ciencia; mas no pudieron privarla de avasallar á los sábios con los recursos de su ingenio.

La menospreciaron por inepta para la guerra, y no comprendieron que la mujer rinde y domina á los héroes con las armas de su gracia y de su hermosura.

Los hombres, por último, esclavizaron á la mujer por el gusto de declararse esclavos.

—«¿Quién es ella?»—pregunta el mundo al artista que se afana por fijar en el mármol ó en el lienzo la vagarosa imágen de la belleza.

—«¿Quién es ella?»—pregunta el mundo al poeta que en la serena tarde del otoño pasea su mirada por el vasto firmamento, y busca torrentes de inspiracion

en los últimos reflejos del sol que muere, ó en el incierto curso de la nubecilla que vaga, ó en el disco plateado de la luna que nace.

—«¿Quién es ella?»—pregunta el mundo al que llora.

—«¿Quién es ella?»—pregunta el mundo al que canta.

—«¿Quién es ella?»—preguntará tal vez el curioso al leer estos APUNTES.

Y contesta el autor:

ELLA es hermosa como la aurora que sonrie, casta como el beso de una madre, noble más que todas las ejecutorias de Europa, dulce y apacible como un cielo sin nubes.

—«¿Que si es rica?»—¡Siempre esa infernal pregunta!—Tan rica y de tanto precio, que si hubiera de comprarse, no bastarian para adquirirla todas las montañas de oro; todas las alhajas que constituyen la nata de la tierra y los posos de los mares.

—«¿Que cómo se llama?—Su nombre no está en el almanaque.»

Se llama VIRTUD.

Napoleon lo dijo: una mujer hermosa agrada á los ojos; una mujer buena agrada al corazon: la primera es un dije; la segunda es un tesoro.

Y nosotros nos atrevemos á añadir: la que á la

belleza del rostro adune la belleza del alma, á los encantos de la naturaleza los de la virtud, bien puede pasar en la tierra por un trasunto del cielo.

Ojalá que el número de esas cópias se multiplique indefinidamente.

Tal ha sido y es el objeto de estas páginas.

Sálvelas, pues, de la amarga censura y de la fria indiferencia, á falta de todo mérito, la rectitud del propósito.

El autor, no á nombre suyo, que es harto insignificante, sino á nombre de la justicia, pide á ese mundo que se agita en el torbellino de los intereses materiales, una mirada siquiera hácia la educacion de la mujer.

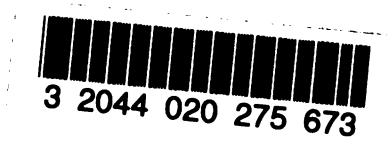
Y al pedírsela, repite la celebrada máxima del conde de Segur: «Los hombres hacen las leyes; las mujeres hacen las costumbres.»

FIN.

ÍNDICE.

Págs.




3 2044 020 275 673

